# Fritzcollage

Pedro Sempere



IV Premio La sonrisa vertical



Dejemos que el autor nos revele él mismo algunas de las claves de su obra: «Fritz es el narrador de sus propias aventuras, y el collage lo conforman, en cortas intervenciones, los grandes personajes de la literatura erótica, enmascarados en excéntricas figuras que visitan a Fritz, en busca de sus especiales favores. (…) En este sentido, es un homenaje épico a todos los maestros de la literatura erótica y a sus heroínas, unidos así en una especie de poema coral. (…) Para respetar las convenciones del género, la narración arranca y termina en un castillo inevitable, pero la mayor parte de la acción se desarrolla en el lugar más venerado y condenado por el arte y por la vida: un burdel».

Lo que ni el autor, ni sus editores, pueden desvelar aquí es el desenlace múltiple, sorprendente. El lector, para su mayor deleite, deberá seguir a Fritz en el aprendizaje ritual de los caprichos del sexo, al que le somete la «sacerdotisa» que regenta el sofisticado burdel, para comprender, en toda su amplitud, la experiencia equívoca que acaba de vivir.

Según Pedro Sempere, dos serían las definiciones que convendrían para despejar el sentido último de *Fritzcollage*: «Erotismo es la expresión de una colosal preferencia» (parafraseando a Wyndham Lewis) y «erotismo es humor».




Pedro Sempere

# Fritzcollage

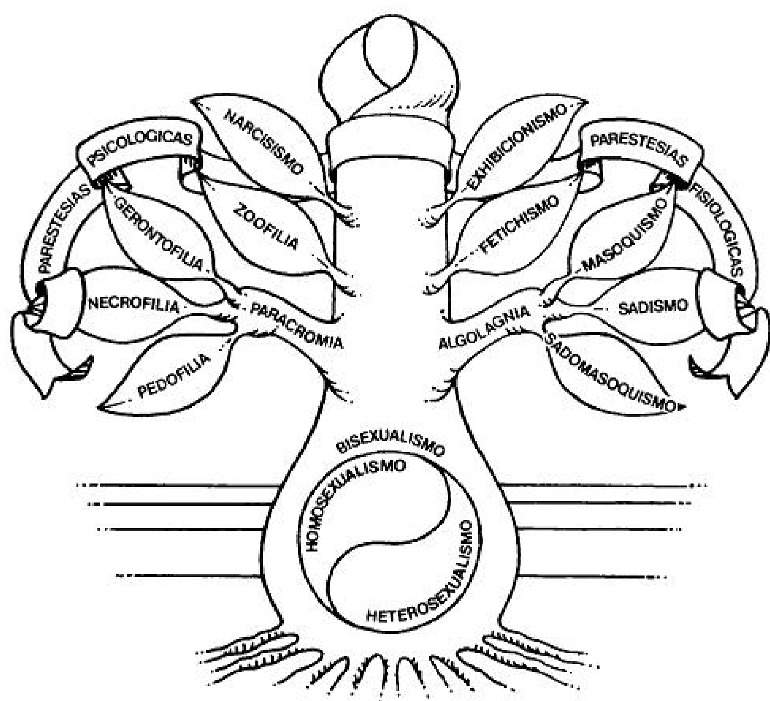
## La sonrisa vertical - 29

**ePub r1.0**
**Titivillus** 11.11.15

Título original: *Fritzcollage*
Pedro Sempere, 1982

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2






Arbol de las parestesias
según Maurice Heine

A Guillaume-Albert-Vladimir-Alexandre
Apollinaire Kostrowitzky, que elevó
al cubo-dadá la razón y sinrazón
de los Libros de Caballerías del Amor.

# Primera parte

# 1

De Erasmo de Burgenbourg todavía me queda el sabor de sus besos oscuros. Sabor a tanino y armañac, a heno soleado, a cuero de montura y cigarros toscanos.

Lo llevaba impregnado en sus labios gruesos y abultados, escondido entre sus dientes amarillentos. Recuerdo el tacto de aquel belfo reseco, determinado e inquietante. La acre identidad de una dentadura grande y avejentada entre la que se perdía mi lengua tierna y sorprendida, mi saliva tibia y clara. Fingía resistirme a su presión superficial y simbólica, a su estética de amor impenetrante. Me revolvía como una fiera bajo la presión de la recia mano dominante que me retorcía el pescuezo, me humillaba la testuz y me arrastraba al beso. Pero, secretamente, me sentía satisfecho y complacido por el sometimiento, tras la lucha fingida y la bella resistencia, al señor invicto, al jefe de la tribu, al dueño del castillo.

En cambio, de Alexine de Burgenbourg recuerdo aromas más sutiles, sabores, quién sabe, imaginarios. Su belleza rubia y transparente, la cabellera suelta como un viento, el paso breve y silencioso tras el que dejaba una estela con perfume de flores. Y el deseo turbado, la insinuación temblorosa, finalmente derrotada en un jaque turbulento.

Sus manos finas, sus largos dedos, aquella fragilidad de porcelana, se licuaban cada día al acariciar mi cabeza, mi espalda, mi bajo vientre. Sentía, no ya la consistencia digital, el deseo prensil, sino como un temblor de agua, una caricia titilante y deshilachada como un caudal líquido, que tiernamente me envolvía y me hacía entregarme a una docilidad estática, a una curiosidad pasiva y expectante. Era, entonces, cuando la dama, discreta, se desencadenaba. Los párpados le caían soñadores, y todo su deseo y turbación se interiorizaban. Deslizaba sus dedos de cristal por el largo

cuello aristocrático, tentaba los pequeños pechos lechosos que imploraban bajo la suave blusa de shantung y avanzaba hasta el mismo horizonte del vientre y el terciopelo de su encrucijada. Allí, sobre la falda febril, se detenía entre escalofríos y buscaba el calor de su albergue, y cantaba entre susurros el olulú-olulá de los enamorados, mientras con la otra mano merodeaba, sin tocarla, los alrededores de mi espiga. Sólo en una ocasión, cuando había cerrado los ojos con más fuerza que nunca, la mano se le crispó avanzando y acabó agarrándose fuertemente a mi buitre. La sentí palparme, tan tímida y desesperada, tan delicada y conmovida, que crecí al calor de su sangre y acabé derritiendo mi esencia entre sus dedos. La tibia ofrenda le hizo regresar de su viaje interior, aleteó de nuevo sus párpados de seda y, turbadísima, a pequeños saltitos, emprendió la provisional huida. Pero sólo una vez transgredió sus propios límites, porque Alexine de Burgenbourg siempre acababa amándose a sí misma, a través de mi dócil catálisis.

Así transcurrían mis días con los señores de Burgenbourg. Se trataba de un juego relativamente sencillo, en el que mi inocencia estaba, a menudo, a merced de los dos esposos, de su iniciativa, su pasión, su ausencia. No me cabía otra opción que la pasividad, que la inevitable complacencia. Aunque yo jugaba con una pequeña ventaja, porque sabía que aquel marginal devaneo era imposible sin mi complicidad. En algún sentido, mi inocente inhibición era dominadora, porque el juego sólo dependía de mí, a pesar de no haber impuesto ninguna de sus reglas.

Lógicamente, nuestra relación tenía lugar, siempre, a escondidas del otro. En la vida diaria del castillo, cuando estábamos los tres juntos, ninguno de los dos hacía evidente, ni siquiera insinuaba, su cotidiano contacto conmigo. Los dos especulaban con mi incondicional encubrimiento, con las muestras de mi afectividad que yo les hacía ver trivial y, por supuesto, compartida con ambos.

Nuestra relación se había establecido como un juego de triángulos múltiples, como una combinación de espejos, llena

de ángulos superpuestos y falsas reflexiones. Una geometría que empezaba a ser complicada y cuya fórmula final sólo yo conocía del todo. El resto era una maraña de suposiciones, un repertorio de gestos tácitos, que yo acertaba a desvelar a la luz cruzada de sus miradas, en algunos opacos disimulos, en lo que creía eran persecuciones oscuras, en ciertos indicios de proximidad vigilante que, intuí, podían estar avivando la incipiente tortura de los celos.

Sin embargo, fuera de aquellos besos recios de los que aún me queda un sello de nostalgia, fuera de aquella caricia temblorosa, insegura como un vuelo de agua, mi relación con los Burgenbourg fue, sobre todo, una relación imaginaria. En la imaginación radicaba toda su verdadera riqueza, en aquella doble triangulación en la que yo era el lado fronterizo, el espejo de dos caras en el que ensayaban su sonrisa perversa los señores del castillo.

La vida en el castillo de Chaumontceaux era suave y plácida. Se respiraba un confort anacrónico y distanciado. En el amplio vestíbulo dominaba la piedra, armaduras de justa y de tonel, caballos de madera, panoplias de heroicas espadas, una colección de cuadros y ajados tapices, recuerdos de viejas recepciones palaciegas. En el centro de la sala de guardias, se erigía la fantástica escalera doble, de piedra al aire, orgullo de la fortaleza, cuyos escalones se enrollaban en dos hélices superpuestas, girando sobre el mismo eje y llegando simultáneamente al mismo destino noble: los dormitorios de Chaumontceaux, escenarios de amores y de intrigas. ¡Cuántas veces había porfiado con los señores de Burgenbourg por aquellas escaleras frívolas que permitían subir al mismo tiempo, correr, hablar, reír, oírse, perseguirse sin perderse de vista pero sin posibilidad de alcanzarse nunca!

La doble escalera helicoidal era la metáfora visible de mi equívoco trato con los señores de Burgenbourg. En sus peldaños, los tres interpretábamos a un tiempo, con distinto grado de premeditación, el papel inocente y el papel perverso, sin ser aparentemente vistos, sin coincidir nunca,

sin que se encontrara, en el mismo tramo espacial de la escalera, el rumor del naciente adulterio. Ellos, porque me utilizaban para engañarse mutuamente. Para ensayarla liturgia de un embuste conyugal latente. Yo, porque era al mismo tiempo la víctima y el verdugo, el rey de un ajedrez de argucias que podía moverse libremente por todos los cuadros del tablero, protegiendo una posición de fingida inocencia.

Sin embargo, ahora, cuando recuerdo nuestras correrías atropelladas peldaños arriba, riéndonos, acosándonos, rehuyéndonos, sin poder tocarnos nunca en la magia espacial de la doble escalera, cuando recuerdo los paseos del mediodía por los jardines, el toqueteo tras los setos de adelfas, la sensualidad vespertina en las caballerizas, el canto de las fuentes, la emoción de los dormitorios, las caricias, quizá solamente leves, pienso que fueron tiempos felices.

A fuerza de tener que ser, sin haberlo elegido libremente, el amante furtivo, la prueba escondida, el objeto de un amor dual que no podía llegar jamás a realizarse, que nunca fue completo, acabe, también, amándoles a los dos a mi manera, en secreto, para cerrar el trágico triángulo. Y durante meses viví atormentado entre la voluntad primaria de ser fiel a ambos, la sensación insoportable de cometer una doble traición y la imposibilidad de descubrir el triple juego en el que, sin quererlo, había quedado atrapado.

Sólo cuando Alexine de Burgenbourg, a quien, secretamente quizá, yo más amaba, descubrió el engaño en el bosque de abedules, y el señor Erasmo de Burgenbourg se encontró en situación tan desairada y, a la vez, tan sorprendido por la emotiva reacción de su esposa, me sentí, por primera vez, liberado y pude descargar de sombras mi conciencia.

A cambio, se desencadenó sobre todos nosotros una vorágine de sentimientos confusos, un estrépito de sospechas. Todos perdimos la dulce inocencia de creernos indemnes, protegidos. Fuimos los tres a partir de entonces, pienso, infelices.

De Chaumontceaux me queda, indeleble, la obsesión de la doble escalera helicoidal, como símbolo de nuestra extraña relación construida en fragmentos. Se erigía como un tótem de piedra en el corazón del castillo, y sus peldaños, visibles desde todos los ángulos, cortaban como cuchillos el que resultó uno de los recuerdos que mejor reconstruyen mi vida en el castillo: el aire. El aire que respiré, el aire que me alimentó y me hizo crecer. El olor, el sabor, la temperatura, la densidad casi aprehensible del aire encastillado. Un aire húmedo y viejo, con sabiduría de siglos, con olor a hierro y armadura, a blasón de piedra y capiteles, con claridad de lucernas y espadañas, testigo de la historia. Flotaba en su corpórea pesadez el arte de vivir de la herencia aristocrática, el tufo recargado de manjares antiguos, cierta sabia finura, el fragor, aún, de ciertas guerras.

Como si la historia se estuviera, simplemente, repitiendo, en la sala de armas, en los corredores, colgaban gigantescas pinturas sobre madera y lienzo, en las que, en un inquietante retornelo, se repetían los protagonistas pictóricos: un hombre gigantesco, una mujer etérea, asombrosamente parecidos a los ahora señores del castillo. Y un tercer personaje, eternamente emboscado bajo distintos disfraces, que sólo dejaba ver unos ojos almendrados y ligeramente oblicuos, como los míos. Al fondo, siempre la misma escalera doble de piedra, enroscándose dos veces sobre el mismo eje invisible, retrato fidelísimo de la escalera de ahora y de siempre.

En el cuadro más antiguo de la colección, el sin duda señor de Burgenbourg de aquel siglo, embutido en una bruñida armadura de justa, hacía reclinar, sobre su gola y cubrenuca, la cabeza rubia y enamorada de la bella castellana. La señora, con las mismas facciones, aunque sensiblemente más gruesa que la Alexine de Burgenbourg que yo tan bien conocía, mostraba los labios apretados, los párpados entornados, el gesto tranquilo, y dulce. Sobre el corpiño de su escote cuadrado, apoyado en su pecho derecho, reposaba el guantelete de hierro del señor, esbozando un gesto propietario, mientras, a través de la visera del almete alzada, miraba fijamente al autor del retrato, con los mismos

ojos verdes, los mismos pómulos sonrosados, la incipiente barba roja, los labios gruesos y agresivos del señor de Chaumontceaux. Al fondo, casi perdidos en las profundidades tenebristas y lóbregas del lienzo, los ojos almendrados y oblicuos contemplando la amante escena del guerrero.

Aquellos mismos ojos, que me daban la vista, reaparecían en otro cuadro, inyectando de luz la cabeza de un brujo enano, calvo, satánico, cuyas patas traseras parecían las de un cerdo. En sus manos alargadas y en sus uñas ganchudas, brillaba un puñal con la punta redonda y roma como un glande, y ante sus ojos sucedía una escena singular: la mujer, reminiscente de la señora de Burgenbourg, yacía desnuda, atada con unas tiras de esparto sobre el tronco inclinado de un olivo milenario, con un cirio encendido, elevado a modo de vampírica estaca, sobre su hermosísimo resquicio. Junto al siniestro personaje que poseía mis propios ojos, el pelirrojo señor de Burgenbourg, travestido de dama de la corte, con una peluca blanca, cubierto con una mantilla de blonda, apoyaba su mano peluda y cómplice sobre el pequeño sátiro, y contemplaba, ensimismado, cómo la llama amenazante consumía el falo de cera, dispuesta a consumar el holocausto, penetrando, como una raíz de fuego, por la cisura.

El retrovisor de la historia se desplegaba sobre otro cuadro inquietante, que completaba el tríptico. Esta vez, los mismos personajes, en un ambiente de principio de siglo, sorprendían disfrazados de pájaros. El señor, con la cabeza cubierta por un rotundo capuchón de búho, miraba con sus ojos verdes, inyectados como siempre de humo de tabaco y aroma de vino. Sobre su cuerpo caía, pomposamente, una capa hecha con plumas pardas de aves nocturnas. El lateral izquierdo dejaba ver la mitad de su desnudo, su piel a manchas sonrosadas y fondo albino, el vello rizado y apanochado sobre su pecho hercúleo, la punta de su rejón enhiesto. La señora desnuda, a su izquierda, lucía una cabellera fantástica, hecha con el plumaje de un pavo real. Las plumas estaban desplegadas luciendo su corte fino y alargado, su color verde brillante, esmaltado de reflejos metálicos y manchas rojizas. La Alexine de Burgenbourg de

aquel cuadro giraba la cabeza hacia el orgulloso búho, tratando, infructuosamente, de besarle el penacho. Podía ver su cuerpo e imaginar el mismo cuerpo ardiente de mi dueña, esbelto y avergonzado por la desnudez, el pecho breve y alzado, la cintura gimnástica, el triángulo pequeño, infantil, moteado de hilos de oro rizados. A la derecha del hombre-búho, esta vez los ojos almendrados y vagamente oblicuos brillaban lujuriosamente en la cabeza de una especie de cigüeña gigantesca, una cigüeña cuyas zancas terminaban en dedos casi humanos, con manos que empuñaban una flecha cuya punta, afilada y sedienta, pasaba por delante de la capa del gigante y señalaba, impúdica, el triángulo juvenil de la dorada castellana. Al fondo, siempre al fondo, bajo una luz cenital, en penumbra, bañada por el sol inclinado del atardecer, atravesada por telarañas, mohos, humedad de siglos, la escalera helicoidal, doble, omnipresente, sabia, casi sonriendo.

Sin querer, imaginé el posible cuadro de esta época. Los mismos personajes, la misma pacífica apariencia, la misma tensión soterrada, los ojos almendrados y algo oblicuos observando en un segundo término, corriendo escaleras arriba hacia ninguna parte.

Más allá de los muros fortificados, atravesando el puente levadizo, se extendía la posesión de los Burgenbourg, sobre la que el gran castillo se erigía como bandera de su poder amurallado. El foso se había ensanchado infinitamente hasta convertirse en apacible estanque, como símbolo de la transformación del edificio: de fortificación guerrera a residencia palaciega. Por el estanque, nadando o navegando, se llegaba a los cuatro continentes de la Sologne: el bosque, el río, las landas y el lago. Los bosques eran de eucaliptus, helechos y abedules, bosques madereros, pasto de ciervos y jabalíes. El río era de salmones, espejo de álamos y sauces, donde los colores se hacían tránsfugos e informales, jugando con la luz difusora, el cielo infinito, las nubes o la vegetación. Las landas eran de arena mojada y blanca, y en su horizonte

estallaban los viñedos y los rosales. En los lagos convivían las anguilas y los ánades.

Las cacerías constituían la única ocupación regular de la corte de Chaumontceaux, la más adinerada de las que sobrevivían en Francia. Quemaban sus indolentes energías en el galope de las monterías. Mataban en tropel. La sangre les enardecía ancestralmente. Les hacía bravos, felices, exultantes. Les devolvía la fuerza olvidada del poder feudal, el ardor de los bateleros, el arte de la guerra. Jabalíes y ciervos, corzos y liebres corrían por delante de las cargas a caballo, reencarnando a los nuevos siervos de la gleba a los que el faisán les daba un alado toque aristocrático.

En la última cacería, a la que me llevó el señor Erasmo de Burgenbourg, ocurrió todo lo que hizo de aquel día el primer día del resto de mis días.

Fue junto a un bosque de abedules, muy cerca de una cabaña de leñadores. El grueso de los monteros se había dirigido hacia el norte, encelados en la persecución de un enorme jabalí macho, que escupía furia. Yo me había entretenido junto a un brote de abedules jóvenes. Me gustaba mordisquear lentamente las ramas dulces y tiernas, y hallaba en la savia un jugo dulce y relajante que calmaba la sed de la galopada.

Estaba allí, gozando de la plenitud de la naturaleza, escuchando con los ojos la armonía del bosque. Fue todo instantáneo, como la electricidad. Nunca conocí una fracción de tiempo más fugitiva, pero sentí su chispa meterse dentro de mí, centellear como un relámpago. Creo, casi no me cabe la menor duda, que llegó a rozar mi agujero con la punta ardiente de su glande. Salí corriendo, asustado. Durante una décima de segundo, miré hacia atrás y pude verle: Erasmo de Burgenbourg, con los pantalones bajados, el jubón de montero desabrochado, el rostro jadeante, la mano enarbolando la lanza gruesa, hinchada, a punto de reventar. En la rápida instantánea sobre mis pupilas quedó dramáticamente grabado el cristal de sus ojos, brillando entre llamas verdes. Su cabeza semicalva, cuadrada, parecía, como siempre, firme y determinada. Su melena pelirroja se

deshacía bajo el soplo de la tarde. Su figura era la imagen grotesca del éxtasis interrumpido, el deseo roto, las ropas desordenadas, desde las que emergía la grotesca rigidez de su palo mayor, inhóspito y burlado.

Pero mi fuga de meteoro tuvo otro impulso, aún mayor que el calor amenazante del enardecido glande. La mirada de miel, congelada en el horror y la angustia, de la señora Alexine de Burgenbourg, a quien pude ver asomada tras unos arbustos, montada en su caballo, testigo torturado de la imposible sodomía. Creí oír el trote de su caballo escapándose, el relincho que le arrancó la brida rabiosa.

No volví más la cabeza. Pero presentía que era la última vez que les veía y que pisaba aquellos predios. Puse tierra de por medio, alejándome de la fortaleza de Chaumontceaux. No hubiera podido soportar más los besos acres y furtivos. No hubiera podido soportar más la luz generosa de aquella mirada herida, el dulce tacto de los frágiles dedos cortejando mi espiga.

De repente, el juego de triángulos se había descabalado. La doble frontera, que yo custodiaba, había sido traspasada, transgredida. Los espejos se habían roto y toda la simulación, tan laboriosamente mantenida intacta, se había desnudado y hecho hiriente. La escena, junto a los abedules, había creado una realidad nueva, aunque quizá no la única posible, quizá no la absolutamente verdadera.

Un instinto de huida se apoderó de mí. Me sentí atenazado por una argolla de culpabilidad que apretaba las tuercas lentamente. Me obsesionaba la idea de que Alexine de Burgenbourg magnificara la imagen que se desencadenó a mis espaldas. O que el señor de Burgenbourg interpretara el galope espantado de su esposa como la desesperación de otro amor burlado, como la imagen contrahecha, al otro lado del espejo adulterino, que no puede contener sus muecas.

Esta vez no me sentí inocente, sino irremediablemente culpable, sucio, encenagado. Yo, que nunca había provocado el beso, sino que lo sufrí obligado. Que nunca deseé la caliente lengua, que sentí estrujar mi sorprendida reata, que nunca ofrecí las indefensas nalgas. Yo, que les amé a ambos

con la fidelidad del agradecimiento. A los dos esposos que, antes de desearme, antes de jugar conmigo, antes de tejer su trama de engaños, me recogieron, me cuidaron, me dieron techo y comida, cultivaron mi cuerpo, agigantaron mi fuerza. A cambio, les di mi afecto absoluto, sin condiciones, sin transacciones. Les regalé mi inocencia no beligerante, mi entrega complaciente, hasta que caímos, todos nosotros, enmarañados en nuestras propias redes.

Sabía que dejaba tras de mí un probable infierno de imaginaciones. El tibio laberinto de celos, que tenía forma latente, se haría incandescente, multiplicaría sus rincones, sus falsas salidas, sus artificiales encrucijadas. Los reproches mutuos de los Burgenbourg magnificaban toda posible realidad, los límites del verdadero engaño. Descubierta la trampa, yo sólo podía perecer en ella, por lo que estaba de más en Chaumontceaux.

Corrí sin parar río abajo. Atravesé campos, granjas, viejas fortificaciones ruinosas, viñedos, bosques madereros, queserías artesanas, puentes con infinitos arcos. Cuando volví la cabeza, por primera vez, había perdido de vista la silueta dominante de Chaumontceaux. Sola como un espíritu la cabeza rubia, la mirada de miel de Alexine de Burgenbourg reverberaba como un iris en la llanura del horizonte, mientras el sabor de tanino, a heno soleado y cigarros toscanos, me mordía la garganta.

Como el rumor de una caracola, todavía llegó a mis oídos la voz, lejana y susurrada, de Alexine llamándome entre suspiros: «Fritz, Fritz, Fritz…». Y, quizás, el último olulú-olulá que se escapaba de su garganta de ondina.

Decidí desentenderme del hechizo, no volví la vista atrás y dije adiós, para siempre, a la Sologne.

# 2

Corrí infinitamente, hasta que me sangraron los pies. Huyendo de mí mismo, huyendo del sordo crepitar del triángulo descabalado, no me detuve hasta divisar las brumas azules de la ciudad sagrada. Me atraía, como un canto de Ítaca, la incógnita de su áspero mar de techos.

Me sentí envuelto en una nube de sensualidad que alteraba mis sentidos en una fiesta de reciprocidades. Veía con la nariz, olía con los oídos, escuchaba con los ojos el silencio de todas las madrugadas.

Andaba en busca de un camino de perfección sin destino final. Me había impuesto una penitencia justa sin aparente culpa. El pudor inmitigable, la fidelidad, la imagen insoportable de una traición con luces de espejismo trastocaban mis instintos, me aturdían, propulsaban mi huida.

Me encontraba inmerso entre las oleadas de la mojada neblina que ascendía desde el Sena. El olor a humedad de los muelles fluviales me hacía subir hasta la cabeza efluvios de embriaguez. Las basuras fermentadas, el olor a mar, dulce y quieto, el ronroneo de las gabarras llenaban mi memoria, me atraían irresistiblemente como un viaje de olvidos.

El río se hacía particularmente lento y magnético en la curva de sus suaves meandros. Las gabarras que, con una precisión de relojería, bajaban con cuentagotas, casi se detenían bajo los primeros puentes. Salté sobre una de ellas, que bajaba cargada de madera de los Vosgos, y me escondí entre los troncos como un polizón, ya deslumbrado ante la dura periferia de París.

El río avanzaba entre las murallas de los barrios-dormitorio, estribaciones de la vieja ciudad sobreviviente de artistas y espíritus, de revolucionarios y exiliados de patria

perdida. Nuevamente, el perfume morado del mercado de vinos de Bercy desencadenó desde la orilla mis recuerdos anclados en el viejo castillo. Recuerdos con olor a vino, en la humedad sombría de las cavas, donde el señor pelirrojo marcaba el territorio de sus amores marginales. Por fortuna, la visera del puente de Austerlitz barrió aquel *flash-back* de aromas, y mi espíritu escapado, mi cuerpo polizón se proyectaron hacia lo lejos, enredándose entre las líneas convergentes, las agujas ingrávidas, las torres degolladas de Notre Dame.

Gotas de una lluvia nueva pusieron cierto orden en la locura complaciente de todos mis sentidos. Comencé a percibir la soledad, el peligro, el frío del aire que llegaba moteado con los compases binarios del tango y las últimas javas evadidas de la esquina dé Lappe.

En el rincón clandestino que ocupaba en la gabarra, proyectaba mi propia deportación. Ya lejos de Chaumontceaux, irrecuperable, y al mismo tiempo indeleble, la huella de los Burgenbourg, buscaba desesperadamente, vitalmente, letalmente, como un alimento o un vomitivo, la ilicitud a la que renuncié. Buscaba un nuevo territorio de marginalidad y escoria. Creía que podría alcanzar la plenitud en el antídoto, en la inoculación del virus que me llevó lejos de los Burgenbourg. La felicidad, ahora, debería de estar en los sumideros. Castigando los deseos que me encadenaron y que fui incapaz de satisfacer. Lo que jamás pude asumir podría quizás empezar a aceptarlo, y deseaba profundamente que así fuera. Pero había que pasar por hacer aquellos deseos abyectos, por corromperlos y sublimarlos.

Las vías de circulación rápida se desflecaban, como un pólipo de mil brazos, alrededor de la isla de la Cité, en el corazón del gran bulbo habitado. Pensé dónde habrían podido refugiarse sus viejos ángeles custodios con quienes, acaso, planeaba compartir mi punición. Deseaba pisar y revolcarme por los orines de todos los rincones de los muelles, en las fronteras de las dos orillas. Quizás, el verdadero placer estaba en la ternura de las prostitutas viejas. Quizás, el amor sólo estaba en la aspereza reseca de sus

pieles, o en la convulsión desesperada de los cuerpos repetidos de los homosexuales. El mejor sueño sería el sueño gratuito y libre de los vagabundos, el verdadero espíritu de la ciudad, amos simbólicos de la orilla izquierda. Buscaría la noche y pondría mi sueño al calor de aquellos cuerpos. Olisquearía, con curiosidad y apetito, el vómito de los borrachos, buscando su drama y su grandeza, el ciclo de espirales en que se esconden y se hallan a sí mismos, todo lo que yo jamás pude asumir en la seguridad amurallada del castillo.

La autenticidad de la realidad que siempre me resultó tránsfuga, equidistante de Erasmo y de Alexine, estaría en la sombra nostálgica de las viejas lavanderas que poblaron el Pont Neuf. Allí, donde sólo quedaban vidrios rotos que yo debería hollar, periódicos amarillentos bajo los que cobijarse y obtener una tibieza provisional, envases, cuchillos abandonados, basuras fermentadas.

Estaba dispuesto a defecar junto a los árboles, a comer providenciales desperdicios entre los residuos, a beber el agua turbia y grasienta del río enamorado. Estaba dispuesto a que, al fin, solo ante mí mismo, convicto, afirmado, me patearan y escupieran ladrones niños, policías marineros, borrachos sifilíticos. Toda torpeza era ahora digna, toda aberración me exculpaba, me sublimaba, me regeneraba de la incruenta ilicitud, de la insatisfacción, la insoportable infidelidad, la traición imaginaria, la cobardía, de todo lo que me condenó en Chaumontceaux.

Estaba seguro de que el mar de infinitos techos sería, para mí, un laberinto de promisión. Había encontrado su hermosura en la abyección. Mi cuerpo comenzaba a sentirse nuevo y liberado y, al llegar al puente de Mirabeau, dejaría por fin mi clandestina provisionalidad en la gabarra maderera y me lanzaría a los brazos del pulpo de cemento. Bajo aquellos arcos siempre sonaba la palabra de Apollinaire prometiendo la alegría tras la pena.

Estaba absolutamente sumido en mi festín de espíritus fluviales cuando, súbitamente, sentí un sobresalto, y cuatro manos fuertes me inmovilizaron en mi rincón de la gabarra.

La imagen de los Burgenbourg, reanudando su tregua amante, se apoderó de mis últimos instantes de lucidez, como un premio a la penitencia, sólo imaginariamente impuesta y cumplida. Luego, quizás, una exhalación de éter, los sentidos disueltos, la nada, una narcosis negra. Y, en el sueño de alcohol y ácidos, el probable despertar en el cuero frío del asiento trasero de una limusine que, vagamente, me pareció suntuosa y gris. Los oídos se me fueron agudizando por el deslizamiento acharolado de las ruedas del gran automóvil por las calles de la ciudad sagrada mientras amanecía, la lluvia arreciaba sobre el parabrisas y, definitivamente, un último efluvio de alcohol y ácidos aéreos me arrebató el sentido durante todo el trayecto.

Luego, navegando entre la lucidez y el espejismo, el recuerdo de un largo pasillo, que se quebraba en múltiples esquinas y estallidos de luces multicolores, bloqueado por una interminable sucesión de puertas que se abrían ante mí y se cerraban a mi paso. Primero, la puerta de un garaje de dos hojas, chirriantes y metálicas. Varios escalones ascendentes, una escalera que daba infinitas vueltas sobre cien peldaños de madera crujiente, una puerta corredera deslizándose como una guillotina, pasos reverberantes en la penumbra del pasillo, una puerta de reja con chasquidos de cárcel, dejando escapar su eco por un nuevo corredor sin retorno. Hasta una puerta de vidrieras pintadas, enmarcadas en gruesos entrepaños, que celebró el final de mi periplo, recobrado ya totalmente el sentido. Pero, podía estar totalmente seguro de que no había vuelto a Chaumontceaux.

Y tras la luz de aquella puerta, exultante, bajo una capa de terciopelo rojo, enmascarada tras una carcajada estruendosa arrojada como un veneno sobre mi rostro, apareció la que se proclamó mi nueva dueña: Mme. Gongyla Gérard D’Estaign.

Sus primeras palabras me sonaron como un látigo y un bálsamo:

—Desde ahora tienes amos, Fritz. Tu destino será servir y

entregarte. Nada te pertenecerá mientras vivas bajo este techo. Ni tu cuerpo, ni tu alma, ni tu lengua, ni tu sexo, ni, por supuesto, tu mente. Todo lo que necesitas, lo único que necesitas, es un buen amo. Un amo como Madame Gongyla, que te enseñará una nueva felicidad, la felicidad de tu nueva sumisión…

Creí derrumbarme. Mi ni siquiera iniciada aventura de purificación en el Sena había perdido todo el sentido. Comencé a añorar de nuevo la falsa libertad de que gozaba en Chaumontceaux, me arrepentí de mis viejos escrúpulos de felicidad. Las palabras de aquella hermosa desconocida me llenaron de una nueva desazón.

—Y nunca olvides, Fritz, que el Bien es sólo una reflexión sobre el Mal —me dijo, mientras se alejaba volando bajo su capa.

# 3

Me encontraba encerrado en un cuarto de dimensiones confortables. Su desnuda monotonía sólo era turbada por dos simples detalles: una ventana, desde la que se divisaba la calle, y una moqueta, de lana lila, mórbida y hospitalaria.

Apenas repuesto de mi frustrada conquista de los márgenes del Sena, me hallaba de nuevo a solas con mi silencio, mi soledad y mi recién estrenada esclavitud. A través de los sonidos que llegaban del exterior, podía reconstruir o imaginar lo que sería la vida en mi nuevo ámbito, sin duda un ático de lujo en la coqueta y elegante Rue Matignon.

Oía crujir el entarimado, asolado por pasos danzantes y absolutos, e imaginaba a Mme. Gongyla Gérard D’Estaign pateando el *penthouse*, bajo su capa dominante, como una reina en palacio.

Al segundo día apareció de nuevo ante mí, descalza, como una Isadora Duncan rediviva del Bugatti, sin *foulard*, vestida sólo con una túnica de seda color turquesa, sobre la que volaba su eterna capa de terciopelo rojo, larga y suelta.

Esta vez pude observarla bien. Tenía unos cuarenta, o cuarenta y cinco años, una presencia física agradable y agresiva, y una potencia vital, saludablemente juvenil, que vibraba bajo la soltura de sus ropas. Sonreía frecuente y contagiosamente, desde una boca amplia y sensual, a la luz de una dentadura impetuosa. Su cuerpo era grande y luciferino, el pecho pequeño y sublevado, la cadera afirmada, las piernas largas bajo los pliegues de la sensual túnica. Los pies desnudos y recios, y las uñas lacadas de azul. Pero, de su estrella anatómica, lo más característico era su boca asombrosa, con labios amplios, bien cortados, húmedos,

rojos, ovalados, mullidos, como un sexo. De su boca salía un torrente de palabras voraces, perfumadas por un aliento caliente, con olor a semen vivo, a fresas y a Rive-Gauche.

Me habló por segunda vez:

—Mientras estés aquí, recuerda siempre esto, Fritz: toda la dicha del hombre está en la imaginación. Y sólo se puede alcanzar la felicidad sirviendo a todos sus caprichos y peticiones.

Considerando mi nada envidiable situación, era evidente que aquella invitación me resultaba completamente ajena. Pertenecía, sin duda, al mundo exterior. Un mundo que, en aquel instante, se me antojaba de poderosos y poseedores. Yo, en cambio, estaba encerrado entre cuatro paredes desnudas e imprevisibles. Durante tanto tiempo planeando un viaje de mortificación y, ahora, ni siquiera estaba en condiciones de hacer conjeturas sobre el próximo minuto.

Sin embargo, no tardé en percatarme de la clase de lugar en que creía haber caído. Todos los indicios conducían al mismo *cul-de-sac*, que me hacía pensar que aquel coqueto, elegante y discreto ático de la Rue Matignon era lo que podría llamarse, con eufemismo y benevolencia, una casa de «servicios especiales». Un *bordel-de-luxe* exquisitamente organizado…

La desnudez de mi celda, sin un mueble en el que reclinarme ni un objeto al que adorar, me hacía atormentarme todavía más en la monotonía de mis reflexiones. No podía entender cómo una mujer tan atractiva, fascinante y cultivada, con la clase visible que mostraba Mme. Gongyla Gérard D'Estaign, había podido caer en el pozo de aquel comercio indudablemente humano que, en las orillas del Sena, me parecía purificador, pero que, en aquella colmena de lujo y complacencias, me llenaba de una crispación indefinible.

Obsesionado por su risa, sus labios, su aroma, la imaginaba reclutando a sus mejores y más secretos clientes en los intrincados organigramas de la política de la V República. La imaginaba ostentando un lejano título

nobiliario, casada felizmente con un alto funcionario del Quai D'Orsay
. Sólo una desenfrenada, casi fanática, casi enfermiza obsesión por relacionarse con el gran mundo, podía justificar su diletante pasión por dirigir aquel negocio.

Aunque, con el paso de los días, pude observar que, en realidad, su gran motivación, el motor que la impulsaba, la obsesión que la cegaba, el producto que vendía, toda ella, como su boca en llamas, era la lujuria.

A través de los cristales de colores de la puerta-frontera, llegaba su voz aplaudida rompiendo el murmullo de sus fiestas:

> ¿No es hermosa Francia,
> no es hermoso Rimbaud?
> De los franceses poseo:
> la idolatría y el amor al sacrilegio.
> Oh!, todos los vicios: cólera, lujuria…
> magnífica, la lujuria…

La lujuria era la religión única de aquella diosa pagana. La pronunciaba deleitándose, la ejercía engrandeciéndose. La cultivaba con la abundancia y el vigor de un follaje exuberante. Lujuria, en sus labios, significaba carne, fuego, hielo, pecado, felicidad, transgresión y, sobre todo, dinero.

Poco a poco, la celda fue haciéndose algo más habitable, señal inequívoca de que, de un momento a otro, podría terminar la transitoriedad de mi situación.

Las paredes fueron tapizadas en rojo, con un tejido acolchado que insonorizaba el cuarto y creaba una sensación de acústica comprimida, de invitadora intimidad. Aparecieron también los primeros muebles, parcos y eclécticos: un pequeño sillón Luis XV, tapizado de raso estampado, otro sillón del Primer Imperio, lacado en negro y sobre cuyos brazos y patas, a modo de mascarones, emergían dos leones alados. Un espejo Art Decó hexagonal, un chifonnier de estilo y un galán de noche de caoba, cuya función situacional no acerté a descifrar.

Tras tantas horas en aquel cubo desnudo, casi me sentí atosigado por el súbito lujo y me ambienté, rápidamente, al nuevo decorado.

A través de los cristales de la puerta principal podía oír las conversaciones del exterior, entre las que destacaba la voz imperial de mi dueña, empeñada en pontificar su nuevo arte de amar:

—¡Perversión, perversión! Después de todo, ¿qué es la perversión? Perturbar, trastornar, caer en el error, corromper, desviar… No, no, no y mil veces no. Pervertir es crear. Porque per/verso es todo lo que no es pre/visto, todo lo que arranca al ser de las expectativas medias, de las embrutecedoras rectas de la mediocridad. Perverso es todo lo que supera la vulgaridad, todo lo que destroza la rutina. La belleza, la imaginación, ésa es la verdadera perversidad. La felicidad sí existe, y es el sinónimo de perversidad…

Estimulado por las doctrinarias declaraciones, a través de mi sigilosa observación y uniendo, poco a poco, todos los

retazos de la trama, pude urdir una probable explicación de lo que ocurría en el exterior.

Mi hipótesis partía del emplazamiento del *penthouse* en la arterial Rue Matignon, cerca del Palacio del Eliseo, el triángulo de la seda, los grandes hoteles, los despachos de los ministerios, las grandes embajadas y los cuarteles generales de las empresas multinacionales. Un entorno social y económico que, probablemente, constituiría el territorio de su mejor clientela.

Los timbrazos que percibía, emitidos en breves series como un alfabeto morse, un punto, dos rayas, punto y raya, tres puntos, y combinaciones mucho más intrincadas, me llevaron a la conclusión de que cada cliente se identificaba, en el anonimato, con un código y que acudía a una cita preacordada para evitar equívocos, turbaciones y palabras.

El pago de las, sin duda, altas tarifas se haría a través de cualquier tarjeta de crédito. Y para evitar explicaciones, se extenderían recibos que, luego descubrí, iban enmascarados bajo dos nombres libres de toda sospecha: la joyería Junot y Elmyr, marchante de arte.

El mecanismo era indudablemente complejo, pero sistemático y exacto como un reloj. De una limpieza inteligente que, sin duda, decía mucho del cerebro organizador y la capacidad de estratega de quien decidió raptarme. Y, una vez el mecanismo se ponía en marcha, la gran puerta a todas las perversiones quedaba abierta de par en par apoteósicamente, como una nueva orgía creadora. Porque ése era el sentido de la frase que oí a Mme. Gongyla a través de los cristales de la puerta, no como un atenuante, ni una disculpa o un acto de contrición, sino como toda una fanfarria comercial, un principio de filosofía, una mercancía saturnal.

Porque no tenía ya ninguna duda de que la perversión, o el estímulo creador, como lo llamaba ella, era el producto que allí se vendía. Y se vendía aséptico, seguro, envuelto en oropeles, liberado de peligros, cargado de promesas. Aunque, Mme. Gongyla Gérard
D’Estaign

prefería un nombre más sutil y sugerente. Y la llamaba felicidad, imaginación, caprichos o magnífica lujuria.

Empecé a preguntarme qué papel me correspondía ejercer en aquel tinglado, preñado de tácitas complacencias.

Si no fuera porque Ivan Petrovich Pavlov había muerto cuarenta años antes, casi al mismo tiempo que el adolescente Erasmo de Burgenbourg se alistaba en las juventudes nacionalsocialistas, hubiera creído que aquel diabólico médico ruso tenía algo que ver con el tormentoso negocio de la gran dama republicana.

Porque, imprevisiblemente, Mme. Gongyla Gérard
D’Estaign
, la gran anfitriona del todo París, maestra de todas las perversidades, dama de honor del baile de tantas embajadas, Mesalina enamorada de Rimbaud, empezó a someterme a un tratamiento de *shock*, encaminado a crearme un programa muy específico de reflejos condicionados que, convenientemente manipulados, generarían, posteriormente, el caudal de servicios especiales que yo tendría que suministrar, según el capricho, la creatividad y el empuje hacia la abyección de su elegante clientela.

El tratamiento se inició a los pocos días de mi llegada a Matignon.

Tras la calma expectante de los primeros momentos, en los que conocí a mi dueña y elaboré mi hipótesis sobre el burdel repujado, pude percatarme de una actividad mucho más planificada y destinada a modificar sustancialmente mi situación.

Primero, se me privó de la comida durante un día. Luego otro día, y otro, y otro. Hasta que sentí hambre. Un hambre desesperada, agravada por los presagios nada optimistas, la depresión a la que me arrastraba la lógica de mis deducciones.

Durante mi pesadilla de hambre, lenta y ladinamente, aprovechando la obsesión totalizadora y excluyente que la

sensación de apetito me causaba, el programa de reflejos condicionados fue poniéndose en marcha y superponiendo su cruel mandato a mis reflejos instintivos y primarios.

La aplicación del tratamiento la dirigió personalmente Mme. Gongyla Gérard
D'Estaign
, y comenzó con un acertijo que me costó entender.

Al cuarto día de ayuno, cuando mi hambre era ya absolutamente insoportable, mi dueña, oreando bajo la capa su cuerpo de diabla y su inevitable túnica de seda, me visitó en mi encierro y, como siempre, me espetó con un monólogo:

—Escucha, Fritz, este epigrama del *I Ching*: «El trigrama Sun es un símbolo Yin. Es la madera, el viento, lo que avanza y retrocede, lo que titubea indeciso, incitación y huida: el olor, el olor, el olor…».

Su voz se alejó por el profundo pasillo invisible, repitiendo como un eco la misma palabra. Y aunque atribuí esta súbita incursión en los arcanos del *I Ching* a su ya sospechosa y exuberante extravagancia, tenía que esforzarme en interpretar la clave. Y deduje la evidencia de que la sensación del olor y el sentido del olfato que tanto había ejercitado en Chaumontceaux y en mi travesía fluvial hacia París, iban a ser protagonistas esenciales de los futuros acontecimientos de mi encierro.

Así fue cómo, antes de la primera comida que vi y olí en muchos días y, ya desde entonces, antes de cada comida, me daba a oler y lamer bragas usadas, compresas menstruales, sujetadores, ligueros y toda clase de prendas íntimas de mujer. Mis pituitarias y mis papilas fueron habituándose a aquellos olores acres, a aquellos sabores ácidos, de orines esencializados, de flujos secos, de sudores vaporizados, capaces de convertir los duros sabores de los besos de Erasmo de Burgenbourg y las brisas fecales de los muelles del Sena en una pálida ambrosía.

No debo negar que, estimulado quizá por los rigores del hambre y la gratificante comida que seguía a la tortura olfativa, el centro de mi energía se había desplazado hacia el olfato y encontraba placenteras las ásperas emanaciones, el

duro contraste aromático que formaban la lencería y los casi bellos residuos, los elásticos y las serosidades, la seda y los excrementos, el sutil hilo de las prendas y las secreciones enmarañadas en su urdidumbre, una especie sensual que ya había empezado a sublimar en las imaginarias aventuras de los muelles fluviales.

Posteriormente, y siempre antes de las sucesivas comidas de gratificación, era la propia Mme. Gongyla quien ponía su sexo grande, húmedo y deliberadamente sucio, en frente de mi cara. Y me hacía lamérselo en lengüetazos verticales, longitudinales, espirales, profundizadores. Tratando de crearme la pasión por el conocimiento, casi radiográfico, del centro de su vida y de todas las vidas.

Yo trataba de aplicarme y seguía sus instrucciones, complaciendo sus deseos lo mejor que podía. Aunque al principio quizás ella percibiera en mí cierta reluctante perplejidad, jamás repugnancia, provocada por el cambio de hábito olfativo al pasar del olor seco y esquivo, pegado a la lencería, al olor directo, fresco y no metafórico que emanaba su carne.

—¿Hueles mis licores vaginales, mis esencias de vida, Fritz? Debes saber y aprender, Fritz, que los mejores perfumes, los más caros, los que llevan las mejores damas, contienen una materia adherente que es extraída de las secreciones sexuales de algunos animales, machos como tú, Fritz. Animales espléndidos como el almizclero o el gato de la algalia… Unida al olor de los cuerpos, al olor de mi cuerpo, se hace afrodisíaca, afrodisíaca, Fritz…

Yo, simplemente, escuchaba atónito, temeroso y resignado. Pero algo en mi torpe comportamiento oyente le puso furiosa. Me agarró del pescuezo y me lo retorció con fuerza, dándole, al menos, dos vueltas a mi piel pellizcada.

—No olvides nunca el mensaje de Rimbaud: «La crueldad nos rejuvenece». ¡Nos rejuvenece, Fritz! ¿No es maravilloso?

Asentí como pude, mientras ella aflojaba su pescozón.

—Ahora te voy a enseñar, Fritz, cuáles son las partes del cuerpo más erógenas en función de su olor. Es decir, qué partes del cuerpo, de mi cuerpo, Fritz, olerán más y mejor al

deseo y al amor. Y tú tienes que buscarlas, buscarlas con el olfato, olerías y lamerlas, lamerlas, lamerlas…

Comencé a olería por todo el cuerpo, sumiso y desconcertado.

—¡Empieza por las rodillas! Lo que más amaba Baudelaire.

—Ahora las axilas. ¿No te excitan, Fritz?

—Ahora el cuello. ¡Hiede a amor!

—¡Ahora sube hasta las sienes! Tienen un olor que debe seducirte…

—¡Ahora el lóbulo de la oreja!

—¡Las muñecas!

—¡Ahora desciende de nuevo hasta los corvejones! Ahí, ahí, en la articulación de las rodillas. ¡Eso es, eso es! ¡Bien, muy bien, Fritz…!

Creo que Mme. Gongyla Gérard D'Estaign se marchó satisfecha del comportamiento de mi nariz y mi lengua porque, a partir de entonces, y después de cada sesión olfativo-gustativa, comía cada vez mejor.

La dialéctica olores-sabores sexuales/comida se apoderó de mí como el ritmo de un diapasón. Mi cerebro comenzaba a asumir una creciente actividad refleja, derivada de la adaptación que adquiría sobre el medio y de las, evidentemente, nuevas y turbulentas relaciones nerviosas que adoptaba mi sistema neurológico.

Estaba seguro de que, poco a poco, en el ejercicio del que luego sería mi trabajo en aquella casa, los reflejos adquiridos, la reacción programada hacia los fluidos genitales y la provocación olfativa de ciertas partes del cuerpo, previa a cada una de las parcas comidas, se habían convertido en reflejos primarios y, lamentablemente, irreversibles.

El tejido fisiológico y las facultades psicológicas, el plano objetivo y el subjetivo se unificaban en mi subconsciente en un magma esclavizado. Mme. Gongyla Gérard D'Estaign estaba creando un monstruo, un animal de placer que sólo sería capaz de reaccionar ante el sexo aberrado. O, quizás, el

sexo perfecto.

Yo, Fritz, el pobre Fritz, aún nostálgico del castillo de Chaumontceaux, del amor furtivo y apenas sugerido de los Burgenbourg, cien veces expiado en mi voluntaria penitencia, convertido en el futuro superstar de aquel lupanar de superlujo. Me costaba tomar conciencia de mi nueva situación.

Traté de hacerme comprender que algo decisivo había ocurrido y que mi existencia futura en nada se iba a parecer a la que hasta entonces había vivido. Analicé cuidadosamente mi nueva situación. Intenté ser lúcido y realista.

Y sólo encontré una palabra para describir mi nuevo estado. Una palabra antigua y abolida. Una palabra que, en cambio, resultaba precariamente descriptiva de la realidad: esclavitud. Porque existía el dominado y el dominador. La voluntad sometida, la libertad añorada. La sospecha angustiosa de que mi destino estaba en otras manos y en otra mente, de cuya frialdad, de cuya crueldad, tenía algunas pruebas, pero ninguna certeza de sus límites.

No me consolaba el hecho de que se tratara de una esclavitud dorada. De que el ergástulo tuviera tapices y no rejas, plumas y no argollas, moqueta lila en toda la mazmorra. No me consolaba la comezón del misterio que dibujaba expectativas, alumbraba un enjambre de ideas, de intrigantes sueños despiertos. Ni siquiera me consolaba haber conocido el sabor microscópico del cuerpo de Mme. Gongyla y el proyecto de atravesar con ella todas las barreras de la lujuria, en busca de la perdida felicidad.

Muy pocas ideas podían aliviar la constricción excesiva de mi espíritu prisionero. Mi voluntad de punición había sido llevada demasiado lejos, arrastrada por el Sena en un amanecer otoñal. Mi libertad la regalé a la sombra de un clochard que aún dormía bajo la luna en los embarcaderos. Mi pasado y mis recuerdos se deshicieron a jirones en los largos pasillos de Matignon. Mi penitencia había tenido un final imprevisto y casi funerario: tenía que sufrir una esclavitud sin cadenas, encerrado en un ergástulo de maderas preciosas, sedas, terciopelo y perfume de sándalo y sexo.

En muchos momentos, llegué a comparar mi historia con la historia de la pobre O, camino de Roissy. Llegué a estar tan resignado que mi esclavitud me parecía tan consentida como lo fue la suya. Mi descenso a los infiernos del amor, tan abrasador y convincente como fue el suyo. Mi periplo tensado entre el horror y el lamento, entre el éxtasis y la náusea, tan perturbador como fue el suyo. Igual era también la humillación, la prostitución, la tortura física y moral. O las aceptó libremente. A mí no me quedó otra elección que aceptar. Todo nos unía, y sólo nos separaba lo que separa la vida de la muerte. Porque, mientras O fue capaz de llevar su aventura hasta las últimas consecuencias, hasta el amor al amor de la muerte, yo estaba dispuesto a trocar mi resignación en lucha, a volver libre a Chaumontceaux.

En el fondo, las nuestras eran dos historias místicas.

Tenía la seguridad de que Mme. Gongyla Gérard D'Estaign lo había previsto todo para hacer de su negocio un ejemplo de eficiencia, productividad, discreción y limpieza. Todo estaba convenientemente automatizado. Bastaba el silencio, una dirección enmascarada, una serie de gestos tácitos y un infalible sistema de señales. Servicios secretos y personalizados. La gran atracción de las guías secretas. El número fuerte del París erótico. La comidilla de los cenáculos de la tecnocracia, los *ghettos* multinacionales, la aristocracia del dinero, los parnasos artísticos y el alto funcionariado de la V República.

Naturalmente, yo iba a ser el sujeto pasivo, la *vedette* insustituible de la más maravillosa infraestructura mecánica, capaz de confabular a todas las parestesias del amor.

Durante un tiempo, que no pude fijar con exactitud, pero que sin duda me pareció interminable, fui sometido a lo que entendí era la parte fundamental de mi adiestramiento forzoso: un brutal tratamiento de programación lumínica y cromática.

En la que luego sería mi habitación de trabajo, se me sometió a una descarga de sonidos ultrasónicos que me inhibieron todo razonamiento. Al mismo tiempo, en los artesonados de las paredes y a la altura de los zócalos, unos paneles lumínicos despedían fuertes e intensos destellos de distintos colores.

Habituado ya a aquel ámbito, fue la misma Mme. Gongyla quien comenzó a adiestrarme en las innumerables perversiones, o juegos de felicidad, que luego tendría que ejercer con sus clientes.

No tardé en comprender que las luces de colores estaban

destinadas a codificar un servicio determinado, toda vez que la diosa de Eros, mi satánica dueña, me obligaba a hacer cíclicamente con ella los mismos juegos de felicidad, coincidiendo siempre con la actividad luminosa de los mismos coloras.

Los ciclos se fueron repitiendo, interminablemente, hasta lograr que mi respuesta refleja fuera inmediata. Y bien puedo decir que me apresuré a que así sucediera para librarme de mi dueña, de quien ya me sabía de memoria cada centímetro de su piel, sus pecas y sus mínimos lunares, la profundidad, anchura y grado de humedad de su vagina, la secuencia de sus mareas inundadoras, la capacidad de respuesta de su clítoris, la elasticidad de sus esfínteres, el diámetro de sus pezones de ópalo y la velocidad de su erección, la anchura de su lengua ondulante, el olor de sus mejores glándulas, la erogeneidad subrogada y virginal de sus hermosos sobacos calvos o la textura lobular de sus orejas enjoyadas.

Mme. Gongyla Gérard
D’Estaign
ensayó conmigo todos los juegos, todas las desviaciones, todas las aberraciones que los límites del sexo podían contener. Combinamos binaria, trinaria, cuaternariamente, toda posible zona sublevable, todo apéndice, entrante, saliente, convexidad, concavidad, prominencia, lóbulo, cartílago, mucosa, glándula, extremidad o protuberancia.

—No olvides, Fritz, que la finalidad, la única finalidad, es el placer.

Volvía a la carga doctrinal con la majestuosidad de una *prima donna* en el centro de la ópera.

—El placer, el placer, el placer. ¿Sabes lo que es el placer? La sima en la que se sumergen y confunden la fascinación y el horror. El imán que crea la atracción y la repulsión. El abismo que atrae la presencia y la arroja hacia el vacío. La marea de la sangre ascendiendo, descendiendo, deteniéndose, estallando en el cuerpo. Es el placer, Fritz, el placer. Todo y nada, el placer.

Comencé a entender por qué, durante mi entrenamiento, en la exhaustiva exploración que me obligó a hacer de su

cuerpo, hubo un acto que evitó cuidadosamente: la copulación genital, lo que yo creía el coito creador.

Pensé que era un privilegio que reservaba exclusivamente para su feliz esposo, el probable alto funcionario del Quai d'Orsay. Aunque en seguida, aplicando sus enseñanzas, llegué a la conclusión de que ese tipo de copulación quizá no era lo suficientemente perversa, estaba impregnada de vulgaridad, de previsibilidad, de mediocridad natural. Era evidente que no podría jamás resultar interesante para una clientela exclusivamente ávida de lo que Mme. Gongyla Gérard D'Estaign se esforzó en definir como *felicidad*.

Cuando mi raptora creyó que mi entrenamiento podía darse por concluido y que, a partir de entonces, ya podía actuar en forma autónoma, ejerciendo exactamente las instrucciones que ella me daría, sin necesidad de estar presente, me habló en un modo que, según intuí, era el corolario de todo su esfuerzo instructor.

—A partir de ahora, Fritz, ten en cuenta que te enfrentarás a individuos que, al desnudarse, dejarán de ser quienes son de puertas afuera. Y se quedarán a solas contigo y con una o más de las particularidades de su mecánica del placer. En esos momentos, su sexo, su sexo físico, y su sexo como motor o inductor de su acción, se agigantará y dominará la escena y al personaje. Quedará desgajado, separado del cuerpo y del razonamiento. Se hará autónomo. Los dos seréis tres. Los sentidos entrarán en fase de completa anarquía. Lo anormal se normalizará. La discordancia, la descomposición, la contranaturaleza se harán creadoras y dominarán los mecanismos del amor. Tu misión será adaptarte, someterte, servir, dar felicidad. No contraríes jamás esa gran fuerza segregada, el sexo del otro que lo dominará todo. Y para que no lo olvides pondré en la puerta de tu cuarto una inscripción recordatoria: «Estamos solos y somos tres». Suerte, Fritz.

Cuando mi dueña desapareció, tuve la sensación de que ya no la volvería a ver. Era evidente que la gran trama de luz y color a la que debía mi obediencia automatizada, y que hacía innecesaria su presencia, estaba ya creada y dispuesta a funcionar. Había intentado hacer de mí un autómata servicial y eficiente, un mecánico factor desencadenante, listo para complacer las fantasías oníricas y eróticas de la más perversa aristocracia de París.

Como me temía, nunca más vi ni oí a Mme. Gongyla Gérard
D’Estaign
pronunciar mi nombre o darme una orden. Incluso la perdí de vista físicamente. Estaba seguro de que gobernaría todo su tinglado como con un mando a distancia. El código cromático, lumínico, había sustituido a la palabra, y yo lo había aprendido ejemplarmente.

Me lo sabía de memoria. Peor todavía, formaba parte esencial de mi estructura instintiva.

El *flash* amarillo significaba: sashimi. El azul, cunnilingus. El naranja, urolagnia. El verde, enema. El fucsia, mixoscopia. El blanco, champú. El rosa, sodomía. El rojo, macedonia. El ocre, felación. El magenta, triplex. El índigo, bufolagnia. El gris, inglés. El violeta, tv. Y el turquesa, sadomasoquismo.

Tuve ocasión de practicar casi todos. Y algunos de ellos no los olvidaré jamás.

Decidí enterrar, para siempre, el recuerdo de los Burgenbourg.

# Segunda parte

# 4

Entre la última programación lumínica de mis reflejos y mi primera salida a la escena del burdel, llegué a perder la noción del tiempo.

Me debatía entre la preocupación y la expectación, obsesionado por saber lo que podría pasarme a partir de aquel instante. Pensé que, en último caso, tal y como me inculcó mi dueña, la perversión podría ser creadora y que el acto de la creación siempre debería resultar gratificante. Pensé también que se sucederían, a lo largo de mis futuros días, encuentros con gente necesariamente interesante. Gente dueña de sus cuerpos inquietos, pero cuerpos prisioneros. Cuerpos de los que, un buen día, se adueñaron sus sexos, como me habían enseñado, la implacable, única fuerza dominante. Prisioneros paradójicos en nombre de la libertad.

Mi solitaria reflexión fue interrumpida por un ajetreo premonitorio de lo que sucedía en el exterior. Un timbrazo largo y dos cortos. La puerta del ático, que se abrió automáticamente. Voces bajas, casi susurros, pasos decididos y el suave deslizamiento de unas pequeñas ruedas metálicas que estarían arrastrando un fardo de sonido recio y sordo.

—¡A mí me gusta la carne cruda!, —se me erizaron todos los pelos al escuchar aquel grito que, como un trueno, rompió la discreción de los susurros que se oían desde la antesala.

La sombra de una doble figura recortó su perfil tras la puerta de cristales decorados con motivos bonsai, pájaros y cetrería, que aislaba mi celda del mundo exterior. Al mismo tiempo, los paneles de luces de los artesonados y el zócalo comenzaron a emitir un inquietante mensaje amarillo. Se atropellaban en mi cerebro los datos, el aprendizaje, la irreversible sumisión, los presagios de una aventura que acababa de empezar, cuyo destino último ignoraba y ante la

que me encontraba totalmente indefenso.

La referencia a la carne cruda de la primera voz extraña que oía en muchos días me hizo estremecer. ¿A qué extraño ritual carnívoro estaba invocando? ¿Cuál era mi rol, el rol de Fritz, el pobre, atribulado, resignado, esclavizado Fritz, bajo los designios de Mme. Gongyla?

Mis pensamientos fueron interrumpidos por la gigantesca silueta en contraluz de quien resultaría llamarse *Sir* Diederik, y el chirriante ruido de las ruedas de un pesado baúl, que apareció empujado por una bella, pelirroja y misteriosa mujer.

—¡Ábrelo, Baton Rouge! —ordenó *Sir* Diederik.

La pelirroja, moviéndose con una armonía hecha de ensayada disciplina, abrió el baúl. La representación tenía una liturgia de circo y vodevil. Parecía la médium de un tragasables revoloteando alrededor de un improbable Houdini.

El baúl estaba lleno de ropa de seda, sables de samurai, abanicos de nácar, tibores, jades, tacitas de sake, máscaras de kabuki, láminas de ikebana, cajas con polvos de arroz y borlas de plumas. Pero no todo eran signos románticos y líricos adornos de la artesanía oriental. Había también objetos más grandes, utilitarios e inquietantes, revueltos en gran desorden.

Yo observaba todos los movimientos, curioso, nervioso, estremecido y rígido de miedo ante lo desconocido y la inevitable utilización que, temía, iba a realizarse de mi cuerpo.

Mientras situaban el baúl contra una de las paredes repletas de cuadros de la habitación, tuve tiempo de observar detenidamente a quien era mi primer cliente en Matignon.

Llegué a la conclusión de que *Sir* Diederik, vestido con un suntuoso quimono de seda, no trataba de ocultar a nadie su larga residencia en el Japón. A esto atribuí la marcialidad samurai de sus movimientos, el moño, característico de los luchadores de sumu, con que recogía su pelo entrecano o la expresiva solemnidad de su lenguaje gestual. Incluso, juraría que, en un verdadero alarde de mimetización, los breves y

rasgados ojos azules de aquel holandés errante habían adquirido un sufriente giro oblicuo.

Pero, pese a todos los aderezos y máscaras, era evidente que mi provisional dueño mantenía imborrables algunas de sus más preciadas señas de identidad. Era como uno de los maridos burlados de los psicodramas de Ingrnar Bergman, o un Justino de Nassau descendido del Cuadro de las Lanzas y puesto a caminar por nuestro siglo, rindiendo su ciudadela entre París y Tokio. Alto y vital, vociferante y ruidoso, como un latino apasionado de los mares del norte, su transformismo cultural tenía algo de patético y, probablemente, en la patria perdida, estaba el origen de su perversión todavía ignorada. Pero, si *Sir* Diederik me inquietaba, la imagen eficiente de su delgadísima ayudante me causaba una indefinible turbación.

Volví a la escena deslumbrado y seriamente preocupado por las llameantes luces del código amarillo, y atraído por la actividad e impaciencia con que la pareja revolvía en el interior del baúl, como buscando unos objetos muy determinados que se resistían a aparecer.

Al fin, sacaron una especie de piscina neumática plegable, que se hinchó automáticamente, tras soltar la válvula de un depósito auxiliar de aire comprimido. A continuación, la mujer aplicó a la piscina una manguera de agua, ajustada a un depósito del baúl, hasta llenarla. Luego extrajo de un pequeño estuche de laca unas piedras ligeras y calcáreas, unos corales y algunas medusas y estrellas de mar disecadas.

—¡Ah, ja, ja, ja, *sashimi*…!

El grito de *Sir* Diederik interrumpió el preambular silencio, mientras elevaba, con gesto triunfal, una bolsa de plástico transparente y llena de agua. En su interior se agitaban media docena de hermosos peces dorados, convulsos y nerviosos ante los vaivenes del agua embolsada, sometida al movimiento fervoroso y enérgico del brazo de *Sir* Diederik.

—¡*Sashimi, sashimi, sashimi*…! —repetía *Sir* Diederik, obsesivamente, con la mirada lujuriosa, inyectada de violencia y deseo, mientras abría la bolsa y vertía los peces en el interior de la piscina, donde se pusieron a nadar en

libertad.

La existencia de otros seres vivos, quizás más indefensos todavía que yo mismo, tranquilizó mis anteriores temores ante la amenazante mención de la carne cruda. Comencé a sentirme algo más seguro y seguí, pasivamente, esperando instrucciones.

Entretanto, Baton Rouge ayudaba en los preparativos rituales desde el misterio inescrutable de sus profundos ojos negros, bella y en silencio. Tenía la eficacia productiva de una secretaria, la dignidad sumisa de una esposa, el encanto equívoco de una geisha, y una cierta malicia turbulenta que electrizaba desde los movimientos de su cuerpo, supremamente delgado y escultórico, evidente emisor de unas llamaradas, cuanto más invisibles más ardientes.

Baton Rouge perfumó la habitación con incienso y esencia pulverizada de azahares, y puso a flotar sobre el improvisado jardín flotante nenúfares y flores de loto. A continuación, se desanudó el obi y se quitó uno a uno sus ocho quimonos. Con toda su delgadez desnuda, penetró en la piscina neumática, se arrodilló elegante y suavemente, y se acostó de espaldas sobre las piedras, los corales y las medusas que yacían en el fondo. Puso los pies juntos y los brazos abiertos, como en una crucifixión subacuática.

—¡*Sashimi*! —gritó de nuevo *Sir* Diederik.

De un zarpazo cogió uno de los peces que nadaban junto a Baton Rouge y, sacando de su bolsillo un pequeño estuche, desenvainó un minúsculo bisturí de plata y empezó a desollar al pez en vida. Llegué al convencimiento de que la carne cruda ya no iba a ser la mía.

Con cuidado de disecador de mariposas, *Sir* Diederik fue cortando en pequeños filetes la carne blanca y fría del pescado, que se retorcía de dolor, y los fue colocando sobre la vibración contenida de las zonas erógenas de la joven yacente.

Conforme avanzaba el holocausto del pez vivo, Baton Rouge hacía más excitado y profundo el ritmo de su respiración, subacuática e intensa como una meditación. La ceremonia sutil y cruel, delicada, suplicante y pictórica,

avanzaba lentamente, mientras el pez desollado seguía aferrado a la vida, respirando, jadeante, por su boca entreabierta.

*Sir* Diederik dejó los primeros filetes recién cortados sobre los labios rojos y finos de Baton Rouge. Cortó nuevos trozos de carne fresca y los colocó rodeando el grueso, oscuro, erecto pezón de la pelirroja sumergida.

Mi observación quedó paralizada ante la irrepetible belleza de aquel pezón grande, oscuro, cilíndrico, vivo y latente. Sentía cómo mis ojos se arrastraban, magnéticamente, por su violenta aréola. Me hipnotizaron sus sutiles rugosidades, aquellas estrías amadas por los besos que surgían como infinitos radios y llegaban hasta las fronteras del círculo moreno. Violé con mis pupilas su conducto lácteo sellado. Llevé mi mirada a todas sus estribaciones, sin duda hipersensibles y, en un arrebato quiromántico, deduje en la leyenda de sus rayas que aquellos pechos tendrían unos veintiocho años.

Pensé que si, de cada cuerpo de los que iba a conocer, tuviese que segregar un miembro al que salvar de la extinción y hacerlo eterno, de Baton Rouge tendría que elegir sus negros pezones violeta. Salientes, altivos y exageradamente prominentes, como pequeños flanes de armónica redondez cortada. Los pezones eran la imagen reducida que yo quería guardar de Baton Rouge, el tótem al que dedicaría mi adoración si, como suponía, aquélla era la primera y única vez que podía contemplarlos.

Cuando regresé del éxtasis mamario, *Sir* Diederik seguía desollando el pez delicadamente y depositando los últimos filetes de carne fría y blanca sobre las casi transparentes costillas inferiores y el humedecido ombligo de Baton Rouge, que respiraba como una boca.

El resto del pez, la espina que todavía tenía adherida la carne más contumaz, con las agallas jadeantes, los ojos abiertos y la cabeza intacta, y las vísceras intocadas y visibles que le mantenían en precaria vida, fueron, finalmente, depositadas sobre el sexo de Baton Rouge, que emergía de la piscina como una isla triangular y roja, bañada por los

círculos concéntricos del agua al moverse.

Baton Rouge soportaba pasivamente los preparativos, quieta, relajada, con los ojos cerrados, como hipnotizada. Sin abrir los ojos, casi sin mover los labios, susurró:

—*Mi kire*. Mátame, ¿a qué esperas?, mátame, mátame…

*Sir* Diederik le contestó con el mismo grito ritual:

—*¡Sashimi!*

Se arrodilló junto a la chica e hizo un gesto para que le imitase.

Sólo entonces comencé a entender algo más de mi juego, y mi inquietud se trocó en deseo por llegar, al fin, a aproximarme a aquel delgado volcán sumergido, del que sólo emergían las islas redondas y morenas de sus dos pezones violeta.

*Sir* Diederik no hizo otra cosa que lanzarse a devorar los blancos filetes de pescado, casi vivos, sobre el cuerpo húmedo-encendido de Baton Rouge. Inició su acción lamiéndole la cara y comiendo a continuación el pescado depositado en sus labios. Su brutal deglución se fue transformando, poco a poco, en una especie de gran beso, comestible y carnal, que enrojeció todavía más los incendiados labios de la chica. A continuación, inicié mi parte de la ceremonia, imitando a *Sir* Diederik y recogiendo con mi lengua, comiéndome y tragándome, las últimas migajas de carne blanca que quedaron minúsculamente esparcidas por los enrojecidos labios.

Las migajas eran tan diminutas que tuve que aplicar mi lengua como una lapa para rebañarlas todas. Mi contacto tenía la dimensión de un beso macroscópico, traspasaba la superficie de mi músculo y se hacía profundo, molecular, penetrante como un herpes. Sentí el calor febril de sus labios lacerados, la vaga sensación de un relámpago voluptuoso.

Mi pica se endureció, hostigada por el labio febril, la sangre confundida, la belleza desnuda y sumergida.

Pero el ritual tenía que proseguir cuerpo abajo. Instruido ya sobre la naturaleza de mis obligaciones, seguí a *Sir* Diederik, desde el lado opuesto de la piscina, en su descenso por el esbelto y pecoso cuerpo yacente. Arrastramos nuestras

lenguas, sintiendo el escalofrío, desde el labio febril hasta el cuerpo sumergido. Preparábamos el camino de la siguiente escala, separando los nenúfares y lotos que, a veces, se cruzaban en nuestro larguísimo beso descendente. Mientras, los otros cinco peces golpeaban, con su furia natatoria, los sinuosos costados de Baton Rouge, y la hacían más tensa y excitada. Su sangre enfebrecida estallaba contra el agua fría. La piscina hervía de pasión.

Baton Rouge, inmóvil, inerme, candente como un crisol, vibraba en leves, perceptibles, múltiples sacudidas eléctricas. Entretanto, respiraba profundamente, parecía sonreír de placer y deslizaba su lengua por los ya no frecuentados labios, como recorriendo el sabor residual de nuestra reciente posesión.

Tras los labios llegamos hasta los pechos, de ancho diámetro y mínimo volumen, y nos aplicamos a comer la carne que rodeaba los idolatrados, erectos pezones violeta, indudablemente la más tierna, sabrosa y elegida, y con un sabor salino que supe apreciar.

*Sir* Diederik daba bruscos lengüetazos que conmovían sus pechos cónicos. Imitando a mi dueño provisional, mordí sus puntas con apasionada fruición, desafiando, con lo más fino de mis dientes, la resistencia retráctil de sus afirmadas glándulas.

Baton Rouge parecía despegarse del fondo, elevándose como un milagro antigravitatorio. Sus labios enrojecidos musitaban:

—*Mi kire, mi kire*, mátame, mátame…

Era como un dulce susurro ordenante, cabalgando como un apocalipsis sobre su espasmo, mientras los filetes del pez, los lengüetazos de *Sir* Diederik y la punción de mis incisivos establecían un furioso intercambio carnal entre la suya y las nuestras, ardientes y violentadas por la excitación que nos producía la proximidad de sus pezones violeta, gigantescos y adorables como un emblema totémico.

Contra los acantilados de aquel silencio golpeaba como un rugir de olas. Del invisible sistema nervioso de Baton Rouge surgía como un subliminal silbido ultrasónico que nos

atravesaba el tímpano midiendo su placer. Era tan violento su orgasmo, tan indomable el cataclismo interior, que podía percibir cómo un seísmo nérveo nacía del epicentro totémico y resquebrajado de los pezones, llegaba hasta su garganta y retumbaba como un eco hacia el sur de su sexo, mientras las aguas de la piscina se rompían en un oleaje furioso y eléctrico, impulsadas por la energía que la pelirroja liberaba desde dentro de su cuerpo, sumergido y aparentemente quieto.

Cuando me desperté, sólo recordaba el placentero cataclismo, los pezones violeta se habían, por primera vez, calmado.

Para devolverme a mi realidad esclava, la luz amarilla del código de órdenes seguía parpadeando como una conciencia posesiva. Desde su silencio, me enviaba el claro mensaje de que en la ceremonia recién acabada yo había sido sólo un objeto, el más insignificante. De que debería eliminar de la imaginación toda expectativa de placer. Toda ilusión quedaba fulminada en el *flash* amarillo.

Observé que *Sir* Diederik estaba medio aletargado en un rincón, con las piernas arqueadas como dos gigantescas patas de tarántula peluda, saliendo entre el taparrabos de luchador de sumu que le cubría. Tenía los ojos medio en blanco, como si hubiera sido sacudido por la descarga de un rayo orgásmico.

Yo había despertado con mi cabeza junto a la de Baton Rouge, que seguía dormida y en silencio. Los brazos abiertos, las palmas arriba, las piernas juntas, los pechos puntiagudos y la respiración profunda y rítmica provocando en el agua suaves ondas concéntricas.

Su pezón derecho parecía haber sido atravesado por uno de mis afilados incisivos. La carne estaba abierta y se veía su interior oscuro, blando y frutal, como la pulpa húmeda y morada de una tierna frambuesa.

Un hilillo de sangre manaba del pezón y dejaba una clara mancha roja al diluirse en la piscina.

El pez desollado, lo que quedaba del pez, la espina, las vísceras, las agallas y la cabeza daban sus últimas bocanadas

de vida sobre el triángulo genital de la bella sacrificada.

—¡*Sashimi, sashimi, sashimi*…! —musitaba *Sir* Diederik, todavía noqueado, desde un rincón.

# 5

Tenía la impresión de que los acontecimientos se estaban precipitando a gran velocidad. Mi captura, a orillas del Sena, quedaba lejana, casi olvidada. Y mucho más lejos aún, convertidos en sombras grises, en memoria difuminada, quedaban Chaumontceaux y los Burgenbourg.

El duro adiestramiento en unas artes tenebrosas, la anulación de mi voluntad, entregada a un código de inquietantes luces, habían dejado en mí una huella profunda, borrada y superada por una huella posterior: mi debut prostibulario a merced de la extraña pareja occidental, devota de ritos orientales. En cualquier caso, pensé que me encontraba en el ojo del huracán, de un futuro recién comenzado y que, en aquel instante, no tenía ninguna posibilidad de resistirme o escapar.

Esta dependencia de fuerzas exteriores me había impedido reflexionar, relajarme, incluso percatarme de lo más evidente: la nueva decoración de mi apenas ayer desnuda celda. Entre los muebles de estilo, los almohadones de plumas y los espejos, colgaba de las paredes una innumerable colección de cuadros de todos los tamaños que devoraban casi completamente el tapizado en raso rojo. Se trataba, sobre todo, de copias, primorosas y reducidas, de selectos cuadros clásicos, serigrafías, litografías, elegidas intencionadamente para crear un adecuado ambiente visual. Todos los temas invocaban lo que Mme. Gongyla Gérard D’Estaign describiría como una perfección del amor, una preferencia dominante, una perversión que, como tal, tenía que ser, necesariamente, creadora.

Me quedé ensimismado contemplando algunas copias en miniatura de cuadros de Baldung Grien. Me intrigaba la

aparente felicidad que mostraban sus delicadas y hermosas mujeres desnudas, gozando en compañía de hombres viejos, esqueletos y escobas. La luz de inocencia, que brillaba en sus ojos, me creaba un indefinible desasosiego. Sin quererlo, caí en la fácil analogía de elucubrar que, en aquella situación, yo bien podría estar cubriendo el papel del viejo, el esqueleto o la escoba, y que las sucesivas mujeres que me visitarían en Matignon hallarían la felicidad, precisamente, en la transgresión de gozarme, de poseerme. Y me sentí aturdido por la idea.

Navegando sin rumbo de un pensamiento a otro, pasé a hacer una especie de examen de conciencia y llegué a la conclusión de que no había estado a la altura que de mí esperaría mi dueña, en el anterior encuentro con Baton Rouge. Estuve descuidado ante las órdenes del código lumínico y demasiado pendiente de la fascinante mujer, quizá porque la vi tan esclava y prisionera como yo lo era y porque, en cualquier caso, me produjo una turbación inmovilizadora, impropia del entrenamiento desnaturalizador y mecanicista a que había sido sometido. Sin embargo, aquellos totémicos pezones violeta seguían vivos y presentes, casi tangibles, ante mis ojos. Dominado por esta obsesión, veía una especie de cuerpo blanco y amorfo, sin ojos, sin pechos, sin nariz, sin manos ni dedos, sin la abertura del sexo. Sólo tenía las formas básicas, cabeza, tronco y extremidades. Era como un gran feto adulto, provisto de un único detalle diferenciador: los redondos, erectos, adorables pezones violeta de Baton Rouge.

Volví en mí, alucinado y convulsionado por la hermosa y a la vez monstruosa imagen y, al mismo tiempo, tentado por construir, a partir de ella, un cadáver exquisito sobre el que iría esculpiendo, mentalmente, pedazos escogidos de mis futuras y provisionales dueñas gozadoras. Así conseguiría hacer, de todo lo que iría odiando, un ídolo al que adorar, que fuera sólo mío. Una imagen perfecta e inmaterial, a la que, estaba seguro, acabaría amando.

Me encontraba profundamente ilusionado soñando con este proyecto, cuando llegó Monnalise.

Monnalise era una viuda virginal.

Llegó a Matignon por primera vez, y luego casi con periodicidad semanal, abrazada al retrato, enmarcado en concha, de su difunto esposo, el coronel Etienne de Lagardère. Desde aquella visita, segundo de mis encuentros obligados, la antaño dócil y ahora triste viuda era asidua a la falsa joyería Junot. Casi predeciblemente, solicitaba un servicio suave y poco perturbador. Su manera de comportarse no abjuraba de ciertas fidelidades y encadenamientos, muy propios de la educación castrense y de los valores mixtificados de la clase burguesa a la que pertenecía. Esa fijación a los convencionalismos de su espíritu de clase quizás explicaría que, durante todas sus visitas semanales, el retrato enmarcado en concha del coronel presidiera insólitamente su relación prostibularia. La fotografía del difunto testificaba sus devaneos con la magnífica lujuria, que adquiría un carácter de espiritual ofertorio. La viuda pensaría que su presencia fotográfica la eximía de la traición *post-mortem* y la despojaba de hipocresías.

Por lo demás, al resultar un cliente mucho más fácil que el del culto nipón anterior, me permitió concentrarme en mi trabajo sin ninguna dificultad.

Monnalise era como una virgen de Mallarmé, dulce y pequeña, tímida y relajada. Llegó a obsesionarme su elemental animalidad. Podía ordenarme, pegarme, azotarme, lacerarme, imponerme. Sin embargo, su actitud era de apaciguada entrega, debida, sin duda, a su crianza bajo la obediencia conyugal de la jerarquía militar. Ante mí, se mostraba silenciosa, física, arrepentida, disciplinada, libidinosa, en actitud de controlado abandono.

Detectaba la elementalidad de su instinto animal en la forma en que se ovillaba sobre su regazo como un corderillo frágil y aterido. Se postraba sobre sus rodillas en una actitud de disponibilidad de esclava, precisamente allí, en el único lugar en el que había comprado la posibilidad de ser dueña absoluta. Enmarañada entre tales contradicciones, proyectaba, en cambio, una sexualidad introvertida e intensa, capaz de las mayores turbulencias, sólo aplacables por su

suprema discreción, su conciencia de pecado y un instinto represor genuinamente religioso.

Mirándola más de cerca, Monnalise era como el molde modelo de la mujer-niña. Un cuerpo que emanaba una excitante potencia pederasta. Parecía como una fuente de placer oriental, escapada de la oración de un templo tibetano o de la ternura profesional de un thai de Bangkok. Tenía los ojos profundos y tristes, la mirada rendida, pero intensamente cómplice. El pelo, color negro, grueso y vital. Tenía el atractivo elemental y silvestre de las hembras del Sur.

Se encendieron parpadeando las luces-código, que emitieron una señal absolutamente blanca. De nuevo la torturante orden. Mi voluntad anulada por un programa. Pensé que, a estas alturas, el sexo-champú resultaría lo bastante tranquilo y divertido, después de la violenta sesión a que me sometió *Sir* Diederik sobre el serpenteante diablo húmedo de Baton Rouge.

Monnalise se dispuso para el acto con la lentitud ceremoniosa y la emoción espiritualizada de un sacrificio de altar. Su túnica blanca se le ceñía al cuerpo, exaltando sus curvas redondas y de armónica pequeñez. Dio una última mirada al retrato del coronel, con el descaro de un brindis, suspiró húmedamente y se tumbó sobre el lecho de almohadones de plumas. Cerró los ojos, pegó los brazos al cuerpo y comenzó a respirar lenta y profundamente en un delicado ejercicio de concentración y relajación profundas. No llevaba sostén, pero sí bragas. Por este dato y el tipo de servicio que había contratado, deduje que preservaba delicadamente su virginidad de viuda. Una virginidad que, no obstante, peligraba cotidianamente ante el huracán centrífugo de sus propios deseos.

A través de la túnica, los pezones comenzaban a dibujar una leve erección, y la respiración se hacía más intensa, creando una especie de pequeño oleaje bajo la seda de su túnica, como signo de la emoción sexual preambular que, sin duda, la embargaba.

Siguiendo el ritual que me ordenaban las luces-código,

ahora blancas, unté su negra mata de pelo craneal con una dulce melaza rebajada con agua, sobre la que tendría que aplicar mi masaje lingual. Una vez pringada centímetro a centímetro su exhuberante cabellera negra, me dispuse a actuar.

Comencé a lamer su cabeza con golosa fruición. Empecé por la hendidura de la nuca, presionando con mi lengua, buscando su centro de placer. Seguí mi trayecto sobre los etmoides y los esfenoides. Recorrí su cabeza de arriba a abajo, desde la base del cráneo, pequeño y consistente como una fruta tropical, hasta la bóveda, besando profundamente el parietal y el occipital, a través de aquella hermosa maraña pigmentada de negro profundo. Metí lo más fino de mi lengua entre las suturas óseas, tratando de llegar a los centros nerviosos de su cerebro, origen y estímulo de su pequeña fábrica de placeres potenciales. Monnalise comenzó a desmadejarse como un juguete roto, suspendido en el aire, con el centro de gravedad perdido. Estaba seguro de que había llegado a los puntos neurálgicos que regían la conciencia, la esperanza, la confianza, la idealidad, la moralidad, la imaginación, la reflexión, la precaución, el miedo, la capacidad de asombro, la timidez, la cobardía, la curiosidad, el morbo, la libido, el cálculo, la concentración, el amor y la obediencia de aquella criatura a merced de mi boca.

Si se me hubiera permitido una inversión de papeles, escaparme de la ascesis de mi transformación, ser dueño y poder tener esclava, yo estaba seguro de que con la magia de mi lengua habría llegado a controlar los resortes que me proporcionaban esa dominación. Mi succión acariciante operaba sobre su cerebro, que se abandonaba al vértigo, abjurando de la voluntad y el instinto, reducido a materia abandonada. Su última orden fue la de cerrar los párpados, sumirse en una oscuridad sin regreso y evitar que cualquier posible imagen interfiriera el secreto y violento éxtasis del tacto que la envolvía.

Pero, a partir de aquella oscuridad, la viuda se me ofreció como un mapa transparente. Sentía cómo su centro nervioso

mandaba oleadas de respuestas eléctricas que me sacudían. Oí, de nuevo, surgir de su garganta el grito de los amantes: un olulú-olulá agónico-placentero.

Me fijé cómo sus brazos y piernas, todo su indefenso tegumento, comenzaban a adquirir el aspecto de un ave desplumada. Cada poro se sublevaba, erigiéndose en signo de placer. Parecía un pavo desnudo, un paisaje de cráteres, un bosque de pelillos devorados por un cierzo.

Quedé fascinado por la autonomía de aquel gesto. Era el mismísimo corazón del placer, la proa del sexo adquiriendo una forma visible. Metamorfoseando la materia que estaba dominando, imponiendo su ley, desgajándose, constituyéndose en origen, proclamando su independencia, su inteligencia.

Inevitablemente me vinieron a la memoria las últimas palabras que me dirigió Mme. Gongyla Gérard D'Estaign: «Su sexo, su sexo físico, y su sexo como motor o inductor de su acción, dominarán la escena y el personaje». Era evidente que exactamente eso estaba ocurriendo y que la voluntad, el espíritu, la educación o el instinto represor de Monnalise habían quedado oscurecidos en un segundo plano. «Quedará desgajado, separado del cuerpo y del razonamiento. Se hará autónomo». Empecé a comprender mejor a mi dueña. Allí estaba la prueba visible de esa autonomía: una fuerza interior y diabólica que se había convertido en fuerza dominante. «Los dos seréis tres». Éramos tres, absolutamente tres, y aquellos miles de cráteres. Monnalise, transmutada en ave desplumada, era la evidencia: el sexo, su sexo ordenando la anarquía. Su sexo, al que yo, nuevo converso, en cualquier caso me debía. Por lo que continué mi trabajo dirigiéndome a las facciones del rostro.

Me detuve en la mejilla, le recorrí a besos las cejas, los párpados cerrados, penetré en el pabellón de la oreja y en las fosas nasales, jadeantes, húmedas, oscuras y sembradas de leves pelillos. Acabé mordiendo de nuevo su cerviz, iniciando un recorrido descendente sobre las vértebras duras y vi vas como un tallo, lo que la hizo estremecer igual que una

descarga vóltica. Monnalise quedó inmóvil y desencajada como un fardo, como si el volumen de su cuerpo no hubiera podido soportar todo el golpe de placer.

Finalmente, recogí con la punta de mi lengua una gota de la melaza aplicada, que resbalaba por el canal lacrimal y, retirándome a un rincón, di por terminado el servicio, no sin haber alcanzado una dura erección que llenó de dolor mi torre.

Durante dos minutos, Monnalise pareció sumida en una pacífica catalepsia, reposaba o dormía. Lentamente recuperó el pulso, volvió de su órbita eléctrica, reanudo su capacidad motriz. Recobró su ritmo de respiración normal, el control de sí misma, encendió un cigarrillo y se alejó en silencio, húmeda y feliz, en paz con el difunto coronel, con los cráteres de la piel distendidos y el sexo retirado a sus cuarteles boreales.

Me quedé solo con toda mi serpiente despierta. Las reglas del juego imponían que toda mi energía sexual quedase dentro de mí, devorándome como unas fauces divinas. Mme. Gongyla me inculcó, inequívocamente, que yo era, solamente, el médium de un ritual perfeccionadoˆ al servicio de los demás, de todos mis dueños. Mi orgasmo debería autodisolverse, interiorizarse, como un sacrificio hindú. Era irrelevante e innecesario. Mi eyaculación sólo equivalía al óleo que iluminaba el altar. Mi trabajo excitador, a la frotación de las maderas sagradas que crean el fuego, la gratificación. Y cada mujer, a la que ofrecía mi sacrificio, se constituiría en la gran diosa a la que todo se debe y ofrece.

Sin buscarlo, había llegado a la conclusión de que estaba oficiando una especie de amor tántrico, desprovisto de espiritualidad y, en casi todos los casos, de contacto corporal profundo. En cambio, yo liberaba y hacía liberar una enorme energía sexual, capaz de crear el campo bioenergético propio de todos los *maithuna*. Tenía que conseguir el orgasmo, los miles de orgasmos, de mis tránsfugas parejas y, al mismo tiempo, controlar el mío, evitarlo entre hormigueos de un dolor seco.

Asumí toda la realidad de mi situación y decidí guardar,

para mí mismo, el signo mayor de mi placer, hasta que pudiera disponer de él en libertad.

Mientras tanto, lo prudente era seguir con el juego lacayo, del que no podía escaparme. Despertar todas las energías durmientes y dejarles vivir sus fantasías. *Maithuna* podría ser un ritual irónico. El sacrificio tántrico podría también ofrecerse a un Onán mental, prescindiendo de la inevitable presencia del otro. La soledad de los tres, que Mme. Gongyla epitafio en el dintel.

Entusiasmado con mi propia reflexión, de repente, me sentí ridículo y observado. Sobre mi cabeza colgaba la geroritofilia agresiva de las vírgenes de Baldung, una repugnante alegoría al deseo, en la que un esqueleto, que me hizo pensar en el coronel De Lagardère, besaba a una joven, le subía las faldas y le palpaba el sexo con su mano descarnada y cadavérica. Y una lámina de Dalí, desde la que «El gran masturbador» dominaba un paisaje inquietante, inquisitivo y acusador. Me sentí tan ridículo, que incluso imaginé que la surrealista dama amarilla separaba su cabeza del paisaje azul y me miraba desaprobatoriamente. Ante mi sorpresa, el complicado mecanismo masturbatorio se ponía en marcha y comenzaba a acariciar el gigantesco clítoris de la mujer equina. El mecanismo era yo mismo, convertido en tántrico artefacto. Tuve que morderme las manos para reaccionar y escapar del espejismo litográfico.

Mientras recuperaba la realidad, mi lingam, ensartado por el ejercicio champú y la ciénaga orgásmica que estimuló la viuda, había empezado a relajarse. La insatisfacción y el dolor seco remitieron. El alivio me llevó a recordar que había dejado en el umbral de mi mente un proyecto de amor: un cadáver exquisito hecho por mí fragmento a fragmento. Un ser, imaginable e invisible, al que amar del todo, después de haberlo odiado parte a parte, y para el que reservaría todo el calor que guardaba mi cetro. Y pensé en el pedazo de Monnalise que llevaría a enriquecer el gran feto adulto. Y decidí que llevaría su negrísima, gruesa, brillante, vital cabellera negra.

# 6

En los largos intermedios de lo que ya debería empezar a llamar «mi trabajo», me entretenía observando los numerosos cuadros que habían hecho de mi antiguo cuarto desnudo, junto con un mobiliario escaso, pero exquisitamente escogido, un lugar íntimo y realmente acogedor.

Esta vez paseaba mi ocio por uno de los pocos cuadros originales que destacaban con luz propia entre las numerosas copias o litografías. Se trataba de una pintura japonesa sobre seda que mostraba a una geisha perfectamente peinada, con su moño atravesado por largos *takiros* dorados y el quimono arremangado mostrando sus dos cavernas. Sobre la geisha montaba un samurai, también vestido, que la ensartaba por la grieta más oscura y estrecha, en la llamada posición del perro.

Me extrañó observar en el cuadro que, mientras la geisha tenía sus oblicuos ojos completamente cerrados, el samurai la miraba fija y atentamente con los ojos abiertos. Y deduje que, en el tráfico de placer que se estaba produciendo, la geisha necesitaba, como Monnalise, anular el sentido de la visión, suprimir toda imagen, para excitar el sentido del tacto estimulado por la daga del samurai perforando en su pozo. Mientras, el samurai reducía y magnificaba el objeto de su placer en la transgresión en que incurría su sometida, por lo que era esencial contemplar su gesto atrapado en el gusto táctil del camino prohibido.

De nuevo oí el timbrazo morse que me sacó del cuadro. Tres puntos y una raya. La puerta engrasada que se abría suavemente, y una voz rota y dulce que gritaba o cantaba.

Y así fue cómo conocí a Gelsomine. Entró en mi gabinete con las flores de Baudelaire en los labios. Masticando las palabras del poema, tratando de provocarme mientras me

rondaba:

*Moi, je dis:*
*la volupté unique*
*et suprême de*
*l'amour*
*gît dans la certitude*
*de faire le mal.*
*Et l'homme et la femme*
*savent de naissance*
*que dans le mal*
*se trouve toute volupté.*

Lo decía con el don superior de la ebriedad, mientras danzaba y hacía reverencias a mi alrededor. Medio cantando, medio llorando, medio gritando, medio riendo. Porque Gelsomine tenía en su voz quebrada y en su mirada húmeda toda la tristeza, toda la miseria, toda la autenticidad peripatética del circo callejero.

Tenía algo de cómico y acróbata. El corte de pelo, estilo chico, muy corto y desgreñado. La cara pintada de blanco, como el grotesco augusto. La nariz roja, como el *clown*. La curva de los labios exagerada, con grandes trazos rojos y refulgentes.

Yo estaba seguro de que fuera, en la esquina de la Rue Matignon, frente al Drugstore Publicis, la esperaba Zampanó, con su barba de tres días, su solo de trompeta, la cabra saltimbanqui y Pierrot el Loco en el alambre.

—El dolor no me da placer. Sencillamente, no me duele.

Dijo esto al tiempo que clavaba en la yema de su dedo índice el pincho de una rosa roja.

—¡Huele la sangre, Fritz! ¡Huele a amor…!

Mientras cantaba las paradojas del placer, empezó a quitarse el sombrero de hongo, la bola de la nariz postiza, la gruesa chaqueta de lana a cuadros y el pantalón de hombre, deshilachado en los bajos.

—Me basta saber que hay a quien le da placer pensar que el dolor me da placer. Ese es mi placer. Pero no me duele. Y por ese camino no me da placer.

Se quedó desnuda de cintura para arriba. Su rostro mostraba una excitación ebria, de aguardiente y verbena, con el cutis satinado de sudor, mientras sus dos ubres erigían su redondez, coronada por las puntas de dos fresas.

Me quedé observando un extraño braguero resplandeciente que ocultaba su zanja y su reducto.

—Zampanó me pone esto cuando salimos de casa. —Señaló el braguero, que sin duda no era otra cosa que un cinturón de castidad fundido en algún flexible, precioso y bruñido metal antiguo.

—Peor era antes que me cosía la crica con hilo de seda, como hacen los cirujanos o los nativos de Borneo del Sur. Aquélla sí que era una tortura delicada y artesana. Sangraba mucho, pero juro que no me dolía porque amaba mucho. Lo juro. Si pudiera, te enseñaría las cicatrices.

Debí reconocer que me encontraba ante un cinturón de castidad verdaderamente hermoso, una delicada pieza de orfebrería, probablemente del sigloXVII. En los laterales, llevaba grabados en plata una serie infinita de tríos de bellas mujeres que, más que las tres gracias, a juzgar por el tamaño y opulencia de sus culos, parecían tres venus calipigias o tres venus hotentotes.

Gelsomine interrumpió mi asombrada observación de los bien dotados traseros que adornaban la plata que aprisionaba el suyo.

—Es el mejor de todos los que tengo. Comencé usando uno estilo Harén, que incluía un dildo para darme placer mecánico, ya que el humano me estaba estrictamente prohibido. Me lo anudaba a la cintura, con una correa incrustada de piedras falsas. También tengo uno muy ligero, casi un tanga, inspirado en los del Palacio Ducale de Venecia. O el
Keyser's
Bellaforti que es de zinc y nácar, se cierra con un candado, y es de aros muy ligeros. Aquél me lo ponía cuando estaba un poco más gorda. Tengo una colección completa que incluye los modelos Coffin, British y Toledo. Unos días me los pongo a mi gusto, según me siento. Otros, los elige Zampanó según

cómo está de humor y de celos. Ves, en el que llevo puesto ahora, la plata es muy flexible, no me molesta en las ingles y encaja perfectamente por abajo. El agujero de la uretra es pequeño, pero razonablemente certero para orinar con comodidad. Pero repara en el agujero del ano. Tiene forma de trébol, que es la forma de la suerte. Es grande y amplio. Puedes ver a su través mis dulces esfínteres. Mi querido Fritz…

Terminó su descripción acariciándome la estaca, mientras, la luz-código de intensos tonos rosados centelleaba desde hacía unos instantes. Casi creí innecesario que Gelsomine prosiguiera su monólogo de solicitación.

—Fritz, Fritz, deberás primero lubricar con tu larga lengua rosa mi dulce ano negro. Mis esfínteres te esperan con su forma perfecta de cilindro y su latido de cartílago y sangre. Traspasa mi puerta falsa por su trébol de plata, Fritz, y poséeme como sólo Zampanó consiente. Hagámoslo por él, hagámoslo por él. ¡Sé bueno, Fritz! ¡Cumple! ¡Ámame hacia adentro!

Mientras me disponía a ejecutar aquellas órdenes duras y dulces, irrenunciables y ansiosas, Gelsomine empezó a arañarse los pechos con sus largas uñas lacadas, una vez, y otra vez, y otra vez, andando y desandando viejos surcos, abriendo y reabriendo viejas heridas.

—Así, así, Fritz. Quiero más. Quiero mucho más. Siento como si me faltara algo, algo fundamental. Me araño y no siento dolor, siento amor. Siento amor y la caricia resbaladiza de estos hilillos de sangre…

Gelsomine entró inmediatamente en su órbita de placer. El sudor de la insatisfacción le derretía su blanco maquillaje de *clown* triste y agridulce. Yo introduje mi ariete lenta y trabajosamente por su embudo de trébol hasta hallar las primeras resistencias. De su garganta salía un rumor desesperado, mientras sus uñas seguían rasgando infructuosamente el cutis castigado.

—Más, más, más. Me falta todo…

Esta vez, sentí que era yo quien, olvidando la naturaleza de mi función distanciada y de servicio, había entornado

firmemente los párpados y dejado mis ojos a merced del huracán del tacto.

Y realmente estaba envuelto en violentas sensaciones táctiles. Surgían a borbotones, empujadas por el trabajo percutor de mi puya sobre la grieta por la que respiraban sus hermosas nalgas. Sentí que entraba como en un túnel desde el que la oscuridad y la luz emitían llamaradas fantásticas. Sentí también la resistencia de oposiciones circulares, bocados cartilaginosos de suaves dientes espirales que oprimían mi riel, mientras pugnaba furioso penetrando como un martillo pilón enloquecido en el asfalto. Y perforaba buscando, picoteando, tratando de llegar hasta un muro inexistente sesenta, ochenta, hasta quizá cien veces.

Llegué a tener la yarda enrojecida y sangrante. Impregnada de sus entrañas siena, engrasada como la del Doctor H. von G. tras regresar del interior de la cantante alemana. Incluso se había despellejado un poco por el inevitable roce con el troquel en forma de trébol que dificultaba mi entrada y custodiaba su puerta. Finalmente, me derretí en su intestino, sólo imaginariamente, tres, cuatro, seis veces. Mis ojos cerrados me transportaron entonces a una órbita satánica en la que, transfigurado en bestia, enculaba a geishas, monjas, mujeres payaso, todas con los ojos cerrados invocando sus fantasías, inclinadas hacia adelante con los hábitos arremangados, provocándome con la negritud de su caverna.

La voz de Gelsomine, cantando, interrumpió mis veleidades táctiles. Recuperé la humildad de mi papel, arrepentido por haber incurrido en un delito de felicidad, aunque fuera onírica. Tenía que maldecirme por mi debilidad y recordarme a mí mismo que la felicidad me estaba vedada, y que sólo me correspondía ser el instrumento con que los demás podían transportarse a la suya.

*Et l'homme et la femme*
*savent de naissance…*

La voz se fue apagando en su garganta.

*que dans le mal*
*se trouve toute la volupté…*

No terminó la estrofa. Dio un suspiro largo, brutal como un ronquido que le atravesó el cuerpo insatisfecho desde el troquel de trébol.

Un solo de trompeta, como un lamento agudo e interminable recorriendo todas las notas de la escala, atravesó el doble cristal y los visillos de encaje de la ventana de mi gabinete en la Rue Matignon.

La llamada de Zampanó.

Para enriquecer mi escultura, de Gelsomine me quedé, sin dudar un instante, con su gran sandía sonrosada, aprisionada en plata, turgente y pulposa, y su cisterna recién perforada.

# 7

—Me haré paloma en el aire y llevaré una rama de amor en mi pico.

—Y yo me haré águila para tomarte con mis garras y elevarte al firmamento.

Gigi Denenes y Blanche Dubois llegaron cogidas de la mano. En sus dedos índice llevaban unos anillos de hierro, con una piedra engarzada en forma de clítoris. De sus orejas pendían cuatro almendrillas con la misma piedra y el mismo símbolo. Abrazando sus cuellos, unos aros sonantes con campanillas, con el que se anunciaban su mutua proximidad y predisponían su delirio de amantes. Sobre sus pecheras lucían dos botones de hojalata con la foto esmaltada de Monique Wittig, la amazona de la Edad de Gloria.

Aunque asumía mi situación y mi voluntad no flaqueaba, no tenía otra alternativa que reconocer que la cotidianeidad comenzó a cultivarme debilidades. Algunas de aquellas mujeres dejaron de parecerme monstruos liberados del bestiario de Mme. Gongyla y creció en mí un instinto de atracción que me hacía contemplarlas como a seres humanos en los que creía adivinar virtudes, valores, grandezas, miserias y, en casi todos los casos, una admirable belleza. Aunque yo debería de seguir siendo el símbolo perfecto de la disponibilidad y la accesibilidad, y mi identificación con este destino y situación, aunque forzada, la mantenía intacta, lo justo era confesar que algunas de mis clientes-dueñas me resultaban insoportablemente deseables.

Por eso, ante ejemplares como Gigi Denenes tenía, necesariamente, que dejar de añorar la vieja libertad, el discreto encanto burgués de la vida en Chaumontceaux, las caricias de cristal de Alexine, los juegos en la escalera helicoidal, los besos brutales de Erasmo, mi señor. Aquellos

recuerdos irrecuperables podían, fácilmente, intercambiarse con la realidad visible de una mujer casi comestible.

Porque Gigi Denenes era como un paisaje trigal. Recortaba la luz con una cabeza rubia y ligera. Su mirada verde y frutal brillaba como un agua. Se envolvía en un cutis blanco, sonrosado, finísimo, perfumado y transparente, como el de un bebé recién lavado. Sus pechos eran dos grandes pechos en libertad que andaban si ella andaba, que reían si ella reía, que sonrosados, finísimos, perfumados y transparentes como dos seres a la vez gregarios e independientes, vivos y activos, redondos y moldeados como dos balas de cañón manipulables y a punto de estallar.

Su amiga y espejo, Blanche Dubois, polarizaba el atractivo en su aspecto intelectual e intenso, su mirada alucinada e inteligente, tras sus gafas de fina montura ovalada. Parecían transparentes sus labios anchos y finos, y sus pómulos salientes emergiendo desde su suprema delgadez pálida. Blanche era ante todo estructura, amante alada, etérea, casi tangible, envuelta en ornamentales cueros. Llevaba un lazo de ante rodeándole el cuello, otros dos en las muñecas y unas botas estrechas de cuero fino. Sólo le faltaba el escudo, el arco y el carcaj, a su imagen amante escapada del mito.

En seguida me di cuenta de que en la piel dorada y satinada, nueva como la de una niña, de Gigi, y en la osamenta visible y tintineante de Blanche, había encontrado dos piezas fundamentales para incorporar a mi cada vez más bello y exquisito cadáver. Una piel tersa y dulce que soportaría las caricias de mis manos y sobre la que resbalarían mis besos. Una piel que sería eternamente joven, como la imaginación. Y una osamenta delicada y frágil, flexible, móvil, tierna, viva, como sin hacer, sobre la que iría construyendo el resto de mi obra.

Blanche hervía en la intensidad de sus contrastes. Enamorada, dependiente, unida en la magia con Gigi, representaba, sin embargo, constante y obstinadamente, el onanismo narcisista de la autosuficiencia. Pero, como un alma frígida, el espejo de narciso se rompía a cada instante, a punto siempre de alcanzar la autonomía y a punto siempre de

perderla. Era entonces cuando Blanche sentía necesidad de Gigi, como un mito andrógino roto en mil pedazos, principio y fin de sí mismo, capaz e incapaz de autoprocrear. Un mar de dudas ahogando un conflicto interior atormentante.

—Gigi, Gigi, yo soy entre las yemas de tus dedos un gusano, una simiente diminuta que crece al calor de tu sangre y busca tu garganta, que se adentra como una raíz voraz bajo tu sexo. Estoy contigo y estoy dentro de ti, tiritando, temblando, enloqueciendo…

Blanche se transfiguraba, como una actriz de Musidora, una musa de Nanterre, una iluminada de cava existencialista recitando interminables monólogos de amor hacia Gigi, que la escuchaba con indiferencia y disimulada satisfacción.

Gigi, como otrora la infortunada O, vestía un bolero de tafetán banco, muy corto, que dejaba ver, desde abajo, el sur latente de sus bailarines pechos claros, y una falda de mucho vuelo, ancha y larga, bajo la que se arrullaban unas enaguas múltiples y almidonadas.

—La espuma del mar se deshace entre tus labios, tú calor la derrite, tú me arrastras hacia ella, me hipnotizas con tu lengua enroscándose y la metes, profunda, en mi boca. Tus dedos hurgan en mi sexo ansioso y penetramos hasta el origen de las olas, y allí nos confundimos…

De aquellos labios delgados seguía brotando el exuberante monólogo enamorado, mientras su cuerpo se abandonaba, los ojos desaparecían bajo el párpado, la sangre se adelgazaba, la osamenta sutil se venía abajo, las muñecas quedaban laxas aflojando sus lazos de ante, y el clítoris se deshacía en un rumor elegiaco.

—Me adentro en la playa de corales, donde solíamos dormirnos abrazadas…

Gigi la miraba con dulzura, pero todavía dominante y despegada. Quizá porque en los zócalos y el artesonado de mi alveolo de amor brillaban las luces-código azules que le prometían más inmediatos delirios.

Deduje que, para respetar la adoración de Blanche, Gigi no se despojó de su vestido de dos piezas, lo que me impidió conocer su desnudez victoriosa, aunque, bajo aquel frufrú de

hilo y almidones, no llevara corsé ni prenda interior alguna.

Ajena a la iniciación del ritual, Blanche proseguía su copulación de palabras que llenaban su boca de fervor y locura, de pasión y júbilo. Palabras que ululaban, sibilantes, en un trance embriagado.

—Me deshago en pulverizada arena; mis brazos, mis muñecas, mi sexo elevándose, la sangre me abandona…

Mientras Gigi, superior e impasible, puso sus brazos en jarras y abrió el vértice de sus piernas dispuesta a recibirme.

Yo metí mi cabeza por debajo de sus faldas, hice crujir el almidón de sus enaguas y, en la oscuridad de la entrepierna, ascendí hasta su abra, deslizándome hacia arriba por el suave torno de los muslos, zambulléndome sobre su epidermis tersa y nacarada.

Nunca llegué a saber si su selva rizada era afeitada con primoroso esmero cada día, quizá por la mano temblorosa de Blanche, o aquel territorio, de sofoco y goce, jamás había tenido vello para mantener su ternura infantil, su candor de niña. Mi lengua resbalaba, como patinando sobre el hielo, por el delicado y mullido monte de Venus. Penetraba entre los labios mayores, los recorría de abajo a arriba, los envolvía y, lentamente, los volvía del revés, mientras vibraban como una boca vertical y hambrienta. Llegaba hasta allá donde nacían las fuentes del placer, y bebía frescos, vivos y dulces los licores que supuraba su llaga de vida. Entraba y salía de los labios menores y ascendía hasta el clítoris que, suavemente altivo entre aquella ternura imberbe, palpitaba exaltadamente como un riego de sangre. Tomé, una y mil veces, con mi lengua ambiciosa el pulso de aquel violento y mínimo corazón del sur. Descendí lentamente y visité, nuevamente, la abertura que me absorbió como una bomba neumática, dejándome atrapado en su tibio interior. Pude, así, libar sus últimos posos de miel y almizcle que llegaron gota a gota hasta mi boca. Descubrí su sabor mineral y marino, y calmé mi sed de su piel rubia, y sentí alcanzar mi alimento. Seguí, seguí dentro de ella, con mi lengua larga ondulándose, alojada en su caliente canal de fuego. Y allí permaneció fondeada, quieta y dócil, durante un tiempo

incontable, hasta que una nueva oleada de lava placentera lo inundó arrasándome, y yo sentí cómo sus rodillas, por, primera vez, flaqueaban y casi le hacían perder su ostentoso equilibrio, su seguridad probablemente fingida.

Pasaron cinco, diez minutos desde que sus rodillas tuvieron la última vacilación, cuando retiré mi lengua del colmado refugio y salí de entre sus faldas.

Blanche Dubois proseguía, imperturbable, su enumeración de amor.

—Yo veo animales marinos chupando de mis pechos. Yo pierdo las fuerzas, me vacío de sangre, me entrego a tu belleza amante y descanso en tu regazo…

Blanche se crecía en una exaltación acelerada, neurótica, irreversible.

Gigi, en la paz postorgásmica, era como un prado de felicidad, verde y rubio, lleno de gotas de rocío.

—Mi madreperla bosteza un jadeo amante, y a través de su pulpa mojada toda tú te introduces…

Gigi miró a Blanche. Le acalló los labios de amor con sus ligeros dedos trémulos, diciéndole:

—Te quiero, mi bella.

—Gracias, querido pequeño cráneo.

Intercambiaron sus lenguas sabias de amor. Blanche abatió con su mano huesuda el bolero de Gigi, bajo el que aparecieron sus pechos revoloteando como dos palomas. Gigi desabrochó la camisa de Blanche, desvelando sus pechos primitivos en los que, sobre una curva asintótica, apenas perceptible, nacía dominante un gran pezón alargado y oscuro, cuya aureola cubría y reemplazaba toda la forma del inacabado seno.

Las dos se acariciaron mutuamente sus ubres, duras como el mármol unas, breves, fibrosas como un tallo, impetuosas como un dardo las otras. Se abrazaron y enroscaron y desenroscaron sus lenguas infinitamente hasta caer ambas al suelo en un espasmo epiléptico de amor realizado con sus vulvas bostezando deseos, mojadas, distintas, vulnerables, autosuficientes y enamoradas.

—Pongo mi boca alta sobre tu boca baja y desfallezco.

Así unieron sus lenguas y sus sexos, girando sobre sus ombligos. Se introdujeron la una en la otra, como reemplazándose, sucediéndose, proclamándose indistintas, inundadas en un mar de saliva y espuma boreal. Yo todavía me sentí tentado de dar dimensión a aquel placer cómplice y me acerqué al manojo de huesos de Blanche. Y acaricié su vientre, la suave curva de las caderas, resbalé por los muslos, lamí su cuello enlazado, chupé con fervor su derretida axila.

—Yo te duermo, mi bella.

—Y Gigi defiende la cintura de Blanche…

Sin embargo, sobre aquella bella cópula, sobre aquella maravillosa tribulación sáfica, ningún ángel viril extendía sus alas. Había una ausencia de voluntad de dominación, de metáfora penetradora. Blanche parecía un frágil muchacho efébico, pero al amar a Gigi se transformaba en su propia metáfora, intensamente femenina, afirmándose en su sexo en un delirio de esencialidad. El suyo era un amor transportado hasta sus propios y más exagerados límites, una inversión de la luz y la sombra, que volvía del revés, de dentro a afuera, el supremo misterio del cuerpo femenino. Y, al proyectar su amor, la una sobre la otra, no estaban más que sustanciando un delicado ejercicio metafísico de amor hacia sí mismas. Vueltas hacia adentro, introvertidas, narcisas, devorando su propia belleza, su mismidad, llevando el carro de la imaginación hasta un círculo de perfección que daba vueltas infinitas sin detenerse.

Tras descargar su electricidad enredada en su lírica, las dos yacieron junto a mí, sobre la moqueta, relajadas, silenciosas, completas, tras la plenitud gozadora de su fábula, con las manos entrelazadas, jugueteando con la piedra de sus anillos en forma de clítoris, haciendo tintinear dulcemente sus aros sonantes. Mientras las observaba, me detuve un instante en los últimos parpadeos de la luz azul-celeste que me ordenó trabajar sobre la ruta del virgo de Gigi y relamí, nostálgico, los residuos de aquel sabor a carne joven, gentil y nueva, que quedaban en mi boca, en un esfuerzo, evidentemente inútil, por prolongar el momento.

—El dulce gusto que tengo de ti —terminó Blanche,

alejándose.

# 8

Thom Son, hijo del presidente europeo de la multinacional de la publicidad McLuhan & Nephews, podía permitirse ciertas libertades.

Después de todo, era lunes de Pentecostés y el alcalde Xiralt toleraba a los excéntricos en la soledad urbana de París.

Por eso, no debí extrañarme cuando, al asomarme a la ventana, vi aquella extraña e innegablemente fotogénica figura ecuestre.

Por la esquina del Drugstore Publicis giró un arrogante caballo blanco luciendo un trote de alta escuela vienesa.

Sobre su montura, Thom Son resplandecía su orgullo nacional, apenas disimulado, bajo la canaca roja de su impecable uniforme de Policía Montada del Canadá, cuyos botones dorados refulgían como estrellas diurnas en la vespertina soledad festiva.

A su grupa, su prometida Thérèse de Loyole, blanca y radiante como una novia. Ambos, buenos clientes del lupanar de arte Chez Gongyla, la mejor casa de París.

—¡Soy la Reina de Saba que viene a visitar al Salomón de Matignon…! —Thérèse siempre me hacía el mismo saludo, histriónico y zumbón, al entrar en mi cuarto, inevitablemente acompañada de su prometido.

Nunca pude entender qué extraña complicidad traía hasta mí a aquella pareja imposible. El aspecto físico de Thom Son y lo que sin duda me sugería quedaban fuera de lugar en la mancebía de Matignon. Porque el delfín de Madison Avenue nunca dejó de parecerme más que un triste, serio, ortodoxo predicador de una parroquia puritana del
Mid-West
. Tras la inocencia de su rostro aniñado bajo el cutis rosa y el

frío acero de sus ojos marítimamente azules, se podía descubrir cómo el fanatismo se agazapaba en la pupila apretada, lista para dejar estallar, en cualquier instante, la metralla purificadora de los más duros dogmas. Imaginaba a Thom Son en el púlpito austero, enarbolando la cruz y la espada, arrojando la biblia y el cetro sobre una multitud de fieles y aturdidos pecadores.

—Thérèse: el sexo debe ser por amor, sólo por amor. Y debe ser coital. No entiendo el placer sin la formalidad del acto, el acto más sublime del amor.

Hubiera deseado que Mme. Gongyla escuchara esta proclamación. Me hubiera colmado escucharles sermonearse mutuamente, ver cómo intentaban la inaudita conversión del otro. La gran dama, bajo la túnica azul y la capa roja, habría encontrado en el ángel de las Rocosas a su más puro contratipo.

La misma antítesis era traducible a la propia pareja, navegando procelosamente bajo una tempestad de sofismas. Al sermón lastimero de Thom Son, Thérèse oponía una voz dulce y clara, de ondulada obscenidad. A la mirada de metal frío del policía, ella enfrentaba unos ojos oscuros y brillantes, enredados en la luz de un deseo borrascoso. Al pálido pigmento de los cabellos del rígido ortodoxo, su pareja oponía una melena abundante, enmarañada, feraz como una vega, de una negrura incontestable, profunda.

—Es el acto el motor del mundo, Thérèse. La garantía de su continuidad. El temor de Dios.

—Discrepo, Thom Son. El sexo es perversión. Y perversión es creación. En cambio, el amor sólo es la perversión. Pero la perversión del deseo, su extinción.

Las mismas palabras de la nunca olvidada Gongyla Gérard D'Estaign

que, como en un éxtasis espiritista, tomaban el cuerpo de la alborotada Thérèse de Loyole. Llegué incluso a recuperar su imagen olvidada, a escuchar su risa de eco. Veía su boca, con el viejo aroma a fresas, a semen vivo y a Rive-Gauche, transmutándose en aquella turbulencia morena, tímida como una violeta y autoritaria como un inquisidor: Thérèse de

Loyole, bajo su blanco tocado mitad de monja/soldado, mitad de diosa pagana, reencarnando a mi dueña.

—El amor es la perversión del deseo, el amor es la perversión… ¡No lo es!, ¡no lo es…! —repetía en voz baja Thom Son, trastornado por la alarmante proclamación, mientras sacaba de una bolsa de terciopelo negro una jaula dorada, en la que se revolvía inquieto un precioso conejo de angora blanco.

—El amor debe de ser coital. Cristo siempre hubiera sido monogámico —seguía murmurando, martilleando entre sus dientes a herejes y heterodoxos.

La pareja imposible interpretaba un diálogo de despropósitos de rara brillantez. Cada uno era sordo al discurso del otro, pero constituían una pareja de indestructible armonía. Parecía un montaje de cine, de ensayo hecho de claroscuros conceptuales, de sugerentes anti-raccords visuales, de antítesis curiosamente analógicas.

Puro Goddard, si no lo hubiera enloquecido Mayo, pensé.

La representación siguió su ritual de paradojas. La lucha dialéctica sobre el amor, el deseo y la perversión, había dejado paso a los hechos concretos. Era necesario aprovechar un tiempo tarifado a precio de oro. En esto el policía era pragmático. Abrió la jaula, cogió con delicadeza el conejillo de angora y se puso a acariciarlo pasándole la mano suavemente sobre el lomo.

Thérèse también abandonó la inútil confrontación verbal. Se tumbó sobre los almohadones rellenos de plumas, se subió la blanca falda plisada y se bajó las breves bragas caladas, que entregó a Thom Son.

Éste se despidió con tristeza del conejillo, totalmente abandonado el instinto predicador, y lo entregó a Thérèse, que se lo acercó con cuidado a través del valle de sus muslos hasta su raja boreal. Era espléndido el contraste entre el blanco pelo angorino del roedor y el negro matorral sedoso que cubría la volcánica hendidura de Thérèse.

—Mony, mi Mony bonito. Ven aquí con Thérèse, ven a chupar la tierna hierbecita húmeda. Así, sí, eso es, muy bien Mony…

Thérèse había pasado directamente a los hechos, como una maestra consumada en el arte del contrapunto. Jugaba con el conejillo en las puertas de su imperio con la magnificencia de una diosa mitológica y, a la vez, con la turbación de una novicia a punto de corromperse en la secreta cautividad de la clausura. Se diría que entre Thérèse y Mony había una complicidad llena de cotidianeidades.

Mony hurgaba con el morro sonrosado en la pulpa de su raja. Los labios vulvares se abrían ansiosos, cosquilleados por los bigotes y el activo hocico del conejo, que luchaba por penetrar en el antro. La selva negra de Thérèse parecía emboscar, casi completamente, la peluda cabeza blanca de Mony.

—¡Thérèse, Thérèse… el sexo sólo tiene sentido con amor…! —imploraba Thom Son desesperadamente.

—No, no, estás equivocado Thom Son. Hago el amor con Mony y gozo con Mony, precisamente porque no le amo —respondía Thérèse, mientras su volcán en erupción se contraía engullendo y vomitando, vez tras vez, el morro del roedor.

Mony halló, al fin, lo que buscaba deteniéndose con curiosidad de descubridor sobre la perla del clítoris, que empezó a rascar con su morro sonrosado y sus breves dientecillos blancos. El frotamiento produjo efectos contundentes. El ombligo de Venus de Thérèse se abría y cerraba como una boca jadeante. Un río de amorosos bálsamos untaron el hocico de Mony, que trataba de relamerse sin dejar de rascar el plumón de la espoleta. Thérèse llameaba como un Vesubio. Su piel estaba entendida. Se desabrochaba la blusa y se estrujaba los pechos con las manos crispadas. Rugía como el centro de la tierra enfurecido. Los dientes le castañeteaban como un *ballet*. Tres, cuatro, diez hongos de Hiroshima inmortalizarían, probablemente, su clímax en la pantalla de sus párpados cerrados. Mony sabía roer bien.

Thérèse halló la paz tras la explosión, relajó todos sus músculos, dejó volar las extremidades, humedeció sus labios, su boca vertical quedó entreabierta, colmada, inmóvil,

dormida. Los bálsamos de lava brillaban en las caras interiores de sus muslos, cubrían sus ingles con una pátina reluciente y aromática.

Al fin, el policía abandonó su resignada pasividad y se parapetó tras la muralla de sus ideas fijas. Esta vez, renunció al apostolado de las palabras y pasó a oficiar el sacrificio. Sé bajó los pantalones y, sin quitarse la casaca roja con botonera dorada, se arrodilló entre los muslos de Thérèse, firmes como torres de Hércules, y la penetró rutinariamente, dispuesto a predicar su encíclica con la razón de la fuerza sobre los restos del volcán.

Asumí, a través del código fucsia que había comenzado a emitir sus señales con evidente retraso, que esta vez mi trabajo era el de mirar, y que al puritano quebecuá le bastaba con exhibir su extraña patología de ley, amor, coito y orden, a la luz de una vulgar relación prematrimonial que necesitaba de la ayuda de Mony y la presencia, testifical, de seres como yo.

Abierta de piernas, inmovilizada por su jinete purificador, resignada a la prueba de la conversión, Thérèse se puso a fumar un porro de *hash*, aspirando su hierba de fuego con delectación de felatriz, totalmente indiferente al acto sexual exorcitador en el que Thom Son consumía su pasión.

—Piensa, Thom Son, que sólo el que se desvía encuentra. Yo no amo a Mony, yo no amo a Fritz… Por eso los deseo.

Al pronunciar mi nombre, Thérèse agarró mi méntula, acariciándola con diletante afición.

—No hay espíritus puros. Sólo el instinto transgresor y desviado sobrevive. Lo natural es contra natura…

Thérèse, fiel discípula de Mme. Gongyla, proseguía su discurso sobre el arte de vivir, ahora, mientras se pellizcaba levemente los pechos, cuyos pezones se alzaron en rápida sublevación.

Thom Son proseguía su acto de amor con apostólica y mecánica fe. Thérèse, horizontal y resignada bajo su prometido, acariciaba ahora mi cara con una de sus manos tiernísimas, mientras la otra resbalaba por la cascada de sus negros cabellos y se tocaba el cuello con voluptuosidad. En su

diálogo imposible, pugnaba por dejar todavía más claras sus ideas sobre el sexo:

—Sólo los cuerpos se corrompen. Sólo la carne se corrompe. La muerte es la corrupción de la materia. Prefiero la corrupción en la vida, Mony, Fritz… os deseo…

Acabó lamiendo mi rojo gallardete como un bebé a su chupete. Mientras, Thom Son terminaba el holocausto sin ninguna emoción, sin convulsiones, frío como un pez. Su orgasmo había sido, probablemente, como los cardiogramas de los cadáveres: plano y lineal.

Salió de dentro de Thérèse, se limpió la trompa angelical, se subió los pantalones de montar y dijo, mientras se peinaba sin mirarnos:

—No deberíamos hacer esto todavía, Thérèse. Después de todo sólo faltan dos años para la boda.

Thérèse, indiferente al reproche, trataba ahora de mordisquear sus desesperados pechos blancos.

—El amor es desorden, es voluptuosidad. Los sentidos sienten, no piensan…

Thom Son metió la jaula de Mony en la bolsa de terciopelo, cogió a Thérèse de la mano y se la llevó de un tirón, dejando olvidadas sus tibias bragas sobre el león alado de mi sillón imperio.

—Vámonos rápido. Tenemos una reserva en La Tour d’Argent y vamos a llegar tarde.

Thérèse me dedicó una última mirada y se alejó mordiéndose el labio inferior, en un gesto de inocencia perversa muy del Actor’s Studio.

Cuando desaparecieron tras la puerta de cristales decorados, me quedé reflexionando sobre la obsesiva idea de Thérèse: el amor es la perversión del deseo. Pensé que quería decir la degradación del deseo. Quizás había comenzado ya a comprender lo que quiso inculcarme Mme. Gongyla a la fuerza, la ideología que justificaba todo el tinglado de Matignon.

Me consolé de su ausencia entreteniéndome, de nuevo, buscando analogías en los cuadros que decoraban las paredes de la celda. Esta vez me fijé en el llamado «La monja herética», otra copia excelente de un cuadro fantástico heredero de El Bosco, en el que una monja diabólica, con los hábitos levantados, mostraba el culo, del que nacía un rabo terminado en flecha, y cabalgaba sobre una especie de gigantesco pez fósil con forma de patata, sostenido por dos patas largas como de avestruz. Por algún motivo que todavía no me he explicado, la monja herética me recordó a Thérèse de Loyole.

Me llegaron sus últimas voces, gritando furiosa a Thom Son, mientras bajaban las escaleras:

—Jodamos, jodamos como asnos descosidos, pero permíteme decir joder…

# 9

De la diabólica-angélica Thérèse elegí las columnas de sus muslos, para dar sujeción al barro imaginario que estaba moldeando, poco a poco, y que tenía la seguridad de que llegaría a ser perfecto. Nunca olvidaré aquellos muslos redondos y torneados, sensualmente bronceados por el sol, especie de canal de Corinto por el que, todos los amaneceres, navegaría el afortunado Mony hasta el cofre de la perversa núbil.

Realmente, mis exigencias al seleccionar la efigie de mi amante perfecta, única dueña a la que sería capaz de entregarme eternamente, me habían llevado a provocar ciertas anatomías de belleza imposible y monstruosa. Tenía una hermosa cabellera negra que flameaba fuerza y energía meridional, pero que crecía sobre un rostro anónimo y sin facciones. Las moradas cerezas de los adorados pezones no coronaban todavía ningún pecho. Tenía una piel de delicada seda y una osamenta de precioso marfil musical, tan viva, que parecía transparente. Tenía unos muslos marmóreos de bailarina y diosa, y un culo lunar que epataría a Venus.

Pero me faltaba el bosque boreal, los labios del sur y las ninfas marinas, el paisaje de rocas plegadas y el pleamar de espuma sobre la concha bivalva por la que discurriría el placer y nacería la vida. Podía inventarme el rostro, el gesto, el color de los ojos o la dimensión del talle, pero la incisión del tesoro debería tomarla de la naturaleza, de la propia vida. Por lo que tenía que seguir buscando.

Tuve el presentimiento de que aquello que tanto deseaba, para mantener mi ilusión solitaria en la resignación de mi encierro, podría venir en cualquier instante.

A las cuatro de la tarde del mismo jueves en el que hice el inventario de mi amante imaginaria, se iluminó el código de órdenes con un color inédito, el rojo, que, de acuerdo con lo que me enseñaron en mi adiestramiento, me prometía las irrepetibles delicias del sexo-macedonia.

Me estaba relamiendo de gusto, pensando en el acontecimiento, cuando llegó como de puntillas, tierna y nueva como una de las eternas Venus-niñas de Lucas Cranach, la flor Haydée La Courvoisier.

Eligió probablemente el jueves porque era el día en que se iniciaban más tarde sus clases de decoración. Y el día también en que su novio, el doctor Roland de Belphegor, hacía sus prácticas de medicina militar, ocupado en los servicios de desratización y de desinfección venérea de la tropa en la Caserne de Vignancourt.

Haydée La Courvoisier tenía el atractivo equívoco de las heroínas de los cuentos de Perrault. Candorosa e imprudente, inocente e irresistiblemente impúdica. Tenía un rostro aniñado y virginal, de caperucita roja o campesina vital y adolescente, bajo el que bullía un hormiguero de malicia y deseo, que jugaba con la apariencia, el disimulo, el juego peligroso de Eros, a veces retratado en el brillo negro de sus ojos inmensos, o en la intencionada complacencia con que recorría sus finos labios, con su lengua delgada y puntiaguda. Sólo ella podía solicitar el sexo-macedonia.

La niña La Courvoisier dejó sus libros de artes decorativas sobre el *chifonnier* Luis XVI, bajo el espejo Art Decó de mi gabinete, y esparció, sobre la mesa baja del pequeño recibidor, un arsenal de objetos heterogéneos y cosechas de la huerta. Una manzana, media docena de moras, un racimo de uvas, un melocotón, una chirimoya, una mandarina, una ciruela. Además, un esenciero, una navaja diminuta, un bolígrafo de plata, una calculadora japonesa y una agenda con tapas de piel de cocodrilo.

Tras repartir ordenadamente los objetos sobre la mesa, tomó la agenda y, en la página correspondiente al jueves de la semana, anotó: las 4 y 7.

Inmediatamente desapareció tras el biombo, de madera

lacada, que amueblaba el saloncito, y empezó a desnudarse, dejando cuidadosamente plegado su uniforme de colegiala sobre el galán de noche de caoba, que completaba el pequeño vestuario.

La imaginaba saliendo desnuda con su cuerpo creciente y novísimo, y hacía hipótesis sobre la posibilidad de encontrar en ella la joya profunda que buscaba, cuando, súbitamente, vi aparecer tras el biombo a una mujer distinta y deslumbrante, luciendo un suntuoso desabillé, posiblemente el mejor atavío romántico y mundano que podía diseñarse para disfrutar del placer. Y el menos esperado en aquella pequeña colegiala.

—*Voilà*, Fritz, ¿te gustan las frutas? —me dijo haciendo una pequeña reverencia y desafiándome, maliciosamente, desde la nueva superioridad que le daba su aspecto.

Creo que el tiempo se quedó congelado, y su imagen fugitiva se detuvo en mi retina como una fotografía. Repasé de arriba a abajo la fastuosa aparición para bebérmela entera. Cubría su cabello negro con flequillo con una pamela de organza blanca con dorados de pedrería. Se había maquillado la sombra de los ojos, lo que no sólo la hacía más mayor, sino más niña-adulta, más deseable y disponible. Adornaba el tallo de su cuello con un collar de siete vueltas de perlas rosa, del que pendía una diadema ovalada que daba un fulgor redundante, casi innecesario, al jardín negro de su sexo. El cuerpo de sirena lo llevaba enfundado en un corsé, con liguero de brocado rojo y encaje negro, que dejaba sus dos frescos pechos al descubierto, fijados y rodeados por el sutil encaje. Vestía sus dos brazos con dos guantes largos, iguales que el corsé, que dejaban las manos al aire. Y revestía sus piernas con unas medias de fina seda negra, sujetas al liguero. Los pies, elegantemente enfundados en botines negros, anudados con botones de nácar.

Sea cual fuere el tiempo que me detuve observándola para memorizar la fotografía de sus ornamentos, tenía, necesariamente, que volver a su fin negro. Mis ojos se crisparon hipnotizados sobre una mata de pelos rizados y brillantes, con una forma perfecta de triángulo equilátero, de grandes y expansivos lados, como no había visto antes ningún

otro. La diadema colgante caía, justamente, sobre el centro del triángulo, refulgía, tentaba, llamaba como un canto de sirena. Era el vellocino más grande, más bien cortado, más simétrico y generoso del mundo. Justamente, la perfección absoluta que andaba buscando, el oviducto que insuflaría vida y daría sentido a mi escultura imaginaria.

De nuevo, me sorprendió en mi ensimismamiento, sobresaltándome:

—¿Te gusta, Fritz? ¿O te gusta más esto?

Puso sus mórbidas manos sobre su toisón negro, hurgó entre su vello con sus dedos cimbreños, los metió entre sus ninfas y abrió, mostrándomelo, su novísimo claustro húmedo. Y se extendió ante mí un paisaje sonrosado y nítido, la ranura de un misterio mojado que desafiaba al vértigo.

Mi tercer y sucesivo éxtasis me había hecho olvidar el sentido de aquel momento, el código rojo y las frutas que Haydée había dejado sobre la mesita.

Cuando reaccioné, por tercera vez, para recuperar el contacto con la realidad, vi cómo Haydée tomó la navaja de la mesilla y comenzó a desmenuzar las frutas en pequeños trozos o gajos de parecido tamaño.

A continuación, fue tomando una a una las piezas de la frutal macedonia y las introdujo una tras otra, con ejercitada artesanía, en el orificio de su joven vagina. Primero, un gajo de mandarina. Luego, media ciruela. Tres uvas, un pedazo de chirimoya, un octavo de manzana, dos moras. Finalmente, taponando la ensalada, medio melocotón deshuesado sobre el que hizo una presión especial con sus dedos, seguida de un rápido juego muscular con los labios vulvares para cerrar el orificio y retener su contenido.

Pensé que tenía ante mí a una bella, indefensa y decidida criatura humana, creación de los ángeles perversos, que practicaba su exorcismo maligno para cumplir la voluntad creadora y, a continuación, quedar libre.

—Y ahora, el querido y fiel Fritz va a probar la macedonia que ha preparado con sus manitas, especialmente para él y solamente para él, la buena Haydée. ¡Acércate Fritz…!

Cautivado por el exorcismo, me acerqué a su sexo abierto,

redondo, rebosante, inundado de pulpa y azúcares, y comencé a comer del postre de los dioses.

Con la punta de la lengua extraje sin ningún esfuerzo el melocotón, con su carne amarillenta y vellosa, curiosamente parecida a la de aquella vulva joven y esponjosa, sobre la que rebañé el jugo frutal destilado con un lametazo lento y prolongado.

Metí a fondo la lengua y, enroscándola como un sacacorchos, logré sacar los tres granos de uva. Los apreté contra sus labios mayores y probé la consistencia de sus bayas, hasta extraer su vino nuevo, recién vendimiado en el calor de aquel lagar de fruición.

La manzana salió casi sola, agria, dorada y sustanciosa, mojada en las profundidades de su mina, trayendo hasta mi boca la señal de los deleites que Haydée me enviaba desde su cueva totalmente inundada.

Metí de nuevo la lengua hasta, al menos, dos tercios de la sima y saqué, tibia y clara, la porción de chirimoya. La aplasté contra el clítoris, que se estremeció endulzado, y su pulpa blanca y suave estalló en una melaza de aspecto seminal, que le inundó de humedad su hermoso triángulo infinito y rizado.

Profundicé una vez más y saqué una especie de papilla que habían formado las moras y las ciruelas al ser presionadas. Los pequeños globulillos carnosos y blandos de las casi negras moras se habían despanzurrado tiñendo la carne tiernísima, dulce y verde de la ciruela, que aparecía aplastada, casi derretida, veteada de preciosas líneas moradas que devoré gozando.

Y, finalmente, aunque no sin esfuerzo, alcancé el lejano gajo de mandarina, refugiado en lo más hondo de la cueva, que llegó hasta mi boca agridulce, filamentoso, estallando sobre mi cara y contra sus ingles trémulas su sutil explosión ácida, mientras yo, aunque fiel a mi destino tántrico, me orinaba incontenciblemente contra sus muslos, sus medias, sus botines de charol negro.

Haydée La Courvoisier temblaba de placer, tiritaba como un efebo desnudo bajo la tempestad y entre la multitud, tenía

toda su piel sublevada, como la de un pajarillo desplumado, los dientes le castañeteaban aceleradamente. Tenía cerrados los ojos y, desde el fondo de su garganta, a través de los labios semiabiertos, surgía como un viento un silbido agudísimo. Otra vez el olulú-olulá de todas las amantes.

Su libido estaba absolutamente fuera de control. Una fuerza centrífuga la lanzaba hacia una órbita de infinitos, bañada en un caudal de saliva y pulpa, de azúcares frutales, de orgasmos como salvajes rayos. Se pellizcaba las frambuesas de sus pechos. Empujaba aún más mi boca hasta el fondo infranqueable de su abismo, para sorber la última gota del jugo frutal, enjuagar sus entrañas y apurar sus ternuras vaginales. Gritaba y se descomponía. Respiraba con tal intensidad que su corsé brocado se hinchaba y parecía a punto de reventar. Su boca resoplaba un olulú-olulá inacabable, como un círculo, y mordía, machacándolas, las siete vueltas de su collar de perlas.

—Lo has hecho muy bien, Fritz —dijo con un hilo de voz, mientras me acariciaba y se restregaba con mis orines la rosa de sus pechos, se relamía los dedos y se daba un masaje sobre su piel insurrecta que la dejó tranquila como un lago y, de nuevo, con un gran dominio de sí misma.

Apenas habían quedado restos del goloso ágape. Sólo un hermoso aroma a pulpa y macedonia, a mujer nueva, a lujuriosas frutas y violadas cuevas. Pasaron unos segundos, en los que, inmediatamente, recuperó el resuello. Tras el dulce masaje cesó de tiritar y su piel alborotada se tornó de nuevo tersa y deslizante. Haydée La Courvoisier se puso en pie en un sólo movimiento de atleta flexible, se escondió tras el biombo y se vistió de nuevo sus ropas de colegiala, con la misma pulcritud y cuidado con que se las quitó al llegar. Al terminar, se ajustó el sombrero mirándose en el espejo Art-Decó, untó sus labios con crema de cacao, tomó la agenda de tapas de cocodrilo y, tras mirar el reloj de cristal líquido de su calculadora, hizo unas anotaciones con su bolígrafo de

plata: las 4 y 59, intensidad 9,3.

Tomó sus libros de decoración, me saludó con la mano y desapareció tras la puerta de cristales, sin hacer ruido, andando a pequeños saltitos, como una niña.

Yo estaba muy contento porque, al fin, había conquistado la joya más preciada de mi más personal obra. Un suntuoso delta de pelo negro, de unos quince centímetros de lado, creciente como un imperio.

Y un túnel vaginal de los que jamás se regresa.

# 10

—¡Ni aunque me pagaseis todo el oro del mundo entraré ahí!, —el estrepitoso grito parecía salir del fondo de uno de los grabados tenebristas que daban el toque lúgubre al alegre erotismo de la pinacoteca de mi cuarto. Hipnotizado por el cuadro, oí salir la frase de la misma garganta del cochero supersticioso y tembloroso que llevaba a Harker hasta el castillo de Nosferatu. Se veía la silueta del viejo cochero montado en el pescante del carruaje. Las nubes, el paisaje, la luz, tenían un tono sombrío y crepuscular, lleno de nocturnos presagios. Al fondo, la mansión de Nosferatu recortando un horizonte iluminado de tempestades. A un lado, Harker caminando a pie, con resignada filosofía, en busca del vampiro.

Pero, en realidad, no se trataba sino de una alucinación mía, atrapado por el misterio plástico del grabado. Quien había gritado realmente era Kentucky Fry, un ingenuo *marine* de la VI Flota, de permiso en París, donde había conocido a dos asiduas pernoctadoras de Chez Gongyla: la señorita Lola Transilvania y la princesa Elsa Cadillac Seminole, americanas como el *marine*, cargadas de dólares y de perdonable perfidia.

Kentucky Fry se quedó en la puerta esperando con desconfianza, justo bajo la inscripción «Estamos solos y somos tres» con que Mme. Gongyla bautizó el dintel. Aunque de mi alucinación pictórica siempre me quedará la duda de si sus palabras salían realmente del fondo del grabado, pronunciadas por aquel cochero contrahecho, para el que la superstición podía más que la codicia.

En cualquier caso, la visita de las americanas coincidió con una serie de signos atmosféricos cargados de sospechas vampíricas. Durante el día, las poderosas nubes ocultaron la luz solar, como en un extraño eclipse precursor. Por la noche,

invariablemente dominaba la luna llena, siempre tan femenina, tan demente, luz de noche vampírica.

—Fritz, te traigo un recado del Divino Marqués: «A quien le está reservado el atributo de la crueldad, el inconsciente le hace confundir el olor de la sangre con el olor del amor…». La sangre y el amor, Fritz.

Era el inevitable saludo de Lola Transilvania, quien sabía el terror y la angustia irresistibles que el solo nombre de la sangre me causaban.

Lola Transilvania era una mujer brava, dominante, de físico poderoso. Su cabeza era cuadrada y autoritaria. Los ojos, azules y fríos como una espada, el pelo, rubio y claro. Pero lo más característico era su voz. Una voz opaca, de algodón, harina y aguardiente. Y sus manos, rotundas y fuertes y, a la vez, exageradamente suaves y acariciantes.

Su eterna acompañante, Elsa Cadillac Seminole, era una princesa indígena floridana de fascinante origen. Mitad escandinava, mitad piel roja seminole. Hielo y fuego, tierra y agua, hirviendo en un cuerpo grande, tierno, confortable, de mermelada y terciopelo, que se endulzaba tras la mirada de sus ojos grises y tristes como los de un cervatillo.

De París habían aprendido la moda, pero no el estilo. La sofisticación, pero no la sutileza, ni el *esprit*. Lola escondía su cuerpo rubio y trigal tras un conjunto de alta costura, evidentemente caro, de pantalón bermuda, chaqueta rayada de lana y camisa sin mangas, con chorreras. Una alforja al hombro, de lino y macramé, le daba un toque folk y *decontracté*. Sus dedos gordezuelos los adornaba con Cartiers y parapetaba sus ojos bajo unas gafas Dior incrustadas de diamantes.

La Cadillac iba embutida en rojo, bajo un vestido amplio de tafetán de seda, asimétrico, fruncido, con un lazo enorme en forma de corola. Y, me temía, sin ninguna ropa interior.

Ambas, ricas, lujosas y lujuriosas, estrambóticas, inseparables. Lola siempre activa y experimentadora. Elsa, acompañante complaciente y onanista mirona.

—La sangre, la sangre es vida, cauce de vida, Fritz…

Lola se aproximaba a mí, teatral y vampírica, removiendo

todos mis terrores, y fingía clavar sus blancos incisivos en mi perseguido cuello. Disfrutaba con mi sufrimiento.

Cuando se acercaba, el grabado de Nosferatu se ponía en movimiento más allá de mis pupilas, y mi terror interior se desataba en temblores acobardados. Veía, reflejados en sus ojos azules y frígidos, la figura de aquel conde mamífero, volador y aristócrata, con su cabeza afeitada, sus grandes ojeras, el rostro enjuto terminado en una barbilla afilada con cuchillo, mejillas vaciadas a golpes de hacha e invariablemente vestido con un traje negro sobre el que destacaban sus manos larguísimas y sus ganchudas uñas.

Tenía que tratar de esquivarla, para apartar del espejo de sus ojos aquella visión de pesadilla.

—¿Tienes miedo, Fritz?

Lola Transilvania se mostraba dominante y provocativa. Rota la imagen de su pupila-espejo, cuando menos tenía que aceptar que era la campesina de la posada de los Cárpatos en la que Harker pernocta, y que ya conoce sobre su cuello la marca del vampiro.

La campesina inocente y cómplice, que prepara la cena y la cama al visitante mientras, en sus ojos, brilla la comezón de la aventura nocturna. El lúgubre grabado se proyectaba en una historia tridimensional que liberaba todas mis imágenes subconscientes.

Debo reconocer que aquella mujer rubia, cuadrada, opulenta y oronda, excitaba mis fantasías y espantos hasta más allá de un delirio en cierto modo placentero. En realidad, en los artesonados y el zócalo brillaba, esta vez tranquilizante, la luz-código ocre, signo inequívoco de que Lola Transilvania venía, no a hacerme sufrir, sino a practicar un placer confortable y que sólo exigía mi pasividad y una cierta beatitud de espíritu.

La luz ocre significaba felación, y Lola Transilvania, con su voz de algodón, harina y aguardiente, era una maestra consumada.

Y no demoró más su autoservicio. Sin quitarse el vestido bermuda, ni siquiera la alforja de lino y macramé, en su actitud superior de aristocrática cotidianeidad, me derrumbó

de un empujón sobre la moqueta, se colocó en decúbito ventral, me abrió las piernas y tomó entre sus dedos el asta de mi lanza.

—¿Sabes lo que es esto, Fritz? —inquirió sarcástica mientras agitaba mi tulipán sonrosado—. Es el sexto sentido, el sentido genésico. El falo es el primer órgano sensorial del alma, el que hizo al macho, parió la imaginación y desarrolló la facultad pensante en el ser. ¿Tú piensas mucho, Fritz? ¿Cavila demasiado tu alargado y terso tótem?

Tras su lección de filosofía fálica, se aproximó con la boca abierta sobre mi cúspide malva y la engulló como un pez tragándose el anzuelo.

Primero lentamente, empujando con su cabeza arriba y abajo, haciendo desaparecer todo mi miembro en la oquedad de su boca. Sentí cómo la reja de mi arado se extraviaba en la caliente bóveda. Crecí, poco a poco, empujado por la concentración de sangre en los conductos cavernosos. Mi tumescencia se estrellaba contra la suave almohadilla de su lengua y el techo de su paladar. Mi rigidez era estimulada y desalentada por su habilidad escurridiza de lamedora serpiente. Y, aunque me sentía suavemente narcotizado por el placer confortable de su bella succión, no dejaba de evocar en mí el rito vampírico.

Poco a poco se intensificó el ritmo de su percusión bucal. Mi túmido cimborio llegaba, cada vez más, hasta el fondo de su cáliz. La felatriz hacía esfuerzos por devorarme íntegramente, en una exhibición de garganta profunda a la que yo tenía que hacer honor con la longitud enhiesta de toda mi bandera. Y me propuse llegar hasta el fondo de aquella profundidad, hasta allá donde tenía origen su voz obsesiva, voz opaca, de algodón, harina y aguardiente, voz que me incitaba e hipnotizaba.

Y hasta que no sentí la punta de mi dardo tocar en lo más hondo de sus cuerdas vocales, la vibrante guitarra origen de la voz señuelo, no hice estallar mi lluvia seminal dentro de ella, que se estremeció bruscamente, añadió grados de luz a su perenne palidez y terminó de succionarme unos segundos hasta que, tras engullir la última gota, sólo pudo extraer aire.

Vestida como iba en las mejores tiendas del Faubourg-St. Honoré, algo despeinados sus largos cabellos rubios, con todas sus joyas desordenadas por el movimiento percutor, se levantó las gafas de sol sobre la frente y, colocándose en bandolera su alforja de lino y macramé, gritó, con su desgarro de aguardiente, a Elsa Cadillac, que nos contemplaba con candor y felicidad:

—*Come on, join us, princess!*

Lola Transilvania, insistió con la boca llena de algodón y risas:

—¡Vamos, princesa! ¿Cuál es tu perversión?

El rostro de la Cadillac se iluminó de ingenua malicia.

—¿Perversiones? ¡No las hay! —respondió con intencionada complicidad, mientras estallaba en una carcajada de superlujo.

Y sin pensarlo dos veces, Elsa Cadillac Seminole se subió el rojo de su amplia falda, levantó la pierna izquierda y, apoyándola sobre el silloncito Luis XVI, comenzó a orinar sobre nosotros dos, ruidosamente, con un caudal intenso, grueso, rápido, claro limpio inodoro. Orinaba con marmórea elegancia de estatua, con un cristalino sonido de manantial y una naturalidad que extrovertía su cuna aristocrática.

Para controlar mejor su chorro vital, ponía las manos formando un cuenco bajo su gotera, a modo de canalillo, y lo dirigía sobre nosotros. Nunca vi a Elsa Cadillac más hermosa, espléndida, en plenitud desmelenada. Parecía una nueva Marcelle del Ojo, escapada del cuidado de Lord Auch, recién llovida del cielo, sucia de barro cien veces y cien veces lavada bajo la tempestad vehemente de su orina.

El surtidor dorado caía caliente sobre nosotros, como cerveza hervida. Todos mis pelos se doblegaron abatidos, regados por la maravillosa expresión diurética. La chaqueta de lana y la alforja de lino y macramé de la Transilvania se bebían también gota a gota el ardiente reguero. La felatriz y yo nos revolvíamos de gozo bajo aquella efusión de oro. Habíamos establecido una incitante relación líquida con la princesa, que derretía sobre nosotros, en plena combustión, su fiebre orgánica. El espectáculo nos enardecía. Bastaba

mirar hacia lo alto y ver cómo la figura de Elsa Cadillac se hacía gigantesca, con su pierna derecha sosteniendo su imperio y la izquierda elevada en un arco de suprema arquitectura que llevaba al camino de su fuente. En la confluencia de ambas, se abría como una flor su sexo, sonrosado, tierno, húmedo, dulce y palpitante, como un corazón de agua.

La Cadillac orinó interminablemente cuatro, cinco minutos, mientras su boca carnosa y afable se deshacía en una carcajada tan impetuosa, divertida y consistente como su excremento amarillo.

El panel de luces-código reverberaba ahora fuertes llamaradas naranja, lo que me hizo deducir que la princesa no sufría incontinencia ni estaba improvisando un juego perverso, sino que en pocos minutos sacaría del monedero su tarjeta del Dinner’s para retribuir a la mismísima Mme. Gongyla el servicio contratado.

Tras vaciar su fuego sobre nosotros dos, la princesa Elsa Cadillac Seminole culminó su marea, estrelló su oleaje contra las rocas y se fundió en un síncope humedísimo.

Lola Transilvania la agarró del pelo y se la llevó a rastras.

—*Hello girls! How are you doing?* —les saludó deportivamente Kentucky Fry cuando vio salir de mi cuarto a la desmadejada pareja.

Y los tres se fueron a gozar *Paris-la-nuit*.

Mientras desaparecían, evoqué la idea abandonada de mi cadáver exquisito y, perentoriamente, casi a la fuerza, me quedé con las manos suaves y fuertes que habían manejado mi jabalina y con el rostro inocente, de terciopelo y mermelada, y los ojos grises de Elsa Cadillac, Marcelle del Ojo, de cuyos gozosos orines había quedado empapado.

A cambio, yo había dejado en el estómago de la felatriz la primera simiente que derramaba en la Rue Matignon. Un fruto muy preciado que, cumpliendo mi destino tántrico, yo quería haber reservado para mi escultura imaginaria.

# 11

Los primeros viernes del mes, a eso de las nueve de la mañana, el pórtico de la vecina Chapelle de Saint Jeanne D’Arc era testigo de una inusual actividad piadosa. Los altos funcionarios del Elíseo, gran parte del Cuerpo Diplomático más devoto y sus numerosos gorilas de escolta acudían a una misa mensual de acción de gracias ofrecida por el Quai D’Orsay en favor de su política colonial.

De entre el desfile de coches destacaba un BMW blindado, con lunas antibala, de color negro y refulgente brillo, rematado en el morro con el guión verdinegro de la bandera de Isla Anguila.

Yo observaba al Comodoro Dolmancé de la Rose, al volante de su fortaleza rodante, con el torso insólitamente desnudo y la gorra de plato con el ala frontal alzada, como un Rommel urbano desplegando su panoplia de nostalgias. Una pandilla de mozalbetes de *Nouveau L’Ordre* escoltaba a la carroza mecánica, montados en motocicletas de mínima cilindrada, con pantalones de color caqui, guanteletes, insignias paramilitares, esvásticas, bates y guantes de cuero negro.

La expedición motorizada se puso suavemente en marcha, recorrió los dos centenares de metros que separaban la pequeña iglesia del santuario de Mme. Gongyla y aparcó silenciosamente frente al típico portal parisién con patio interior y puerta con aldaba que guardaba los secretos de la falsa joyería-marchante de arte.

En el instante en que el BMW se detuvo, pude ver salir del asiento trasero, vaporosa, etérea, como una cenicienta onírica

antes de que termine el encantamiento de medianoche, a la hermosísima y adorable Grandeur Nature, la prometida del Comodoro.

Vestía un traje estilo colonial y romántico, una amplia falda blanca, fruncida, con recogidos por los que asomaban delicados encajes. El escote era grande y descarado, y de las mangas nacían anchos volantes de la misma puntilla que la falda. Su pequeña cabeza estaba tocada con una pamela de paja adornada con flores. Los delicados pies mínimos los alojaba en unas sandalias de rafia. Toda ella era como un sensual sueño de los trópicos, caliente y soleado, un tentador anacronismo burbujeando entre el rugir de los motores de la comitiva neofascista.

Tras la exultante fruta del Caribe en sazón, del mismo BMW blindado surgieron, siguiéndola, sus dos guardaespaldas uniformados: los forzudos, energúmenos, zafios, aunque evidentemente privilegiados, Tonton Macoutes. Desde mi mirador no podía vislumbrar si los gorilas eran realmente negros o, simplemente, cubrían su piel con un pringoso y consistente betún a modo de mascarilla o disfraz. Los tres desaparecieron por el portal.

*Mamiyá — sombé — mamiyá,*
*mamiyá — sombé — mamiyá,*
*candombé — bembo — tamboré…*

El eco tribal, africano y selvático del son tropical, el viejo lamento de la culebra muerta, subía como un viento por el hueco de la escalera de Matignon.

*Mamiyá — sombé — mamiyá,*
*candombé — bembo — tamboré,*
*sensemayá — sensemayá…*

Las potentes gargantas se multiplicaron como un coro de ébano. Los pasos decididos, ascendiendo sobre los escalones de madera, ponían los ritmos del lejano
tam-tam
. En pocos segundos, los tres traspasaron el dintel de mi

gabinete imponiendo una presencia física violenta y marcial. Los tres, todavía tarareando los últimos compases del son tropical, muy seguros de sí mismos, confiados, como conociendo de antemano la naturaleza de los acontecimientos que allí se iban a desarrollar.

Con un rápido movimiento del brazo, el primen Tonton Macoute deslizó, hacia abajo, la cremallera del traje colonial de Grandeur Nature, que quedó ante mis ojos totalmente desnuda. Una totalidad, equívoca y excluyente, en la que su propia belleza se constituía en signo y significado, en el mensaje tangible de todo el río de ideas asociadas, que torrencialmente evocaba.

Su cuerpo era como el de una muñeca hinchable, superior al propio modelo, más que humana, casi irreal en su asombrosa perfección, de la que destacaba su silueta apretada e intensa y, sobre todo, el milagro de sus pechos levantados, puntiagudos, grandes, redondos y llenos. Tenían una curiosa e inquietante cualidad retráctil. Al menor movimiento se agitaban como un terremoto. Pero una vez desvanecida la onda sísmica, invariablemente volvían a su posición de reposo, picuda, erecta, como un doble ariete abriéndose camino hacia adelante.

El descubrimiento me dio una colmadora conciencia de plenitud. Al fin, creí que lo había conseguido. Me di cuenta, inmediatamente, de que sólo aquellos asombrosos hornos candentes merecían ser coronados por las joyas violeta de la nunca olvidada Baton Rouge, que guardaba venerada en mi memoria, con la carne tierna e incandescente, desde mi ya lejano primer encuentro en la Rue Matignon, a la espera de unos pechos que pudieran hacerle honor. Acababa de lograr la síntesis perfecta.

*Mamiyá — sombé — mamiyá,*
*sensemayá — sensemayá…*

El ritmo de fuego del son de los Macoutes me hizo regresar de mi fijación y me obligó a concentrarme de nuevo en toda la desnudez que, como un premio, se desplegaba ante mis pupilas.

Enfundados casi grotescamente en sus uniformes guerrilleros verde oliva, los dos Tonton Macoutes seguían cantando el son, cuyo ritmo húmedo acompañaba la marcialidad y la precisión de la ceremonia que acababan de iniciar.

Los Macoutes pusieron a los pies de su dueña una delicada jofaina de ónice verde. Vertieron en ella agua perfumada con lavanda y sales de orquídeas, se arrodillaron ante la ostentadora de los miríficos pechos y empezaron la aplicación de un suave pediluvio sobre sus delicados pies del treinta y cinco.

Mientras, yo debería disponerme a lamer toda la hermosura del territorio de su cuerpo. Las luces magenta del código de órdenes reverberaban su agresivo lenguaje y predisponían mi programa para el prometedor triplex.

*Sensemayá — sombé — sensemayá!*
*Lame, lame, luego mete,*
*la lengua la séptima parte,*
*lame luego, luego siete,*
*siete veces, siete veces…!*

El son de los hombres de betún fue, esta vez, para mí como una orden tribal, a modo de paréntesis en su rito mágico, mientras terminaban de lavar los pies a la muchacha-muñeca.

La canción había expresado los deseos secretos de la princesa silenciosa. Mi lengua debería poseer el mapa de su epidermis con un cuidado y una precisión geométrica y bajo el mandato implacable del más arcano de los guarismos: el bíblico, el mitológico, el alquímico siete.

Mi lengua, protagonista tantas veces de sórdidas humillaciones serviles, era ahora la vara de medición de un ídolo de carne. Mi predispuesta saliva, el fluido deslizante que multiplicaría y reduciría el arcano las veces necesarias, hasta satisfacer el deseo ordenado. Porque, para poseer su tórax superstar, disponía de catorce largos de lengua, pues ése era el resultado de dividir sus noventa y seis centímetros de perímetro por el siete ceremonial y conocer, al fin, la

materia de los pechos que había elegido para el cénit de mi obra. Para recorrer la base de los conos de sus hornos, contaba con cinco lametazos, cociente de la misma operación. Y para conquistar la altura hasta el rizado pezón tenía que llegar en dos saltos linguales, pues contaba con catorce centímetros de ascendente ladera. Desde la punta del dedo corazón hasta el centro húmedo y feraz de su axila, debería llegar en once lamidas. Del círculo escultórico del cuello debería apoderarme sólo en cinco. La serpenteante columna vertebral tenía que navegaría en doce para cumplir los noventa y cinco centímetros de su cauce descendente. Y al llegar a la rabadilla tenía que penetrar en la rosa de sus nalgas en un solo intento. A sus caderas tenía que conocerlas de punta a punta, en trece etapas, para medir noventa y uno. Y para deslizarme hasta el tobillo disponía de otras quince. Al llegar abajo, tenía que volver a subir por el arco de sus pantorrillas y la firme columna del muslo de la otra pierna y penetrar en el túnel de sus misterios, excepcionalmente, siete veces, como mandaba el ceremonial *sensemayá*.

Me parecía casi incompatible conciliar los complicados cálculos matemáticos con aquella belleza inmensurable, sin cuantía posible. La imagen magnificada de Grandeur Nature se alzaba ante mí como un cosmos idolatrable y gigantesco, en el que moraban los siete planetas de la astronomía babilónica o los siete días de la semana representados por siete lunas locas. Me sentía como un pequeño agrimensor, tratando de entender el misterio cósmico de la creación, la materia representada en la mujer agigantada. Mi húmeda lengua, como varita de zahorí, buscando una verdad, una razón, una evidencia que se escapaba. Y el arcano siete, erigido en misterio visible, en interrogante, en pregunta, en excepcional símbolo transmutante. Así veía recorrer sobre la epidermis, deslizante como un témpano, inalcanzable como un continente, ejércitos de inquietantes sietes. Siete astrónomos babilónicos, siete planetas esféricos. Siete torres de Babel coronando, como pezones, siete pechos. Siete biblias, siete faraones implorando la interpretación de siete sueños. Siete vacas gordas y siete vacas flacas. El Apocalipsis

y sus séptimos augurios: siete ángeles, siete iglesias, siete plagas, siete pecados. Y siete sabios. Pero sobre todo, siete maravillas en una sola síntesis: Grandeur Nature emergida de la materia amorfa, del caos numérico.

Casi había terminado mi insoluble disgresión séptima, al tiempo que los Macoutes apuraban la última gota del pediluvio. A continuación, apartaron la jofaina de ónice y, sin secarle los purificados pies, comenzaron a chuparlos por sus sucias bocas. Apenas una delicada talla del treinta y cinco, rematada por diez delicados dedos sutiles, como de mano y de niña, ágiles, inteligentes y casi prensiles. Tiernos y apetitosos como un haz de raíces frescas.

Los Macoutes fueron engullendo, sin ningún esfuerzo aparente, los diez leves dedos. Lenta e implacablemente fueron absorbiendo el empeine, el manojo de ligamentos superiores, el perineo de la princesa. Se bebieron también el escafoides, el calcáreo y el astrágalo. Prácticamente llegaron hasta el tobillo, como insaciables saturnos. Parecían dos grandes anacondas con la boca demasiado pequeña para devorar confortablemente a la comestible muñeca. Formaban un extraño cuerpo triple, interminable y continuo. De aquellas bellas tibias, de aquellas armónicas pantorrillas, surgían ahora dos bocas horribles, que se resolvían en dos cabezas negras, seguidas de dos grandes cuerpos uniformados, bañados en un sudor eufórico y pestilente, visiblemente complacidos en la bucal servidumbre.

Inmovilizado el son *sensemayá* en sus gargantas por el podológico engullimiento, me pegaron con sus manos, al unísono, un fuerte golpe, dándome a entender que era ya el momento de iniciar mi trabajo lingual, pues en esa simultaneidad consistía el solicitado triplex.

Inevitablemente converso y convencido, me dispuse a descubrir su epidermis, como una orgía táctil que empezó a emanar aroma y dulzura al primer contacto. Así conocí los pequeños cráteres de sus vasos sanguíneos, los corpúsculos del tacto, la pátina reticulada de su dermis que exhalaba un perfume de hierba, sus leves pelillos negros, suaves como plumas, y el sudor que expiraba lentamente con sabor a

néctar.

Pronto comprendí que la precisión exigida y la dictadura del arcano guarismo no eran ociosas y tenían una función, claramente determinada, para regular la obtención de un clímax perfecto. Porque, conforme los Macoutes devoraban sus pies custodiándolos en el calor húmedo de sus bocas y yo me adueñaba, en sucesivos tramos séptimos de todos sus tejidos, centímetro a centímetro, Grandeur Nature iba entrando en un éxtasis voluptuoso y torrencial. En su cabeza estallaba una mágica pirotecnia de cantos y tambores, casi visibles, casi audibles. Todo el cuerpo vibraba satánicamente. Era como si el dios vudú penetrara por sus poros, abiertos de placer, y se apoderara de su cuerpo y de su alma, subyugándola hasta la postración. Un volcán de cuyo cráter surgía un rayo de placer, electricidad y bioquímica.

Mi lengua vibraba al contacto sísmico de sus musicales temblores, y al ascender por el muslo dorado llegué al fin a su negro astracán lustroso. Ante mí se ofrecía toda la hospitalidad del deseado imperio. La húmeda entrepierna, el valle inguinal, la bulbosa hendidura, el idolatrado himen donde, excepcionalmente, debería cumplir el mandato *sensemayá*, introducir mi lengua, no un séptimo, sino las siete veces.

Absolutamente contagiado por la excitación vibrante y repetitiva de la gran muñeca, introduje la punta de mi lengua en su fisura vital y, levemente, con el cuidado modélico con que había conquistado todo el tegumento, me introduje hasta el fondo, tratando de dosificar y alargar el momento, gozar de una posesión que, en cualquier caso, tendría que repetir hasta siete veces.

Con toda mi lengua dentro de la invicta ciudadela, sentí súbitamente como un canto de caracolas y sirenas. Llegó a parecerme que una fuerza maremótica tiraba de la punta lingual y me introducía completamente, hasta el extremo de mis pies, en su interior suntuoso. Creí comenzar a navegar velozmente por el torrente sanguíneo, caudaloso, ardiente, espeso, poderoso y telúrico, como una inundación de lava sobre la que yo apenas era una pequeña brizna a la deriva.

Mi sorpresa, mi terror alucinado, lo alivié inmediatamente con una coartada tranquilizadora. Porque, viajando por sus adentros, sea cual fuera la fuerza que me había atraído a su vorágine, llegaría al fin a conocer el territorio ignorado, la causa, probablemente divina, provocadora de lo que más me había enamorado: sus miríficos pechos. Estaba dispuesto a proseguir el viaje, aun cuando fuera el último, aun cuando no pudiera jamás terminar mi escultura sin pechos, aunque no regresara nunca. Aunque no fuera ya necesario escapar de la mazmorra de Matignon y las garras de Gongyla.

Así, llegué navegando sobre la caliente oleada roja al que sería pabellón del tórax, sobre el que se erigían dos cúpulas semiesféricas y perfectas: sus pechos, contemplados desde dentro, en cuya cavidad se extendía un inmenso paisaje interior. Allí estaban, en la gigantesca sala convexa, erectas, rodantes, redondas, las imperiales efigies de todas las venus del mundo, adorando a la praxitélica Afrodita de Cnido, dispuesta al baño, con todo su volumen, la más bella de todas.

Era el sueño, la rebelión mancomunada de todas las edades de los pechos. Pechos esculpidos en el mármol renacentista de Gianbologne y Goujon. Los pechos neoclásicos, que recuperaban la opulenta redondez de los imperios, de Canova y Dannecker, en contraste vivísimo con los pequeños brotes, la tierna blandura utilitaria de las mujeres-niña bibelot de Pajou y Falconet.

Flotaba como un astronauta en plenitud. Me sentía resbalar por la curva sinusoide de sus cúpulas. Un calidoscopio de esferas de carne se creaba, destruía y transformaba constantemente ante mi vista. Volaban sobre mi órbita las piedras redondas de los pechos tallados por Rodin. Todas las enamoradas Ledas, yacentes o sedentes, entregadas a las voluptuosas plumas del ánade. Veía la figura, por mí setenta veces lamida y relamida, de Grandeur Nature, duplicada y reproducida en las pródigas mujeres de Rubens, en las evas de Durero o en el daliniano, inquietante regreso de las vírgenes de Israel. O en las tríbades acrílicas, azules, gemelas, incestuosas de Labisse.

La orgía de pechos me llevaba al sin retorno de la alucinación y el delirio. La mismísima Santa Ágata parecía salir del cuadro de Guido Reni y tomar vida y volumen de Salomé, con su mano izquierda sosteniendo la bandeja, metafórica ofrenda del bautista, en la que como dos frutas cortadas se agitaban dos hermosos pechos seccionados. Una visión que me sacudió de terror, arrastrándome hasta el despertar del confortable sueño pectoral y pictórico, coincidiendo con un brutal manotazo que los Macoutes dieron sobre mi pierna, retorciéndome los corvejones, haciéndome casi crujir el hueso.

Mi éxtasis, el sueño interior, la parálisis de mi rol en el triplex ya iniciado, debería haber durado apenas tres minutos. Miré de reojo hacia el sur y, al final de las columnas de las piernas, vi agitados, congestionados y afanados a los Macoutes, con las bocas todavía atiborradas por los dulces pies. Me dispuse a proseguir en donde había interrumpido e introduje mi lengua por segunda vez, haciéndola indagar golosamente por la espesura de la ingle y perdiéndome luego en los ya conocidos rincones del arca. Cumplí el tercer mandato resbalando mi alargado músculo por el perfumado resquicio de virtud, y ya llegué a intuir las descargas de su amor derretido. Saqué y volví a introducir las papilas por cuarta vez, entreteniéndome un poco en el satinado mechón que dejé regado de saliva, antes de explorar de nuevo entre los coralinos pliegues de la gruta. Inicié el quinto rito del son *sensemayá* mientras empezaba a contagiarme de la fiebre que encendía el seráfico tegumento y deslicé el badajo bucal hacia el hueco de su aterciopelada encrucijada, que empezaba a anegarse de sutil licor. El sexto mandamiento lo cumplí precipitadamente, con mi péndulo doblemente humedecido por la urgente saliva y la ternura licuada que brotaba de su pozo, entre las mojadas llamas de una hoguera que parecía ser incombustible. Su cuerpo indomable empezó a elevarse sobre la moqueta con flameantes intermitencias, al impulso de suaves espasmos. Los Macoutes, con sus bocas apalancadas por los regios piececitos, intentaban también el vuelo como avestruces torpes. Pensé que no debería demorar

mi culminación, y dispuse mi séptima y última perforación lingual, tal y como ordenaba el son, lanzando en picado mi lengua hacia el oscuro precipicio, en donde estallaron la riada, el espasmo final enardecido y el caudal de amor que, pegajoso y denso, me dejó ahogado.

Tras mi séptima estación en el vía crucis de amor de sus pantanos boreales, Grandeur Nature entró de lleno en el fragor de la posesión estática y emergió en esplendorosa levitación, arrastrando y haciendo despegar con ella a mi ya entregada lengua fláccida y las bocas poseídas de los Macoutes, desencajadas y rotas por el largo alojamiento bípedo.

Con su cuerpo de flor a varios centímetros del suelo, la pirotecnia de cantos y tambores estallando en todas las cabezas, el rugido rítmico del conocido son y la fiebre derretida en sudor sobre las estrías de las epidermis desplegadas, el rito alcanzó al fin su clímax: la subyugadora posesión estática del gran vudú transmitida al coro comunal que oficiaba el triplex. El espíritu y el cuerpo, la magia del son y la escultura de carne comunicando con el más allá a través de la tormenta descargada, el rayo que ya no es amenaza, el cumplido vaticinio de la omnipotente revelación orgásmica. Grandeur Nature en satánico trance, y los Macoutes rugiendo su felicidad con estentóreos gruñidos.

A la invisible tempestad, al placer levitado, al goce sofocante, a la séptima penetración del arcano mandatorio, sólo podía suceder el silencio. Un silencio cargado de truenos ahogados, de ruidos en las profundidades subterráneas. Y después del silencio, la expectativa de una distensión átona y frígida, parecida al sueño.

Grandeur Nature regresó lentamente del éxtasis, parpadeando sobre la inocencia grande de sus ojos negros, disolviendo su catalepsia y suspendiendo, poco a poco, milímetro a milímetro, casi imperceptiblemente, su levitación orgásmica.

Los Macoutes, con la entrepierna visiblemente manchada

bajo su uniforme verde oliva por su caldo viril recién hervido, tras la consentida violación de sus bocas, soltaron la presa de su dueña y comenzaron a frotarle todo el cuerpo con polvos de talco perfumados, violentamente, vigorosamente, hasta devolverle su brillo couché.

La pedestre aventura desveló al fin el doble misterio de su color y su disfraz, porque la hoguera del orgasmo llegó a derretir el betún que les enmascaraba. Pero, sorprendentemente, bajo el oleoso lustre, brillaba también la exagerada redundancia del pigmento de su piel igualmente negra.

A través de los cristales se oyó sonar impaciente la sirena del BMW blindado, aparcado en Matignon y, sin duda, todavía tripulado por el Comodoro Dolmancé de la Rose, complacido pretendiente de la estrella tropical.

El trío se apresuró. Los Macoutes se despidieron con su acostumbrada brutalidad. Inopinadamente, el primero me dio un puñetazo que me hundió la espalda. El segundo, pateó mi costillar. Grandeur Nature se alejó suspirando, con su paso alado bajo el vuelo de su amplia falda blanca. En pocos segundos, el fantástico trío descendió, como un tornado, por las escaleras llevándose consigo el son. «*Mamiyá — sombé — mamiyá. Candombé — bembó — tamboré. Sensemayá — sensemayá…*». Todavía cantando, atravesaron el portal y se incorporaron a la comitiva que, escoltada por las escuadras de *Nonveau L’Ordre*, reemprendió su marcha camino de la Embajada.

En la soledad calmada de mi refugio pecador, casi sin respiración, retorciéndome por el dolor que me causaron las patadas de adiós de los gorilas, me debatía conformistamente entre tres ideas simples y conocidas: la rebelión de mi tizona, naturalmente enhiesta tras la séptuple exploración; mi trágico-heroico y ya asumido destino *maithuna* y, solamente, una satisfacción nueva: los pezones violeta de Baton Rouge que habían encontrado, al fin, dos montañas culminantes y

hermosas sobre las que coronar su pulposo estandarte.

Y también el soporte más adecuado para mi creciente ídolo de barro e imaginación: los piececitos babeados de Grandeur Nature, deliciosas miniaturas, talla 35.

# 12

Había sufrido y soportado la fría ambición, la inhumana voluntad dominante de Mme. Gongyla, la cruel ictiofagia de *Sir* Diederik, la indiferencia enamorada de Gigi y Blanche, o el encono mercenario y agresivo de los Macoutes, de los que todavía me quedaban huellas dolientes por todo el cuerpo.

Pero podía afirmar que el peor de todos, el más cruel y el más refinado, el más insultante especulador, el más repugnante exhibicionista de su cuna y su inteligencia, de su sangre y su libido, el más degenerado quizás, era Tirant de Lovelace.

Anticuario, traficante en bargueños e iconos coptos. Aristócrata y marxista, como Visconti. Contradictoriamente clásico y *snob*. Sutilmente maquillado con polvos de arroz, como Von Aschenbach. Tenaz atusador de su alámbrico bigote de antenas. Monóculo interpretando un tic galante. Cargado y repujado con toda suerte de adornos dorados: alfileres de corbata, gemelos, botones, pasacuellos. Perfumado con lo último de St. Laurent. Blandiendo un bastón de marfil con empuñadura de plata. Su elocuencia ostentosa la derramaba sobre dos únicos lenguajes antónimos: el arte y el marxismo. Y una pasión monoteísta a la que dedicaba la devoción de todo su discurso: el sexo, deslizándose en un alud de estremecedoras depravaciones.

Cuando me visitaba con su mujer, la esbelta, elegante, seca y autoritaria Gala Porcia, el atildado señor de Lovelace me la entregaba con un rendibú, callaba excepcionalmente y me dejaba hacer, mientras se sumía en la contemplación de mi ecléctica colección de copias pictóricas.

Cuando venía con su amante Zulmé Danton, una hermosa cuarterona, exreina de belleza de la isla de Guadalupe, apenas me utilizaba, pero exhibía su erudición, sin duda para

epatar a la ardiente criolla.

—Como dice Marx, sólo se supera lo que se suple. Gala Porcia no está, pero estás tú, Zulmé. Suplente e insuperable superadora.

Y se lanzaba al fuego fatuo de sus pasiones.

Tras vaciarse y llenarse y alcanzar la plenitud, mientras se vestían, el anticuario exhibía su otra pasión:

—Lo más difícil y lo que más admiro en la pintura es la genialidad de algunos artistas para reflejar en sus lienzos los estados libidinógenos de los amantes. En esta Madeleine de Hayez, por ejemplo, trasciende violentamente la postración postorgásmica. La forma en que se agarra el crucifijo, con la punta dirigida hacia su apagado cráter y la cruz hacia afuera, es indeclinablemente fálica. Pero lo mejor, la prueba del artista, está en reflejar la mirada, el impagable *regará*. En la Madeleine, Nayez ha conseguido incluso avivar las cenizas de la pupila ardiente, el brillo de la córnea. En este otro cuadro, «El beso del confesor», o en este otro del «Hermano emprendedor» del XVI o XVII, la relación es dialéctica. Se trata de un Eros transaccional. En la expresión de la campesina, vemos, como una imagen audible, el jadeo del amor que turbaba a Baudelaire. Y casi se puede tocar, a través de los hábitos del monje, la sangre excitando los cuerpos cavernosos del bendecido pene. ¿Qué otra maravilla que la mirada ardiente bajo el párpado discreto y entornado, o la erección fulgurante de la cúpula vulvar, aún medio oculta bajo el manto conventual, hay en esta otra monja con la que se quiso halagar a Diderot al óleo? Son piezas magistrales del arte, expresiones de estados de espíritu, en los que el pintor ha sabido reflejar como nadie la manifestación más natural, autónoma e irreprimible de la físico-química de la voluptuosidad, de la biología del sexo. No sin razón, Herbert Marcuse ha dicho que «todo el Arte nace en el Eros…».

Su erudición llegaba a aturdirme. Yo solía detener mis ojos en los cuadros cuya apología libidinógena hacía en mi presencia y trataba de asimilar su sugerente interpretación. Pero, al mismo tiempo, me esforzaba por mantenerme alerta. Porque el encantamiento, que surgía de su verbo de cicerón

ilustre, no debería hacerme olvidar que me encontraba ante un monstruo astuto, hábilmente enmascarado tras la coartada tranquilizadora del arte.

Pero, a pesar de estas prevenciones, nunca pude llegar a imaginar que aquel pedante pisaverde, arquetipo casi grotesco de una clase que odiaba, me obligara a hacerlo con la infortunada Sonnica. E indirectamente recordé, y maldecí cien veces, a Mme. Gongyla, a quien suponía dispuesta a todo, con tal de saciar la enfermiza sed de amor de su círculo de amistades.

A qué humillaciones debería haber sido sometida hasta entonces para que la pobre Sonnica incluso se alegró al verme por primera vez. Sonnica era una preciosa setter Laverack. Blanca y negra, moteada con preciosas manchas azuladas. Tenía un trote alegre, agradablemente dispuesta. En sus ojos brillantes se reflejaba el trágico destino a que el concepto atávico de la amistad conduce a toda su especie. Un sentido de la amistad explotado tiránicamente por quien hace las veces del jefe de la manada: el hombre, Gala Porcia, Tirant, Erasmo, Alexine, Gongyla…

Tirant de Lovelace me empujó sobre la perra, que retozó sobre mí con alegría y vivacidad. Pensé que de nada serviría resistirme y que cuanto antes empezara más pronto terminaría. Por lo que me dispuse, rápidamente, a mordisquear su hocico humedecido, mientras ella gimoteaba de contento. Luego le mordí las largas orejas, que tendrían unos quince centímetros y colgaban blandamente sin separarse de sus mejillas. Mi lengua resbalaba por las suaves guedejas de su pelaje claro y, como encaprichado por el fetiche de sus apreciadas manchas azules, me entretuve inconscientemente mordisqueando, con más aplicación, una mota de ese color que tenía en el centro de su oreja derecha.

Sonnica me aceptaba con evidente agrado, y me correspondía dándome lametazos por toda la cara. Descendí hasta su cola y continué mordisqueándola como a un falo. Tenía una longitud mediana, muy gruesa y recta. Le nacía, sin solución de continuidad, desde la línea del lomo, y su pelo lacio o ligeramente ondulado iba haciéndose más corto

hacia la punta. Sonnica reaccionaba a mis caricias con gimoteos. Deduje que estaba en celo, porque su vulva estaba hinchada, y creí ver y oler una secreción sanguinolenta, evidente signo de su estado.

Viendo que me entretenía en aquella especie de cosquilleo sin tomar ninguna otra iniciativa, Tirant de Lovelace me colocó sobre Sonnica, para que la ensartara, lo que tuve que hacer mientras la Laverack rompía en una especie de llanto, delicado como un susurro.

Aún tuve tiempo para girar mi cabeza y ver a Tirant de Lovelace, todavía con el sombrero de hongo puesto, la blanca camisa abotonada, los gemelos de oro luciendo bajo las mangas de su chaqueta de terciopelo, la aguja pinzándole su corbata de seda, pero cómicamente desnudo de cintura para abajo, sin pantalones ni ropa interior. Comenzó a masturbarse con la armonía lenta y pendular de un violinista, mientras contemplaba extasiado la que yo creía, en cierto modo, patética estampa de Sonnica sosteniéndose sobre sus cuatro patas, conteniendo el placer de mi obligada penetración.

Se cruzaron nuestras miradas, y debió sentirse reprobado porque me dirigió una especie de justificación envenenada de retórica:

—He aquí el placer egocéntrico de la masturbación, preliminar e inevitable. Es el encuentro de uno con el yo, el cierre del círculo perfecto. Todo ser vivo, animal o planta, se masturba o tiene que ser masturbado. Eso es lo que sin duda quiere decir el proverbio árabe: «La masturbación es como la planta del bálsamo; si no la frotas con los dedos hasta que entre en calor, no dará perfume alguno». Y, como, el bálsamo, soy yo.

Era difícil determinar si era más grande su perversidad, su inteligencia o su pasión por los sofismas. Por lo que traté de evitar cualquier nueva provocación involuntaria para rehuir males mayores. Retiré mi mirada y me concentré en Sonnica, con quien había llegado a un ayuntamiento que comenzaba a ser benigno. Pero el onanista lo era también con la palabra y me dirigió otro monólogo:

—Sigue, sigue así, Fritz amante —me dijo apretando los dientes, con la boca llena de espuma—. No olvides el sabio consejo del padre Marx: «La labor constante y uniforme destruye la intensidad y fluidez del espíritu animal del hombre, que encuentra gratificación y recreación en el mero cambio de actividad». Por eso yo cambio de actividad, y tú cambias de actividad, Fritz, ja, ja, ja… ¡cambias de actividad!

Cuando gritaba esta frase, bajo su aspecto de centauro, caballero y *dandy* por arriba, exhibicionista indecente por abajo, mientras practicaba el onanismo con su palo, y un onanismo todavía peor escupiendo por su boca los consejos marxistas, pensé que su demencia superaba su perversión.

Cuando llegó a tener el chuzo alzado, me arrancó violentamente de dentro de Sonnica y la penetró él mismo con decidida técnica. La setter dio un ladrido y avanzó unos pasos impulsada por la fuerza perforante del apóstol marxista, lo que, una vez más, me permitió observar la grotesca figura fornicante, agravada por la poca correspondencia y asimetría de sus respectivos tamaños. La pobre perra, aplastada por el peso del anticuario, pugnaba por mantenerse digna sobre sus cuatro patas, que se abrían oblicuas hacia afuera perdiendo la verticalidad, bajo su furioso impulso percutor. Por unos instantes vi la cabeza cuadrada y el pelo rojo de Erasmo de Burgenbourg sobre los hombros del anticuario. Una pesadilla rodeada de recuerdos y frondas de abedules, mientras Sonnica intentaba un tímido gemido.

Tirant de Lovelace apartó con su boca la cola del animal, para facilitar su martilleo, mientras se inclinaba sobre su lomo y con sus manos ensortijadas le acariciaba una a una, con mimo miniaturista, sus ocho tetillas sonrosadas, que se alineaban en dos filas abotonando su vientre. Las manos pasaban sobre las formaciones de tetillas con musical delicadeza. Sus dedos las retorcían una tras otra hasta que se elevaban en una suave erección rosada. El anticuario parecía haber encontrado en el óctuple frotamiento su mejor goce.

Yo, alejado a la fuerza de Sonnica, una vez más enhiesto y descompuesto, tuve que contentarme con las limitaciones de

mi papel de esclavo, mi triste función aperitiva, tratando de hacerme a la idea de que aquello había sido un nuevo capítulo de mi impenitente *maithuna*, y que la tradición tántrica era ya de hecho un componente inevitable de mi vida sexual cautiva.

—¿Te duele el despierto ruiseñor, Fritz? Pues ya sabes que la privación realza la percepción, y en eso los marxistas siempre han tenido razón. ¡Pregúntaselo a los hambrientos, a las vírgenes, a los castos…! ¡La privación realza la percepción…! ¡Realza la percepción…! Ja, ja, ja…

Tirant de Lovelace no perdía la oportunidad de humillarme y recordarme mi condición. Mientras seguía perforando la vulva viscosa y ensangrentada de Sonnica, que había aceptado ya de mejor gana el cambio de jinete y conseguía afirmarse sobre sus cuatro patas, sosteniendo el peso y absorbiendo el impacto incesante del encelado anticuario.

Tuve ocasión de fijarme, más detalladamente, en la hermosura y el impecable pedigree Laverack que lucía la perra. Su cabeza era delgada y alargada, con hocico penetrante como la punta de una flecha. Las arcadas ciliares sobresalían poderosamente de la frente. Tenía el *stop* muy bien marcado, el morro impetuoso y las fosas nasales muy abiertas y agitadas. Las mandíbulas mostraban un cierre cuadrado y firme. Los dientes muy afilados y sanos, encajando armoniosamente ambas arcadas. Las orejas largas, sedosas, elegantes y caídas, estaban humedecidas por mis mordiscos y los que ahora le obsequiaba el devoto marxista.

Me gustó su cuello largo y estilizado, con músculo tenso, atlético, sin papada, ligeramente arqueado y casi tan grande como la cabeza. El cuerpo era esbelto y simétrico a la altura de la cruz. El pecho orgulloso, muy profundo y voluminoso en el esternón. El costillar largo, abierto y convexo, las espaldas oblicuas y deslizantes, los omoplatos estirados y corredores.

Los antebrazos eran fuertes y robustos, tanto como para aguantar el pesado fardo del anticuario y mantener la vertical largo tiempo, sin que las oleadas de placer le abatiesen con

sus vértigos.

Las articulaciones eran anchas y fuertes, maratonianas. Los metacarpos, cortos, los pies ovalados, los dedos compactos y unidos, apretados como lapas sobre la moqueta violácea de mi cuarto. Los dedos aparecían graciosamente cubiertos de pelo blanco. Las patas traseras eran todavía más hermosas, robustas y firmes. Su belleza era tan admirable como inútil y finita.

Lamentablemente, la armónica pureza de su estampa, terminaba con el brutal apéndice de Tirant de Lovelace enchufado en su trasero, empujando, cargando todo el peso del cuerpo en busca del goce recóndito, como un centauro crepuscular intentando recomponer sus dos mitades.

De pronto, Tirant de Lovelace dio un tremendo gruñido, se vació sobre Sonnica entre escalofríos y cayó sobre ella, con las rodillas flexionadas, aplastándola sobre la moqueta y derribando su frágil cuatrípode.

La cabeza de Sonnica se quedó ladeada, retorcida contra el suelo, de forma que me crucé con su mirada. Una mirada llena de ternura y dulzura, que atravesaba sus ojos claros, expresivos e inteligentes.

Sobresaltado, noqueado por la expresividad e indefensión de aquella mirada, desperté de mi sueño. Me sentía aterrado, confuso, cargado de presagios.

Durante varios minutos estuve restregándome los ojos y mordiéndome las manos tratando de borrar las huellas de la pesadilla.

Me costaba creer que los sueños fueran todavía peores que la realidad que estaba viviendo.

Me ahogaba cautivo en Matignon.

# 13

Me costó sobreponerme a aquel sueño. Lo había vivido como una pesadilla, pero sus ingredientes me parecían completamente reales. No me hubiera sorprendido que Tirant de Lovelace fuera realmente miembro de la corte de amistades de Mme. Gongyla y que, tarde o temprano, acabara por visitarme acompañado de Gala Porcia, Zulmé o Sonnica.

Los cuadros sobre los que el onírico anticuario afirmó su erudición eran, en cambio, reales. Tenía ante mí a la atractiva Madeleine sedente junto a un árbol, sobre su blanca túnica, con el fálico crucifijo empuñado y la mística calavera. Y tenía ante mí también al depravado clero amante, cuya voluptuosidad quedó más patente en las palabras soñadas del marxista imaginario que en el propio lienzo. Me extrañó, en cambio, no haber soñado con un cuadro mayor, del que aquéllos eran sólo unos satélites, y que ocupaba un lugar más preeminente en las paredes de mi cuarto. Se trataba del retrato que muestra a las hermosas hermanas Gabrielle D'Estrées y la Maríscala de Balgany desnudas en el baño, al parecer anónimo. Siempre me turbó el gesto, a la vez femenino e incestuoso, insinuante y cómplice, de una hermana pellizcando delicadamente uno de los pezones de la otra, conmovedor indicio de secretas sensualidades. Sin querer me recordó a Gigi Denenes adorada por una Blanche Dubois mágicamente entrada en carnes.

Pero de ninguna de las cuatro tenía por qué preocuparme ahora. Era un lunes, y los lunes solía recibir la visita inevitable de Prudence Ermitage. Porque los lunes era el día sin función en el cercano Théâtre L'Odeón, en donde la Ermitage era soprano de la compañía de

repertorio. Y, desde que fuera madre, había tomado el ático de Matignon como el santuario purificador para una extraña terapia que desesperadamente parecía necesitar.

Sus visitas semanales me producían un sentimiento de curiosidad y una actitud de prevención singulares. Porque nunca contrataba ningún servicio concreto, a juzgar por la inactividad inusual de las luces-código, sino que, por el contrario, utilizaba la Rue Matignon como escenario donde ejecutar, a puerta cerrada, en un aislamiento totalmente interiorizado, una serie de excéntricos juegos en los que, casi siempre, yo resultaba un sujeto pasivo y, no pocas veces, sobresaltado.

Prudence Ermitage era una bretona treintañera, enjuta y tersa de carnes, educadas en la disciplina de la gimnasia rítmica, que había dado lugar a un talle fino y flexible como un junco al que, de no ser por la desconfianza que me producía el personaje, hubiera llevado con gusto a mi no olvidado, casi completo, cadáver exquisito. Tenía además unos hermosos ojos verdes, un rostro apretado y anguloso con perfil renacentista, coronado por una exuberante mata de pelo negro y rizado, peinado al estilo de las damas velazqueñas. Su reciente maternidad le había dejado una leve curva ventral que la humanizaba un poco, dándole un gracioso toque erótico que ella trataba de corregir oprimiéndose el cuerpo con un fino corsé elástico.

Venía siempre enmascarada con el vestuario del teatro, aprovechando los breves intermedios. Un lunes, con las túnicas imperiales de «Aida». Otro, preparada para «La sirviente señora» de Pergolesi. Otro, con tocado Decó de burguesa prenazi para «La ópera de cuatro centavos».

Nunca entendí tampoco a qué venía, ni qué porción de libido liberaba con sus desconcertantes, a menudo histéricos y siempre teatrales y granguiñolescos autoservicios. Unas veces daba saltos de primera bailarina, o lanzaba una potente nota con su voz espléndida de soprano ligera y me escupía hasta la extenuación. Otras, me pellizcaba insistentemente con el filo de sus uñas hasta hacerme brotar sangre. Otras, me enseñaba la punta de sus firmes pechos maquillados de azul,

mientras se masturbaba lentamente. Otras, me abrazaba hasta triturarme sin dejar de mirarse en el espejo donde interpretaba un lenguaje de mimo. Otras, me hacía lamerle de la cabeza a los pies, por encima de la ropa, sin permitirme siquiera respirar sobre su piel sonrosada. Alguna vez me azotaba con un látigo de siete colas y mango de marfil repujado.

Pero el último lunes todo fue distinto. Vino esta vez vestida de fauno, sin duda preparada para algún papel andrógino en «La flauta mágica», o quizás el del principal enano cornudo de «La siesta del fauno». Pero sea cual fuera la razón de aquella indumentaria, ésa es la última imagen que guardo de ella, en el lunes más intenso y activo de todo mi encierro en Matignon.

Prudence comenzó mostrándose conmigo extrañamente amistosa y maternal. Por primera vez me besó con cierto apasionamiento y me comprimió contra su pecho, en una especie de abrazo que me impedía respirar y que me resultó absolutamente anerógeno, quizás porque todavía estaba defensivo y prejuiciado por su inmoderado comportamiento anterior.

A pesar de lo enfajado que llevaba el cuerpo en su andrógino vestido fáunico, se esforzó en su ternura y en hacerme interesante su apretada anatomía. Evidentemente, por razones bien distintas a los ensayos de la ópera, Prudence Ermitage venía adornada con exagerada coquetería. Sobre sus mejillas nacaradas llevaba dos lunares postizos, especie de *postillons d’amour* que no recordaba haber visto antes, salvo en algunas láminas evocadoras de la corte de Maria Antonieta. Cuando se desabrochó las cremalleras invisibles del ceñido jubón, pude admirar la intencionada picardía de dos sutiles *révéleuses* colocados estratégicamente entre ambos pechos. Y al bajarse las calzas, me fijé en el delicioso *invitatum* que, como un semáforo, decoraba lo alto de su pubis, territorio en el que estaba seguro jamás llegaría a entrar.

Aun cuando no se había desembarazado totalmente de su

indumentaria, por primera vez pude descubrir las partes más secretas y mejor guardadas de su cuerpo, e incluso admirar la tersura satinada de su epidermis. Los postizos y maquillajes cortesanos no la hacían necesariamente más atractiva, simplemente reciclaban su odiada imagen y añadían magnetismo al inevitable placer mixoscópico.

De acuerdo con las experiencias precedentes, estaba preparado para que cualquier posible iniciativa de la cantante constituyera una sorpresa. Y así fue cuando me tomó entre sus brazos y empujó mi boca hacia su pecho, invitándome a succionarlo.

Aún no había reaccionado, cuando pude percatarme de que de su seno hinchado manaba un caliente hilillo de leche de madre que tuve que empezar a beber. Tardé unos segundos en encajar mi boca sobre su pequeño botón erecto, y, una vez que pude asegurar la lactancia, hice el vacío y aspiré suavemente. El manantial caliente y seco surgió inmediatamente sobre mi lengua, resbalando hasta la garganta. Era una mezcla acuosa, como de suero lechoso y espeso, junto con diminutos grumos lácteos. Me sorprendió su exagerada, casi empalagosa dulzura, la suavidad de su tacto y el que no fuera en absoluto pegajosa, como quizás me imaginaba.

Mientras engullía el caliente caudal blanco, todavía aturdido por la insólita revelación erótica, pensé inconscientemente en las cualidades milagrosas que la mitología atribuía a la leche de madre: un perro que la tomara nunca rabiaría. Si es leche de madre de niña, detalle que ignoraba, serviría como bálsamo relajante. Si es leche de madre de niño, salvaría el cutis de los estragos del tiempo. Y si es leche de madre y de hija, curaría eternamente de las enfermedades de los ojos. Hacía estas elucubraciones incoherentes mientras sentía cómo mi garganta, ya se estaba habituando al calor tierno y dulcísimo de aquel río materno, extraído y conducido con amoroso instinto por la loba bretona. Llegué a identificarme plenamente con mi jamás soñado papel de amamantado, quizá porque Prudence Ermitage interpretaba el rito lactante con genuina

funcionalidad. Dirigía su pecho hacia abajo, ordeñándolo con la presión de los dedos índice y corazón de su mano derecha, mientras con la izquierda sostenía mi cabeza, exactamente igual que las madonas de Boltraffio y Flamande. Creo que nunca me había encontrado más cómodo y amado.

Pensé que el extraño comportamiento tendría un origen maternal y no sexual, y que, por eso mismo, aquél no era ni el lugar ni el momento, ni yo el adecuado objeto de su amor instintivo. Pero pronto rae di cuenta de que no era más que una de mis simplistas apreciaciones y que la Ermitage no iba a tardar en mostrarse consecuente con su historial de sorpresas. Porque, mientras chupaba, ya casi con habituado y conformado gusto, la leche de sus fuentes, me di cuenta como todo su cuerpo iba adquiriendo una especie de tumescencia preorgásmica. La tensión muscular fue poniendo rígidas y estiradas sus piernas. Entornó sensualmente los párpados, como queriendo concentrarse exclusivamente en la sensación de devoramiento, de inversión de sus entrañas que le producía mi succión. Un rumoroso gemido surgía de su boca que se abría lenta, húmeda y sensualmente a consecuencia de la probable disnea. Sentía cómo el brazo izquierdo que me sostenía perdía su fuerza, se quedaba laxo, mientras sus dedos se hundían como duros clavos en su preñado seno. Su pecho latía velozmente asaltado por la taquicardia del deseo. Empezó a sudar. Las aletas de la nariz se le congestionaron. La mente y la conciencia la abandonaron y debieron salir disparadas de su órbita. Los lunares postizos, las *révéleuses* y el *invitatum* del pubis se derretían bajo la febril transpiración. Súbitamente, dio un suspiro desgarrado, relajó todos sus músculos y me liberó del abrazo pectoral, mientras flotaba en la sublimación del clímax.

Lleno de su leche dulce, tuve paz por unos instantes.

Sin embargo, apenas repuesta de aquella especie de orgasmo inverso, donde la mujer-receptáculo se sublevaba derramando el líquido más genuino en el fondo de mi estómago, Prudence Ermitage volvió a sus extraños comportamientos rituales de otros lunes. Dio unos breves y gráciles pasos de baile, como indicativos de final de un acto y

comienzo de uno nuevo, hizo una reverencia ante el espejo y se ató a la cintura lo que en principio me pareció un largo falo. En realidad se trataba de una flauta travesera de madera pulimentada y flexible.

Ni siquiera me dio tiempo a temer o imaginar lo que podría llegar a hacer armada del falso príapo, cuando ya lo había hecho. Prudence me atravesó por detrás, en una sodomización profunda con la que entendí castigaba ahora mi anterior comportamiento, involuntariamente licencioso, en el que por primera vez en nuestra larga relación semanal llegué a apoderarme de parte de ella misma en nuestra inesperada relación lactante. Su caritativo comportamiento había sido equívoco y aparente, y era evidente que, armada con su flauta, le había llegado la hora del talión. Y, mientras ayudaba, con su grácil impulso gimnástico, al movimiento de penetración, entonaba un aria preciosa que yo desconocía totalmente, con su voz de soprano ligera, voz de agua y de brisa, canto de sirenas y encantamiento.

Pero el bello sonido en absoluto ahuyentó el dolor que me estaba causando. Mi hasta entonces virginal ojo de cíclope, salvado del furor de Erasmo de Burgenbourg en los bosques de abedules de Chaumontceaux, había sido finalmente enhebrado por la fina flauta, cuya flexible madera y suave barniz no facilitaban la penetración ni aliviaban los dolores del brutal enculamiento. Sentía cómo mi intestino era tensado, una y otra vez, por la afilada punta del instrumento, arañando las delicadas paredes del tubo, mientras comencé a sentir sobre mi vientre y espalda un dolor distinto, aunque esta vez reconocible, cuando Prudence Ermitage me clavó sus uñas, como diez grapas, sumida en una especie de nuevo éxtasis místico, con la mirada obnubilada, bañada en una explosiva sudoración y una sísmica taquicardia que yugularon, de raíz, el punto más alto de su aria.

Tras su culminación, sentí un triple alivio. Las grapas de sus uñas se relajaron, aun cuando quedaron alojadas en los surcos que me abrieron. La flauta dejó de sonar en mi hemisferio y, suavemente, se deslizó hacia afuera, mientras mi ojo de cíclope trataba de cerrarse con la herida, y el

zumbido del aria dejó de asediar mi oreja.

A los pocos instantes, Prudence, infatigable, alojó su cabeza entre mis ardientes ancas y comenzó a practicar su tercer rito. Ahora, la caridad del beso. Por primera vez, me sentí bien y algo reconfortado en aquel inolvidable lunes anal. La soprano, de nuevo maternal y curativa, comenzó a besar la carne desnuda de mi herida. Sentí sus labios fríos y tiernos apagar mis llamas tumefactas. Metía la lengua hasta lo más recóndito del templo de Sodoma y aspiraba con intensidad, haciéndome sentir que el alma y el invisible espíritu se escapaban tras ella. El dolor anterior y el nuevo placer confluían en un punto en el que una nueva voluptuosidad estallaba. Me creía en manos de una diosa Shiva, cuyos innumerables dedos se hacían besadores y predicaban el mensaje de la paz orgásmica del Kama Sutra. Mis esfínteres se sentían aplacados y centrifugados hacia una órbita infinita en la que los besos eran fuerzas palpitantes, abrochadoras, combatientes e incendiarias, como en las religiones indostánicas. Eran tan penetrantes e insoportables, quemaban y herían mi llaga con tanto ardor, que creí caer en la misma locura que Rousseau besado por Eloísa. Sentí crecerme las alas y estar volando.

Pero nunca debí olvidar que estaba en manos de la imprevisible y cruel Prudence Ermitage. Y, cuando ya divisaba todo París desde la altura de mis nuevas alas, sentí el filo de unos dientes que arrancaban una parte de mí, junto a mi herida. Di un grito atroz y, en un movimiento reflejo del dolor, me aparté de ella que, en un nuevo trance histérico, se retorcía en el suelo con sus órganos y tejidos congestionados, presa de una tensión de acero.

Una vez más, convertido en objeto entregado a los malignos impulsos de quien me había alquilado o comprado por unas horas. Igual viajaba sin pasaporte a los cielos del placer que a los infiernos del dolor. No tenía libertad para elegir, decidir o pensar. Encerrado en una cárcel de terciopelo, caoba y plumas, apenas tenía oportunidad de ser más que un apéndice, un complemento, un falo necesariamente erguido, un ano receptivo, una lengua

siempre dispuesta para un ritual ni siquiera obsceno.

Empezó a darme vueltas en la cabeza una vieja idea latente. Había llegado, quizás, el momento de plantearme la huida de mi cárcel dorada, en busca de lo que, en un lunes como aquél, parecía más que nunca añorada libertad.

# 14

Me sentía con la plenitud del artista contemplando su obra. Me estallaba la vanidad en el pecho. Me humedecía la emoción de un secreto orgullo.

Sobre el pedestal de imaginario mármol de la gran sala de un museo, también imaginario, pero casi tangible, vivido en profundidad, se erigía mi más personal obra. Mi propia O. Mi cadáver exquisito. Un ser al que sólo yo conocía, que sólo a mí me pertenecía, al que podía dedicar mi amor.

Sobre la trémula estructura ósea de Blanche Dubois, tierna y a la vez firme y determinada, se mostraban todos mis trofeos. Arriba, coronaba la cabellera azabache de Monnalise, de reluciente y fuerte crin, adornando el óvalo del rostro de Elsa Cadillac, gris mirada de cervatillo, dientes de carcajada, cutis de terciopelo, carne de mermelada. En el cuerpo destacaban, con el fulgor de una estrella, los buscados pechos de Grandeur Nature, que sólo podían adornarse con la cereza violeta de los bien cortados pezones de Baton Rouge, que tanto tiempo esperaron hasta llegar al lugar de su reposo. El recientísimo talle de Prudence Ermitage revoloteaba como un pájaro, haciendo todavía más intrigante, más flexible y misterioso, el armonioso barro. Las manos de Lola Transilvania, que lanzaron mi jabalina hasta el fondo de su garganta de algodón, jugaban en los rincones del delicado ombligo, bajo el que se extendía el delta de Haydée La Courvoisier, con su musgo satinado, sus graciosos rizos y los pliegues coralinos abriendo la puerta de su profunda gruta sonrosada, cuya última hondura se hermanaba con la negra membrana de la cisterna de Gelsomine, el hemisferio más lunar, la pulpa más amasable de todo el firmamento. Como dos columnas del gran templo, los muslos de Thérèse de Loyole sostenían mi objeto enamorado, recayendo sobre los

piececitos brevísimos, y sutiles como manos, de Grandeur Nature, doblemente robada por mi sueño. Envolviéndolo todo, la epidermis transparente y rubia, de cristal suavísimo, de Gigi Denenes y el aroma exhalado por el cuerpo colectivo. Si acaso, el parpadeo, la mirada dulcísima de Sonnica en sueños.

Terminado ya mi objeto enamorado, dispuesto a ser finalmente poseído, nada me retenía en Matignon.

Como casi siempre, los timbrazos a ritmo de morse interrumpieron mi ideal imaginario. Tres cortos y tres largos. La señal convenida de dos viejos conocidos: el príncipe laosiano Hoa-Ci-Ninh, y su esposa, la zíngara Esmeralda. Los dos capaces de acabar con mi último resuello, mi mermada capacidad de aguante en Matignon.

En la mirada espesa y legañosa, en los ojos turbios de estupidez, la pupila dilatada por la droga, podían leerse las claves de la espantosa historia del príncipe.

Era casi imposible hallar, en aquel autómata dependiente, la huella real de los Suvanu Vang, una de las ramas de la familia reinante en Laos antes del desastre bélico y el desmembramiento de la península indochina. Al París del nuevo socialismo, Hoa-Ci-Ninh había llegado corrompido por casi todo: las drogas naturales y químicas, el hambre, la sangre, la guerra, los animales, las mujeres, el odio a los americanos… Todo estalló sobre su delicada crianza oriental rodeada de placeres refinados, de oro y riquezas, de fragilidad y sutiles debilidades. Había sobrevivido a la guerra más cruel de la gran postguerra, pero, a cambio, había dejado en el camino jirones de sí mismo. Prisionero de tormentosas desviaciones, venerador de grotescos fetiches, Hoa-Ci-Ninh era al mismo tiempo un monstruo y una víctima, devoto de un rosario de idolatrías que, no obstante, al desencadenarse, podrían hacerle inmensamente feliz.

Durante diez años luchó heroicamente con el Cong, y la batalla de
Bong-Kai
marcó para siempre su vida sexual y emocional. Porque, perdido de su unidad en la estación de las lluvias, sufrió una

ofensiva americana de napalm y dioxín. Del dioxín, el temible agente naranja, le quedó la huella del veneno en sus entrañas, las manchas verdes en su piel principesca. Del napalm pudo librarse sumergiéndose en el
Me-Kong
, donde pasó diez días y diez noches de horror subacuático. Respiraba por la boca a través de una caña hueca y apenas cada media hora sacaba la cabeza para tomar por la nariz el aire envenenado. En aquellos diez días sólo se alimentó de algas, raíces frescas, renacuajos y anguilas vivas. La jungla defoliada y calcinada lo mantenía prisionero de las aguas, convertido en deseado objeto fluvial. Su cuerpo se había transmutado en una especie de esponja anfibia, totalmente adaptado al medio acuático.

Su inmersión en los lodos del Mekong convulsionó y pervirtió por completo su sexualidad. Ahora, el príncipe Hoa-Ci-Ninh, a pesar de haberse casado con la bella zíngara Esmeralda, tapadera de lujo del anfibio, sólo podía amar con animales fluviales, batracios, sapos, bufónidos y moluscos, sanguijuelas, víboras y saurios de todo tipo. Desde hacía unos pocos años residía en París. Como recompensa a su heroica guerrilla, disfrutaba de la dignidad de embajador y, naturalmente, frecuentaba los círculos donde Mme. Gongyla
Gérard
D'Estaign
tenía instalado su escaparate de promoción permanente.

Esa era la historia de aventura y horror que podía leerse en la expresividad de su pupila dilatada. Lo que su perversión significaba en el terreno de los hechos había tenido ocasión de conocerlo anteriormente, y mi último servicio en Matignon no lo olvidaré jamás.

La pareja entró en mi gabinete como siempre, tratando de ganar mi confianza con sus ademanes delicados, ceremoniosos, impregnados de la finura asiática. El príncipe, como todo oriental, exageradamente cortés, vestido con el sedoso quimono de mandarín, con sus manos escondidas en las mangas anchas y frailunas, y su gorro de semicono invertido cubriéndole la incipiente calvicie.

Desde su última visita, Hoa-Ci-Ninh se había dejado crecer las uñas, ahora largas como las de un gurú. Tenían doce o quince centímetros y se enrollaban sobre sí mismas en sucesivos giros helicoidales que le impedían prácticamente toda función prensil y hacían más necesaria mi ayuda en el rito sexual que venían a oficiar.

Frente a la imagen atormentada y el fetichismo onanista del laosiano, destacaba la belleza cetrina y contundente de la zíngara Esmeralda. Vestía un largo sari de seda negra, que creaba un campo continuo con sus cabellos atezados, largos, espesos, rizados y salvajes, y su mirada profunda y oscura, de misterio y de luto. El sari, adherido a su carne, revelaba su ideal desnudez. La finura deslizante del tejido creaba la sensación óptica y turbadora de los paños húmedos escultóricos, formando y deformando continuamente un territorio de deseables curvas. Esmeralda era como una tránsfuga ateniense, aparecida de piedra y ébano. Cariátide, afrodita, ariadna y ninfa a un tiempo, explosionando su tiernísimo mármol bajo los pliegues negros de la túnica. La delicada curva del vientre, la cadera afirmada, los senos imperiales rematados por dos puntas de fuego, el monte de Venus prominente y sutil como un fruto escondido: Esmeralda, bajo su vestido desnudador.

Hoa-Ci-Ninh me saludó con una de sus reverencias palaciegas, desanudó su quimono y se quedó completamente desnudo, dejando visibles las cicatrices de la metralla americana y la prematura rugosidad de su piel, moteada con algunas manchas verdosas y extrañas zonas de musgo dérmico, a causa de su larga inmersión en el Mekong y los efectos del dioxín.

Esmeralda le imitó. Abatió su sari negro, haciendo desaparecer la humedad del mármol imaginario de su túnica, y, bajo los pliegues satinados del vestido desnudador, surgió la metáfora inversa de su desnudez irrepetible, su silueta de diosa, su piel aceitunada y brillante, sobre la que centelleaban, como dos azabaches tallados, dos pequeñas verrugas bajo las curvas del pecho.

El monte de Venus, liberado de la adherencia

estimuladora del sari, impuso su triángulo de tierna firmeza, moteado por un pelaje ralo y alargado, que dejaba ver su boca vertical entreabierta, los labios húmedos y rojos, carnosos y hermosamente descolgados.

Esmeralda sabía que, hasta ese momento, no podía más que admirarla, distraer mi mirada en su compleja venustidad, al tiempo que la alejaba de la piltrafa postbélica de su esposo. Y sabía también que, a partir de ese instante, mi voluntad quedaba entregada al ya emitido código índigo, y que mi entrega no iba a ser apasionada.

—Y ahora que Fritz ya me ha amado y devorado con la vista, vamos a ambientar nuestro nido con los perfumes del amor —dijo, mientras perfumaba la habitación con un pulverizador de opalina.

—He aquí la fuerza de la orquídea y el fósforo, la cantárida y la ortiga, el vino añejo y el pelitre. Y, sabes, hoy, exclusivamente para Fritz, una sorpresa: ¡opio!

Me sentí aturdido por la invasión aromática. Los ojos se me humedecían con lágrimas picantes. Las pituitarias se excitaron, las fosas nasales se hicieron grandes y jadeantes. Se me erizó el pelo. Ni Hoa-Ci-Ninh ni Esmeralda necesitaban ni mi erección ni mi impotencia. Sólo precisaban de mi obediencia diligente y mi voluntad entregada, por lo que atribuí la efusión afrodisíaca a sus propias necesidades o a un intento desesperado por ganar mi entusiasmo para un ritual que sabían me repugnaba y en el que sólo me correspondía una función pasiva.

Con el aire cautivo, atiborrado del perfume excitador, la pareja comenzó la ceremonia. El mandarín se aplicó unas esposas de hierro en sus tobillos y en sus muñecas, y pidió a Esmeralda que las sujetara a la pared con unas argollas magnéticas. Hoa-Ci-Ninh quedó inmóvil, con la espalda sobre la pared y las extremidades en forma de equis, como los mártires medievales. Esmeralda perfeccionó aún más su inmovilización anudándole el cuello con una gargantilla de cuero, de la que nacían dos pequeñas cadenas que llegaban tensas hasta los tobillos. A continuación, la zíngara sacó de un estuche de plata dos sanguijuelas y las aplicó sobre las

tetillas de su esposo. La triple mandíbula de sus ventosas se acopló con furor succionador sobre el erecto pezón del laosiano, quien a los pocos instantes se deshacía en alaridos placenteros.

Inmediatamente, situó sobre la moqueta, a poco más de un metro de su esposo, una pequeña repisa de marfil y laca. De un saco de arpillera fue sacando, uno a uno, media docena de sapos que, como amaestrados en el ritual, fueron saltando sucesivamente sobre la repisa, formando una especie de batería antiaérea. Una vez se acomodó el último de ellos, a una especie de unísono sin señal convenida, comenzaron a escupir intensamente sobre el cuerpo del mandarín, que recibía los impactos con creciente alborozo, contorsionándose y retorciéndose en su limitada movilidad y entrando en una especie de delirio voluptuoso y éxtasis de rigidez. Por otra parte, la ventosa de las sanguijuelas había comenzado a surtir efecto, y de sus tetillas manaban dos hilillos de prometedora sangre clara.

Organizado el pequeño zoo que atendía al mandarín, Esmeralda dispuso el suyo. De la misma bolsa de la que extrajo los sapos, sacó dos limacos oscuros que colocó sobre su cerviz para que caminaran de arriba a abajo por su columna vertebral. Otros dos caracoles gigantes los situó sobre la auréola de sus pechos, que adquirieron una inédita forma decorativa, coronados por las dos conchas helicoidales. Y, finalmente, otras dos babosas las puso sobre su cintura, desde donde dominaban su pletórico arco pélvico.

Convenientemente preparada para el húmedo masaje molusco, Esmeralda se sentó sobre sus nalgas cruzando sus piernas en posición yogui. Inclinó su cuerpo hacia adelante llevando la cabeza muy cerca de su cavidad rosa, poniendo frente a frente sus dos bocas. En una acrobática contorsión, elevó sus dos piernas y las cruzó por arriba de su cuello, en el límite con el territorio de los limacos. Su fruto de mar abrió, de par en par, la madreperla, que empezó a lamerse con fruidores lengüetazos. Esmeralda cerraba su propio círculo de amor autosuficiente, enfrentadas sus dos bocas, besándose intensamente sus seis labios. Venus y Onán superpuestos en

una perfecta copulación circular.

El código índigo me ordenaba permanecer pasivo y vigilante, lo que, pese a no implicarme íntimamente, me repugnaba. Por una parte, debería ocuparme de que el coro de cañoneros que cubría al laosiano no dejase de funcionar. Para ello tenía que reordenar de vez en cuando las posiciones de la batería de bufónidos, soplando sobre sus colas y azuzándoles con mis manos para que en ningún momento dejaran de escupir sobre su dueño y víctima. Pude, así, casi beberme con los ojos la repelente fealdad hipnótica de los seis bufos. Su piel era como una gelatina mucosa y verrugosa, palpitante como un corazón verde que lentamente se hacía mimético y se teñía de tonos pardos. Sus ojos eran redondos y prominentes, rodeados de grandes bolsas nocturnas. Parpadeaban con frecuencia bajo sus membranas móviles y semitransparentes, y adoptaban en el rito insultante de la expectoración un gesto de parsimoniosa tristeza. La posición de sus cuatro patas, gruesas, flexionadas las delanteras, pentadáctiles y palmípedas las traseras, me recordaba a los sapos de los relatos mitológicos o a los sapos de piedra de las fuentes. Pero lo que más me impresionó fue su dócil dedicación, su entrega casi inteligente y el misterioso impacto que arrojaban por el semicírculo de una boca grande y roma y, sorprendentemente, desprovista de dientes.

Alternaba mi nodrizaje sobre los sapos con una labor menos anónima sobre el cuerpo de Esmeralda quien, inmovilizada, comiéndose sus gajos rojos, estaba a merced de los tibios parásitos. Mi misión consistía en mantener uniforme y limpio su pavimento epidérmico. Para ello tenía que lamer los rastros de las babas que dejaban los moluscos al arrastrarse por su columna vertebral, por los pechos y el vientre, y cuidar de que ninguno de los pequeños corredores se introdujera irremediablemente en sus agujeros de amor, reservados para sí misma.

Hasta aquella última tarde no pude vencer la repugnancia que la pareja me causaba, gracias al admirable microcosmos que descubrí sobre la piel de Esmeralda.

Me aprestaba a rebañar la primera película viscosa que

habían dejado los limacos sobre el tallo de su espalda. Acerqué mi boca a su última vértebra para lamerla, ascendiendo. Fue entonces cuando mis ojos hallaron el más deslumbrante paisaje que jamás habían visto sobre el valle dorsal. La epidermis adquiría un aspecto tornasolado, irisándose bajo la luz equinoccial del verano de París. Mis pupilas, venciendo las leyes ópticas, se dilataron ante el asombro de la irrepetible reflexión. La curvada espalda se agigantó como un territorio inmenso. Los poros de la piel se abrieron como cráteres de charol palpitante. Subí lentamente, vértebra a vértebra, y, entre las reflexiones iris, se revelaba la materia de su pigmento aceitunado, suave como el armiño y, como el armiño, probablemente, durante el invierno, blanco. Más arriba, divisé una formación de delicadas pecas, que levantaban sobre la cordillera vertebral pequeños promontorios pardos. A ambos lados del firme espinazo descendían, como laderas, levísimos céspedes de pelusilla rubia, en vital contraste con el tizón de todos sus cabellos. Mi lengua barría centímetro a centímetro el rastro salado y pringoso de los limacos, casi con deleite, porque mis ojos seguían recibiendo la reconfortante revelación de la visión microscópica. Llegué a una constelación de lunares casi azules, inapreciables a simple vista, y que bajo el brillo salivar centelleaba como una formación de estrellas. Y un poco más arriba, casi sobre el cuello, descubrí la sutileza admirable de un tatuaje infinitesimal, mínimo como un grano de arroz, grabado con mimética tinta de color carne y que representaba la imagen de una bandada de limacos, alados como ángeles. Gracias al rastro indecente de las babosas y a la luz equinoccial del largo día de junio, pude visionar un paisaje cuya hermosura desafiaba a la del más bello espejismo. Pude también vencer, por unos instantes, mi hastío y guardar un emocionado recuerdo en el fondo de mis ojos del moreno dominio de Esmeralda.

Ya limpio su asfalto dorsal, mi actividad respecto al mandarín se reducía a la de un mero celador. Los sapos proseguían escupiendo con deportiva combatividad, especialmente el más grande, un sapo hembra que se

esforzaba en dirigir sus pelotazos sobre el musgo verde y rizado que cubría los testículos del mandarín, que encajaba cada impacto con una convulsión preorgásmica. En sus tetillas las sanguijuelas chupaban con regularidad alimenticia la sangre pectoral, que se derramaba en un lento canal líquido que le llegaba hasta las esposas de los tobillos.

A sus pies, Esmeralda se amaba a sí misma. Tenía la cabeza totalmente sumergida en los fondos marinos de su virgo. Su cabellera ensortijada y feracísima revoloteaba entre sus dos piernas, y su venustidad invicta se ovillaba en un círculo de finitud. Su *cunnilingus* era como un clamor. La belleza excesiva de sus dos bocas estallaba en una combinatoria química imposible, mucosa sobre mucosa, saliva contra secreción, resueltas en un rugir de garganta ronco y eufórico. Las dos babosas, desmandadas de su ruta ventral, se apoderaron del pabellón auricular rompiéndolo en mil fragmentos cosquilleantes. Y los dos caracoles, escondidos bajo sus conchas, ponían un definitivo toque Art Decó a la esfericidad planetaria de sus pechos.

Al cabo de un tiempo incontable, Hoa-Ci-Ninh, tras recibir el enésimo salivazo sobre el musgo verde de su colgajo, lanzó una eyaculación potentísima y certera que, como el fuego de un lanzallamas, se estrelló sobre el sexo, los cabellos y la lengua de Esmeralda que, llenas de espuma, explosionaban en un orgasmo simultáneo.

Escapándome del código índigo, fascinado por la gova marina de Esmeralda, aún obsesionado por su paisaje dorsal, caí en la locura y uní mi boca a las dos suyas, viví su seísmo, me impregné de la lluvia caliente del mandarín, de su sabor a almidón, a fresas ácidas y almendras amargas, y del mosto derretido de la zíngara que hervía con un *geiser* inundando sus gajos rojos.

El matrimonio, al unísono, dio un grito de felicidad y liberación. Ante esa advertencia de lucidez recuperada, suspendí resignadamente mi intromisión en las profundidades de Esmeralda y me retiré a un segundo plano. Los bufónidos y los moluscos detuvieron también su actividad, como avisados por la ritual sirena de una fábrica. Reparé una vez

más en la fealdad de los animales y me invadió de nuevo el asfixiante hastío.

A los pocos instantes, Esmeralda deshizo su acrobática llave muscular, retiró las pantorrillas de su cuello y se puso de pie tras besar dulcemente, por última vez, los abiertos gajos rojos de su boca vertical. Fue recogiendo, uno a uno, a los extenuados animalillos y los devolvió a sus bolsas. Abrió las esposas del mandarín quien, todavía aterido por los últimos temblores de placer, hizo unos ejercicios de desentumecimiento con deportiva naturalidad.

Se vistieron con sus piezas únicas y se alejaron tras despedirse con una reverencia.

Cuando mirara, como con una lupa, la piel babeada de mi cadáver exquisito, a quien muy pronto amaría bajo la caliente luz equinoccial, volvería a ver el paisaje de Esmeralda.

Además, en ese mismo instante, ya había terminado de tramar el plan de mi escapada.

# 15

Había decidido llamarle O. O como Omphalos. O como Odette, como Ofelia, como Orianne. O como Ourika, como Opienne, las mujeres guerrilleras. O. O como O. Aunque era evidente que nuestras historias habían dejado, quizá, de parecerse, sentía que en O me desdoblaba, perduraba mi capacidad de amar. Quizás un amor hacia mí mismo.

En aquel cuerpo nuevo, sintético y distinto, hecho, parte a parte, con oleadas de amor y locura, con sacrificios tántricos, arrebatos de imaginación y sexo lento, espejismos cabalísticos, alucinaciones, presagios y fúlgidos *flashes forward*, había concentrado todas las fuerzas de mi supervivencia. Los restos del naufragio de mi amor atormentado.

Su belleza era perfecta. El conjunto de todos sus miembros desplegaba ante mis ojos una confabulación de serenidad y deleite. Era una visión sensible donde realidad e idealidad se confundían en una cabellera morena, un labio frutal, un delta soñado. Todo su cuerpo era como un atributo escolástico, un resplandor más allá de la materia sensible. En el cuerpo por mí creado se unían, por fin, en cósmica copulación enamorada, la imaginación y el entendimiento, la razón y la locura, lo absoluto y lo tangiblemente relativo. Centímetro a centímetro, de arriba a abajo, de adentro a afuera, podía sentirme orgulloso de mi obra. Mi O amante y amadora.

Si acaso, tratando de liberarme de ciertas obsesiones, hubiera maquillado de rojo los pezones-talismán, como hicieron las esclavas-verdugo de Roissy sobre el embrión asalmonado de la verdadera, la original O.

Con el mismo lápiz de labios justiciero, en un rito de enamorada posesión. Sólo hubiera bastado dar una vuelta a

la base del estuche de concha, y la uña de grasa afilada, el dedo carmín acusador, el falo cosmético habría constituido una erección enamorada ante la visión cercanísima del quimérico pedúnculo. Relamiéndose como una lengua rígida y resbaladiza, el lápiz hubiera trazado pequeños circuitos sobre la rotunda auréola, regando como un río de savia monocroma, una a una, sus cientos de invisibles y visibles estrías, ascendiendo finalmente por el monolítico cilindro hasta su cúspide cortada e iluminando de rojo incluso el cráter de la suprema incisión. La capa de óleo y anilina daría al totémico brote la imagen perfumada y ambigua de un arma sexual agazapada, de una violenta fruta de la pasión, comestible y retadora, agua de sangre y pulpa madura entre los dientes.

Como la quería libre, habría renunciado también a las otras servidumbres del ritual. La O de Matignon había nacido sólo para mí, desnuda y en libertad. No necesitaba los guantes de cabritilla ni el collarón de zorro plateado que nimbaba la chaqueta de cachemira con la que llegó inocente a Roissy. Ni el fetiche liguero de encaje abrochado a las medias malladas con los pasadores de oro y pedrería. Ni la sumisión incondicional, ni su amor loco y preso.

Yo la absolvía, la regeneraba de todas las humillaciones de Roissy. Le abría para siempre la ajorca de hierro que abrazaba su cuello dórico. Abatía su antifaz negro que ocultaba sus ojos de las hipócritas ceremonias. Soltaba las esposas-pulseras que le encadenaban a la mazmorra nocturna. Mandaba a otra caverna el cruel refinamiento del dilatador de esfínteres que ella ya no necesitaba. Rompía el pasador de los anillos colgantes que pinzaban sus ninfas. Deshacía la implacable sucesión del tiempo y, como en una cámara cinematográfica de marcha invertida, devolvía al negativo nonnato de la imagen las medallas de fuego que marcaron sus nalgas con el sello dominante de su antiguo señor. Reducía uno a uno, hasta la nada, los golpes de posesión y punición que recibió del látigo más voluptuoso, y su piel recobraba su dulzura original de belleza recién nacida entre la apoteosis. Incluso la piel más tierna de todas, la piel

de los labios del tesoro del sur, la más castigada por el nudo voraz y los siete flecos de cuero, nacía otra vez, nueva y feraz, intacta, predispuesta, escarlata.

Y así quedó ante mí, con su desnudo primigenio que flameaba del rosa carnal al blanco eucarístico, nutrida por mi exorcismo, liberada de los diablos de Roissy, con la secreta emoción de una primera noche de amor y la flor frágil y amotinada dispuesta a derramar su fiel mar lacrado.

Se desenroscó poco a poco mi serpiente dormida, se desentumeció la espiga, avivó el vuelo el buitre, se encendió el tulipán y, al erigirse la torre, sentí cómo bullía dentro de mí la impaciente simiente blanca, mientras me sentía, al fin, liberado del juramento tántrico.

Nos aproximamos con la sinfónica solemnidad de dos astronautas en una cita espacial. Ingrávido, me acerqué a mi nueva O y puse un beso iniciático en el centro de su flor espesa, mojando levemente, uno a uno, sus estambres de luto. Subí mi boca hasta sus labios irreales y sentí cómo se deshojaban dulcemente como un agua golpeada. Presioné sus adorados pechos, que se incendiaron como pavesas, y, entre aquel fuego purificador, aplasté con mis dientes las endurecidas yemas, rompiendo el brillo neón del carmín, que impregnó de falsa sangre, de húmedo ardor, mis afilados y ansiosos dientes.

Resbalé por la frescura de su talle, bebí la respiración de estío que impregnaba, poro a poro, su brillante tegumento, acaricié sus costillas musicales que derramaron un arpegio. Me hice agarrar por sus muslos de firme arquitectura, sus manos magistrales. Aplasté la potestad redonda de su culo lunar sobre la moqueta lila, que se encogió crepitando de ternura.

Busqué con mis manos, mi boca, todas mis extremidades, la cisterna venial que acabé custodiando en sus profundos círculos.

Finalmente, llegué con mi serpiente despierta, el desenvainado alfanje, hasta los límites del delta que estalló en un rumor de rizos negros. Como una boca hablante gesticularon sus ninfas y se abrió el claustro sonrosado

acariciado por una música inquieta.

Casi me sentí libre. Matignon quedaba en una órbita lejana. El bestiario de Mme. Gongyla se hacía insignificante, inofensivo, frívolo, desdentado, ante mi poderosa, nueva libertad de amar. La penitencia tántrica había quedado al fin cumplida, extinta ante la nueva O, el objeto colosal de mi única preferencia, de mi nada oscuro deseo.

Mi humedecida cerbatana se perdió en el laberinto. Conquistó sus galerías en busca de la fuente de sus bálsamos. Luchó hasta el fondo tratando de impregnar sus cavidades invernales, clavar el ancla, hacer sentir el deseado aluvión, el gran desbordamiento.

Sentí hervir por dentro un tropel de bestias dulces. La ofrenda rehusada en cien *maithunas* de dolor sacrificado, llamaba ahora a las puertas, hinchaba mi ballesta en una ebullición plural y planetaria. Allí estaba de nuevo, al fin, yo mismo, mi propia esencia, el recobrado ungüento blanco que sólo me robó unos instantes la vampírica felatriz americana. Toda la materia contenida se agolpaba, ahora sí, dispuesta a cumplir su destino, ultrajando el juramento tántrico, en la misma frontera de toda la libertad del mundo.

Era como volar por encima de las arboledas perdidas de Chaumontceaux. Comencé a sentir las convulsiones iniciales atravesar mi cuerpo, oprimir mi garganta, golpearme con relampagueantes rigideces. Me sentía ensartado interiormente por un bastidor de espinos.

Inesperadamente me recorrió por dentro el trueno de una carcajada en brumas. Un ruido insolente, obsceno, indecente, depredador, conocido. Abrí levemente los párpados viajeros, y un haz de luz violó mis pupilas desde el mismo origen donde la carcajada refulgía insultante. Era un contraluz hiriente y cegador: la silueta operística e inolvidable, la agilidad felina, la cabellera de mil medusas, la dentadura hipostática, la túnica azul, la capa roja, los pies grandes de Mme. Gongyla Gérard
D’Estaign
. Y su voz, enredada en la risa:

—¡Fritz se ha enamorado! ¡Fritz se ha enamorado de la

moqueta…! ¡Está jodiendo con la moqueta…!, —y, otra vez, la carcajada omnipotente.

Traté de cortar mi propulsado *geiser*. Se me hizo agua la cabeza, la memoria, se disolvió el tiempo. Estaba envuelto en un haz de luz exterminadora. Intenté retener mi tormenta, hice fuerza hacia adentro. Como una hidra devorante, el sonido de la carcajada me inmovilizaba. Traté de invertirme, de volverme del revés. La silueta entre llamas, junto a la puerta, me deslumbraba. Hubiera querido desintegrarme, desaparecer, ser otro. La onda sonora de la obscena risa daba vueltas a mi cuello, ahogándome. Quise contener la inevitable explosión blanca que, al fin, inexorablemente, vergonzosamente, atravesó mi vértice, subió en atropellados borbotones, violó mi raya. Se derramó sobre la moqueta, en varias oleadas convulsas, mientras en mis oídos se agolpaba la sangre humillada por la voz testificante: «¡Se ha enamorado de la moqueta…! ¡Se ha…!».

Sentí el picor inevitable de la copulación interrumpida. Me atrapó el dolor, la convulsión vagamente epiléptica de un seísmo sesgado. Una sensación roja y picante que me pellizcaba, mientras las hidras de su risa seguían apretando mi cuello inflamado por el odio.

Desconcertado, humillado, buscando mi propia desintegración, me bebí gota a gota la equívoca simiente. Su sabor amargo y vegetal, ácido y mordiente, me supo, por unos instantes, a sutil veneno purificador, sin retorno posible. Aplasté mi cerbatana exprimida contra la moqueta violada, me fundí con ella, tratando de retener, recuperar el espíritu, lo que quedara de O. Apreté con fuerza los dientes hasta casi romperme las mandíbulas, que se encajaron, una contra otra, como dos erizos amándose. Retorcía mi frustración en inútiles espasmos musculares. Intentaba romperme en añicos. Obturaba los oídos. Cerraba los ojos.

El haz de luz y la silueta obscena desaparecieron tras la puerta, llevándose los ecos venenosos de la risa.

La sangre de la venganza me golpeó los ojos como una invectiva roja.

# 16

Por las rendijas de la puerta entreabierta llegaban, transportados por la brisa interior, rescoldos de la música. Podía percibir la percusión y los pianos ascender con el aire caliente desde el piso de abajo.

Empujé levemente la puerta, con vidrieras esmaltadas de motivos bonsai, pájaros y cetrería que, como único horizonte posible, limitaron, obsesivamente, mi libertad, y mi corazón empezó a latir como una ametralladora en trance, al percatarme de que la puerta había quedado abierta.

Como un señuelo hipnótico, el concierto me arrastraba en una dirección concreta. Los coros latinos, las risotadas de los actores enmascaradas en el silbido de las maracas, crecieron en intensidad al dar el primer paso tras la puerta. Atravesé el umbral, dejé atrás para siempre el rótulo del dintel: «Estamos solos y somos tres», y sentí que había dejado de pertenecer para siempre a aquel tiránico triángulo.

Intuía que estaba ganando, poco a poco, la libertad soñada, mientras avancé unos pasos en dirección al origen de la música, atravesando la pequeña antesala. Me sobresalté al divisar, apenas al otro lado del vestíbulo, el hueco vertiginoso de una escalera de caracol. Helicoidal y con los escalones al aire, como la de Chaumontceaux. La asociación de ideas dio un vuelco a mi agitado corazón, mientras la claridad cristalina y la metálica dureza de la cantata medieval me arrastraban hasta el hueco con la pasión de un vértigo. Poco a poco, con un sigilo emocionado y precavido, fui descendiendo los escalones de madera.

Los últimos peldaños de la coqueta escalera que unía las dos plantas del *penthouse* me llevaron de bruces ante el que sin duda sería el dormitorio de Mme. Gongyla Gérard D’Estaign

, la serpiente riente. Una habitación trapezoidal, sostenida por una columna de mármol rosa. La música inundaba, hasta aturdirme, los cuatro lados irregulares del trapecio, y golpeaba de una pared a otra como el oleaje de un mar cautivo. Los coros musicales arreciaron: «*Vivamos, mea Lesbia, atque amemus*…». El sonido se había apoderado de la habitación con la lírica violencia de un amor perfumado de cantos.

Con los oídos colmados por la música, me percaté de que me había quedado inmóvil, como paralizado, observando las imágenes que llenaban mis ojos a pesar de la tibia penumbra. Emocionado, me invadió la certeza de que me encontraba en pleno territorio sagrado de Mme. Gongyla, y se me reafirmaron en los ojos, de nuevo enrojecidos, en las sienes golpeadas, los deseos de venganza.

La habitación estaba decorada con el gusto exuberante que cabía esperar de su portentoso ángel durmiente. Paseé la mirada buscando a mi verdugo, y me encontré a mí mismo, reflejado en presuntuosos espejos venecianos de cuerpo entero, tras los que se multiplicaban cuadros y cerámicas, miniaturas y porcelanas móviles. Sobre la pared más pequeña del trapezoide, toda ella tapizada de rojo sangre, se apoyaba una cómoda antigua de palosanto. En frente, un tocador de ébano con tríptico, sobre el que se alineaba la delicada exquisitez de un arsenal de tarros de opalina y frascos de perfume, un juego de plata de cepillo, peine y espejo, esencieros de cristal tallado de Murano, artilugios de belleza para realzar su sonrisa insolente. Entre los rosetones del techo artesonado, dos lámparas holandesas, sobre cuyo cristal se estrellaba el viento de la música como el glissando de un aéreo xilofón estereofónico. Todo, en torno al gran solio que se erigía en el centro de aquella abigarrada colmena de semiótica decorativa: la gran cama con dosel y cortinajes de terciopelo, colgados de cuatro barras doradas, sobre la que, sin duda, descansaba cada noche la perversión opulenta de mi hasta aquel momento verdugo y dueña, y a partir de ese instante objeto innegociable de mi obsesiva venganza.

Estaba absorto contemplando la ecléctica exhibición

decorativa, cuando reparé que al fondo del trapecio, en una *chaise-longue* damasquinada de rosa asalmonado, entre una nube azul de aromas de láudano, sobre un edredón de raso acolchado, yacía gigantesca, ondulante, letárgica, satisfecha, provocativa, con su sonrisa vertical estallando en una carcajada de sarcasmo, la mismísima Mme. Gongyla Gérard D’Estaign, disfrutando del placer solitario de una masturbación majestuosa.

El trapezoide atiborrado de música y preseas cobró forma de altar en el que se oficiaba una fastuosa ceremonia a Onán. Olía a incienso, a láudano y a Rive-Gauche. Se escuchaba el rumor de las fuentes genitales manando todos sus bálsamos. Los cristales de las lámparas tintineaban suavemente y reflejaban, como una múltiple linterna, la leve luz. Sonaban, entre las tropas y las harpas del poema, los nombres de Catulo y Lesbia.

Mme. Gongyla tenía sus tres mejores dedos, largos y ensortijados, sumergidos en las profundidades de su quebradura. Con su lengua ancha y gruesa besaba sus labios profanados y estruendosos. Lloraba de placer delicadas lágrimas, en gotas que se bebía intensas y saladas. Metía y sacaba sus dedos en su agujero lésbico y llegaba tan hondo que hasta tocaba con la punta chata de sus uñas sus trompas uterinas y los ligamentos del ovario, de los que brotaba como un sordo arpegio. Luego, chupaba, con delectación de autófaga, la humedad púrpura y tiernísima arrancada de los pliegues de sus mucosas. Con la otra mano se pellizcaba la gelatina de sus pechos, se palpaba las linfas, se buscaba la sangre y encontraba las vísceras. Sus pezones se rebelaban como dos puntas de lanza y la atravesaban de dolor con sus agujas. La cabeza era como una maraña de medusas y madréporas. De los cabellos alborotados salían llamas de sudor humeante. Entregada a Onán, autosacrificada, narcisa, inclinaba su cabeza y con la lengua trataba de lamerse los pechos, se mordía las fresas de sus puntas hasta hacerlas sangrar de excitación y vanidad posesiva, mientras los coros de la música llegaban al cénit de sus elegías medievales.

Pude comprobar que todos mis sentidos estaban repletos, saturados por la múltiple excitación. Mi venablo creció, inundado por la misma sangre que había movilizado mi deseo de venganza. Me sentí atraído hacia aquel manojo de músculos y nervios encendidos. Estaba finalmente, frente a frente, con la vieja señora de Matignon, prácticamente irreconocible, centrifugada de orgasmos, sicaria de su propio placer. Parecía una estrella desorbitada, perdida en el espacio. Aunque quisiera, no podía verme, porque sus ojos vagaban en blanco por el vacío más vacío. De su boca salía un olulú-olulá definitivo e irrepetible, con un hilo de sonido moribundo.

Llegué, ciego de venganza, hasta el vértice de sus piernas. La música escalaba su cénit: «*Placet, placet, placet*». El olor a incienso, a láudano y a Rive-Gauche, más intenso que nunca, me excitaba, me cegaba, fustigaba mi ansia vengativa. Sus tres mejores dedos, ahogados en sus propios jugos, se habían quedado hundidos en el averno de su guarida. Yo tenía ya mi cabeza ascendiendo hasta el ángulo de sus muslos volcánicos. Arranqué con mis dientes los dedos de sus profundidades y, ante el algar abierto y suplicante, hice lo único que podía hacer para vengarme: comí la fruta que quiso prohibirme, atravesándola con mi rejón de parte a parte.

Monté sobre el amasijo vital de nervios, sangre, delirios y anhelos perturbados, y embestí con mi daga hasta la última angostura de su cuello uterino. En la penumbra del rincón trapezoidal se sucedían la dulce imagen de O desaparecida, la carcajada en el rostro de Mme. Gongyla junto a la puerta entreabierta. O y Gongyla luchando cuerpo a cuerpo, despedazándose, violando sus entrantes y salientes, confundiéndose en un amasijo de materia desflecada y convulsiva.

Mientras mi buque fondeaba en el antro, rompía hasta hacer estallar todas sus glándulas, reventaba los vasos y hacía manar del fondo del socavón, del violado tabú, sangre, sangre auténtica. Sus ojos se habían congelado en una mueca letal y blanca. De la boca manaba saliva, agonía y espuma. Mme. Gongyla estaba vuelta del revés, con todos sus bálsamos

fuera, expirando. Proseguí mi perforación enloquecida, como cumpliendo un sino de libertad, y seccioné, de un tajo, su órbita infinita y la lancé a un orgasmo mortal del que no regresaría nunca.

Salí del interior de su sótano, satisfecho, justiciero, asqueado. La abandoné sobre la *chaiselongue* con las piernas abiertas, el sexo abierto, la boca abierta, la sangre abierta, la vida abierta. Víctima de su placer, holocausto de mi venganza. *Ape Regina*.

El último surco de la grabación repetía, como un lamento, el canto coral, «*Optime, optime, optime…*». Y la llamada desesperada a Lesbia.

Salí corriendo escaleras abajo, libre.

Salí corriendo de la Rue Matignon, bebiéndome a bocados el viento de la libertad.

Corría desesperadamente, huyendo de nadie, tratando a un tiempo de alejarme del vivísimo pasado y sumergirme y escapar de la gran ciudad. Por unos instantes miré hacia atrás y vi tras de mí cerrarse para siempre la puerta con aldaba de la Rue Matignon, tras la que quedaba el proteico cadáver orgásmico de Mme. Gongyla, la gran amadora, a quien casi llegué a comprender, a quien odié por robarme el talismán de O, y a quien acabé matando. El gabinete de terciopelo, caoba y plumas en que viví encerrado y donde tanta decidida amante escapó del lodo, desencadenó su perversión, se hizo perfecta. Los códigos de luces que gobernaron durante tanto tiempo mi voluntad secuestrada. La colección de cuadros en la que tantas veces se perdieron mis preces, se alivió mi crispación, viví otra vida imaginaria…

Sentí como una implosión cegadora que, súbitamente, recompuso las piezas del mosaico de O que me arrebató Mme. Gongyla. Mientras corría, alejándome de Matignon, veía cómo, en un desconcertante movimiento de inversión, mi recuperado cadáver exquisito segregaba una a una todas sus piezas que reconstruían la imagen olvidada y completa a la que pertenecieron.

Ante mis ojos corredores se desplegaba, como un caleidoscopio polícromo, la ciudad conquistada y las mujeres cuyos rostros olvidados empezaba a recobrar.

Tras las vitrinas de las galerías de arte de las últimas casas de Matignon, podía ver reflejada, como en una aparición transartística, la tensión lacerada, la húmeda hermosura de Baton Rouge, como una ondina devorada bajo el agua, con sus dos yemas morenas emergiendo como dos periscopios

reverberantes.

Corría por delante de las tiendas de moda del Faubourg St.-Honoré, Courrèges, Cardin, Kenzo, en cuyos escaparates creía ver, contradictorio y bucólico, el espíritu de crisálida, la figura como un corderillo ovillado de la viuda Monnalise, envuelta en su carne de gallina enamorada.

La Place Vendôme, refulgientes Cartier, Van Cleef, y Thérèse *Philosophe* de Loyole mordiéndose el labio inferior, reflejada en una joya, soñando quizás en los dientes de Mony.

Más allá, el Hotel George V, los dólares, el superlujo, las *cocottes*. Lola Transilvania, con su voz de algodón, harina y aguardiente. Elsa Cadillac Seminole, repujada en terciopelo y mermelada.

La Iglesia de la Madeleine, cotidianamente repleta de hetairas y estudiantes, buscando la fresca penumbra de la piedra bendecida en el junio estuoso. Y Grandeur Nature, con el trópico en la piel y los ojos, abriéndose paso con la punta de sus pechos.

La Plaza de la República, con las tricotadoras de la Revolución en el túnel del tiempo. Y Esmeralda, su silueta apretada y carnal, y sus arrugas de azabache.

Seguí corriendo hacia las afueras cada vez más borracho de libertad. Recobré el aliento mientras divisaba el cementerio del Père Lachaise, la tumba y la estatua del desconocido de gruesos testículos, sobados de admiración por las penitentes conducidas por Gigi Denenes, envuelta en su polisón blanco. Y, aproximándose, la nariz postiza de Gelsomine, roja y redonda, haciendo cabriolas con el circo.

Bajo los falsos arcos de la Puerta de las Lilas, todo el romanticismo del mundo, la luz mística de los atardeceres, el espíritu clochard, el canto melancólico de Brassens. Blanche Dubois volando como una bruja sobre su delicada osamenta. Haydée La Courvoisier y su gran delta negro premiado con un broche de carbunclos. Prudence Ermitage blandiendo una cucaña, con sus labios fríos y sus pechos azules.

Y, al fin, el Boulevard Périférique. La belleza perfecta y serena, más allá de la imaginación y el entendimiento de O, de Omphalos, de Odette, de Ofelia, de Orianne, de Ourika, de

Opienne. Y el rictus de felicidad, el orgasmo mortal, la carcajada funeraria de Mme. Gongyla, sacrificada a Onán.

A lo lejos, esperando, la Sologne: el castillo de Chaumontceaux, los Burgenbourg.

# Epílogo en Chaumontceaux

Al día siguiente de la desaparición de Fritz en Chaumontceaux, el señor Erasmo de Burgenbourg publicó el siguiente anuncio en «Le Journal
d'Orléans
», «Le Canard Enchaîné» y «Pariscope»:

PERDIDO
en las inmediaciones del Castillo de Chaumontceaux, perro pastor de Alsacia.

Tiene 4 años. Pesa 38 kilos y mide 69 cms. de altura. Color gris hierro, con lomo esfumado y pequeñas manchas en el pecho. Ojos almendrados y ligeramente oblicuos.

Es fuerte, fiel, inteligente.

Muy agresivo en defensa. Atiende por Fritz.

Quien lo encuentre puede entregarlo en el Castillo.

Gratificaré con 100 000 francos.

Ni el señor Erasmo de Burgenbourg ni la señora Alexine de Burgenbourg entendieron, ni quizás supieron nunca, cómo apareció Fritz, después de tanto tiempo, sano, vivo y coleando, ligeramente más torpe y delgado, pero aparentemente feliz, a las puertas del puente levadizo del castillo de Chaumontceaux.

A las pocas semanas, casi todo volvió a ser como antes.

Algunos días, al salir el sol, el señor Erasmo de Burgenbourg, su ayudante de campo y los encargados de las caballerizas recorrían los bosques aledaños para rastrear, en compañía de Fritz, venados, jabalíes, faisanes y el posible merodeo de cazadores furtivos.

Poco a poco, Fritz fue modificando la sensibilidad de su jamás perdido olfato y recuperando el andar trotador, la agilidad, la fuerza, la velocidad, el instinto, la combatividad,

el fondo para el rastreo, la nobleza natural y la seguridad en sí mismo. Fritz no tardó en manifestarse, otra vez equilibrado, atento, desenvuelto, vigilante, fiel, incorruptible, corajudo e inteligente.

Restaurada la cotidianeidad, al señor Erasmo de Burgenbourg no pareció causarle extrañeza que la señora Alexine de Burgenbourg instalara en su propio dormitorio un lugar para Fritz. Un rincón con almohadones de seda y raso, rellenos de plumas, donde Fritz pudiera descansar y reponerse de las causas de su prolongada ausencia. Junto a los almohadones, unas púas de cerda de elefante con las que rascarse el hocico y acariciarse él pelo. Y un plato de plata, decorado con el escudo de armas de la familia, donde beber agua y leche.

Al señor Erasmo de Burgenbourg tampoco pareció sorprenderle un cambio, aparentemente trivial, en la decoración del tocador de la señora.

El gran espejo con cornucopia, ante el que la señora se maquillaba cada día y se desmaquillaba cada noche, apareció una mañana rodeado por una batería de focos fulgurantes como los espejos de los camerinos de los teatros. Los focos iban montados en series de a tres, y cada serie tenía el cristal esmaltado de un color distinto: azul, naranja, amarillo, verde, fucsia, blanco, rosa, ocre, rojo, magenta, índigo, gris, violeta, turquesa…

Fritz parecía de nuevo feliz.

En sus ojos, almendrados y ligeramente oblicuos, brillaba como un polvo de estrellas.

Las Rozas (Madrid)
Abril-octubre, 1981.